

eTerciopelo

AL FINAL
del
CAMINO



D.J.57

POPPY GARCÍA

Al final del camino

Poppy García



AL FINAL DEL CAMINO

Poppy García

ACERCA DE LA OBRA

TANTO SEXO EN UN SOLO BESO

Un encargo insólito, experiencias vitales dispares y mucho surrealismo; con un cóctel así, no es de extrañar que el lector acabe por reírse de hasta su propia sombra mientras descubre dónde acaba el camino.

Permitidme empezar por el principio.

Me llamo Emilia y nada de lo que haga o diga en el momento que os sumerjáis en estas páginas podrá ser usado en mi contra. Bueno, no mucho.

La cosa empezó con un inocente encargo, lo prometo. De acuerdo que su cometido era venderme a un pastor de madera... especial, sí..., pero con todo y con eso...

Me creía una nómada buscando la siguiente etapa de un viaje, que por extrañas circunstancias me mandaba siempre lejos, más allá de lo planeado.

Qué poco conocía de lo que era vagar por el mundo...

De repente dejé de avanzar. Aquella fuerza que movía los engranajes del destino me detuvo junto a alguien que ni mucho menos esperaba. Y esa vivencia superó con creces todo lo que había podido imaginar hasta entonces.

Y si no os lo creéis, preguntadle a él.

Todo por un simple encargo.

¿Quizá fue porque le pedí un *caganer*?

ACERCA DE LA AUTORA

Poppy García recuerda haber escrito muchas cosas; historias cortas, largas, sueños incompletos, aventuras propias, batallas ajenas... Casi todos esos relatos acabaron en la basura si bien permanecieron en ella, echando raíces.

Hasta que un día, sin proponérselo, germinaron de nuevo y esta vez no solo los escribió, sino que además los conservó, y los puso ahí fuera, para que cualquiera pudiese leerlos.

Y la aventura sigue.

Índice

Portadilla

Acerca de la autora

Dedicatoria

1. Sepp
2. Emilia
3. Sepp
4. Emilia
5. Sepp
6. Emilia
7. Sepp
8. Emilia
9. Sepp
10. Emilia
11. Sepp
12. Emilia
13. Sepp
14. Emilia
15. Sepp
16. Emilia

Receta

Agradecimientos

Créditos

Para los que aprovechan cualquier fecha para celebrar algo.
Esa es la actitud.
¡Feliz *loquesea*!

Capítulo 1

Sepp

—Sepp —llamó mi hermano.

Di el cambio con rapidez y me acerqué a ver qué pasaba.

Max movía las manos con nerviosismo, decía que no con la cabeza e intentaba detener la cascada de palabras que salían por la boca de aquella turista, a juzgar por la ropa perfectamente conjuntada y la guía que llevaba bajo el brazo.

—Un segundo, por favor. Mi hermano la atenderá en un momento.

Cuando la mujer dejó de hablar tras otro largo monólogo, mi hermano se dio la vuelta y soltó el aire para apartarse el flequillo de la frente.

—Toda tuya —dijo sin mirar atrás.

No me dio tiempo ni a preguntarle qué buscaba.

—Querer a un señor... que hacer sus necesidades —la oí pedir poniéndose las manos en las caderas mientras me acercaba.

Alguien cortó el aire. Ese que llevaba billones de años proporcionándonos oxígeno.

—¿Perdone?

Oí que Max gruñía algo sobre extranjeras chifladas y, por cómo ella movió la cabeza en su dirección, no fui el único en escucharlo.

—Creo que no la he comprendido bien —aseguré bajando la voz—. ¿Podría repetírmelo?

Esto de tener que estirar las frases cuando con dos palabras podías hacerte entender era lo peor de tener que vender de cara al público.

—¿Cómo se dice...?

Poner una expresión profesional no era fácil en casos como aquel. La mujer parecía confusa mientras abría el pequeño diccionario buscando las expresiones adecuadas. Tenía el ceño fruncido y la punta de la lengua le asomaba por una de las comisuras de los labios.

—¿Silla? —preguntó.

«Vamos mejorando», al menos eso sí que lo entendí.

Le señalé una pequeña butaca que tenía en exposición, se vendía muy bien y las patas podían plegarse.

—No, no —dijo, moviendo la mano que tenía libre.

Empezaba a ponerse nerviosa y buscaba entre las figuras algo parecido a lo que necesitaba. Señalaba aquí y allí con el dedo, pero no lo llegaba a posar sobre nada.

—Puede explicármelo con gestos, si lo prefiere.

Se puso roja como la salsa de tomate concentrado de mi madre, dijo que no con la cabeza con vehemencia y, tanto se movió, que la guía turística comenzó a resbalar. Pensé que como no parara, podría marearse.

Volvió al diccionario; había papeles de distintos tamaños entre las hojas, y tenía que humedecer el dedo con la lengua para poder pasar de una página a otra. Lengua, yema, papel, legua, yema, papel. Resultaba casi hipnótico. Me señaló lo que quería decir desde el principio inclinándose tanto que casi tiró al suelo parte del muestrario y fue entonces cuando tuve que parpadear... porque me había quedado traspuesto.

Recorrí la otra mitad del espacio y leí con atención la parte donde ella tenía posado el dedo. Oía bien. La sorpresa casi me hizo caer hacia delante.

Tardé un momento en centrarme en aquella palabra que me enseñaba. Debía ser una equivocación.

—Creo que está confundida, eso es... —Me rasqué la nuca y resople.

Entonces, mi hermano se puso a silbar.

La mujer se incorporó despacio poniendo en peligro otra vez la estabilidad del mostrador, se dio la vuelta y miró con cierto rencor a la pareja de ancianos que esperaban a unos metros, sonrientes.

Dijo algo en su idioma antes de negar con el dedo índice. Ellos dejaron de sonreír y se miraron el uno al otro como si se les hubiese muerto el gato.

La joven dejó caer los hombros, volvió a girarse y lo intentó otra vez.

—Necesito un figura de hombre cagar —dijo, azorada.

Max salió corriendo del puesto, aunque solo fue un acto simbólico. La carcajada podría haberla soltado en lo alto del monte Watzmann, que la habríamos oído igual.

—Señorita, aquí esculpimos belenes.

Tenía uno completo en medio del puesto y a cada lado, de menor tamaño, figuras sueltas y algún que otro nacimiento con las figuras de la Virgen, Jesús y José en un solo bloque. Estas últimas eran muy populares entre los visitantes,

porque eran fáciles de empaquetar. Moví la mano para enfatizar mi mensaje. Lo que me pedían estaba fuera de lugar.

Pero la anciana de atrás dio varias palmadas a la vez que decía que sí con la cabeza.

¿Estaban de broma?

—Inténtelo otra vez. —Apremié. Entonces fui yo el que se llevó las manos a la cadera. Sin duda mi trabajo estaba muy mal pagado.

Hubiese sido más fácil si tuviera algún que otro cliente esperando, aunque no era el caso. La indiferencia solía espantar a los que intentaban hacerme bromas de mal gusto. La impaciencia pudo conmigo. Y Max estaba desaparecido en combate.

La joven se había quedado petrificada. Me miraba y tenía algo abierta la boca. Aquella punta, que antes había asomado de forma rápida y concisa para mojar el dedo, ahora se movía tan campante humedeciendo aquellos labios que...

«Vaya».

Crucé los brazos sobre el pecho, me estiré todo lo que pude y me dispuse a zanjar la cuestión; no tenía todo el día.

—Defecaciones y canciones navideñas no hacen buena pareja —aseguré. Ni en mil años me hubiera imaginado diciendo semejante frase.

Algo cayó con estrépito en el interior de la furgoneta.

—¡Estoy bien! —gritó Max entre carcajadas.

La mujer, cada vez más nerviosa, sacó el móvil y empezó a buscar algo con urgencia. Incluso más frenéticamente que en el diccionario. Al cabo de unos segundos, levantó la cabeza y rodeó el puesto para enseñarme la pantalla. Cuando estuvo justo delante de mí, estiró el brazo, acercándose para que los dos pudiésemos ver aquello. Mmm..., olía mejor que bien. Me llegaba a la altura de los hombros y... lo que me enseñó puso fin a todo lo que pudiese estar pasándome por la mente.

En la pantalla se veía un belén enorme, con todas las etapas. Desde el decreto de Herodes hasta la adoración de los tres Reyes. Y entonces hizo más grande la imagen con los dedos y ahí se estaba, en todo su esplendor, un pastor cagando. ¡Sí! Cagando. Hasta se veía la mierda, como si fuera un cono de helado.

—El *cagner* —aseguró.

—¿Es esto real?

—Típico —aseguró.

Levanté la vista. Ella parecía aliviada y la pareja de ancianos más contentos que cualquiera que hubiera bebido cinco *schnapps*.

—¡Max! —Necesitaba ayuda con eso.

—¡No!

Me pellizqué el tabique nasal con los dedos. Por si acaso volví a mirar la foto, sin gafas no siempre lo veía todo con claridad.

Miré.

Todo parecía igual que antes.

—¿Me está diciendo —y pensé un segundo cómo soltar aquello con delicadeza— que quiere que le haga un señor defecando en cuclillas para ponerlo en el belén?

—Yo no, ellos. —Y señaló a la pareja sonriente que no paraba de decir que sí, sí y más que sí—. Yo soy de Salamanca.

Lo más sorprendente era que nadie se estuviese riendo. A parte de Max, claro.

—¿En serio?

Los tres movieron la cabeza al compás como las figuras de plástico que la gente pone en la parte de atrás del coche.

—Muy en serio —aseguró.

Yo no había moldeado un culo al aire en mi vida. No masculino. ¡Y menos para un belén!

—No tengo, lo siento.

—Ya lo sé. Lo quieren... —y miró de nuevo en el diccionario— encargar. De ese tamaño. —Y señaló a una figura de pastor que inclinado, estaba acariciando la cabeza de una oveja.

La joven le ponía empeño, de eso no cabía duda.

—Cincuenta euros. —Un precio tan elevado me quitaría el problema de encima.

—¡Ok! —oí a lo lejos.

«¿Cómo?».

El señor mayor tenía hasta el pulgar en alto.

—Usted es famoso. Han venido *extra* aquí —aseguró la mujer.

Empezaba a gustarme ese alemán roto con el que se expresaba. Así que contesté igual, como si nunca hubiese ido a la escuela.

—Ok. Diez días. —Estiré todos dedos de las manos y apunté mi dirección en una hoja. —*No post*.

La anciana cogió aire como si le hubiera dado un susto.

—Mucho tiempo —dijo la joven.

Y ya no me molesté en ser telegráfico.

—Lo toma o lo deja. —Y me encogí de hombros. Al fin y al cabo era un encargo que no me apetecía nada hacer. Para más seguridad pedí un adelanto de veinticinco euros.

—Es mucho.

¿Estaba regateando conmigo? ¿Por pedir algo, bueno mucho, más por esculpir a un...?

—Está pidiéndome un cagón, señora.

—*Cagner* —insistió—. Mucho típico.

—Tipiquísimo —soltó Max.

Lo que tenía que hacer uno para ganarse la vida.

—Vale...

La pareja de ancianos le preguntó algo a la chica, ella dijo que sí y ellos desaparecieron entre el gentío, contentos como unas castañuelas.

—... veinte.

—Quince.

Miré hacia abajo para que no viese mi asombro. Ella tenía las manos apoyadas sobre la mesa, con el bolígrafo y el papel todavía debajo de los dedos. Quise arrugarlo todo, lanzárselo a Max a la cabeza e irme a por un *enzian*. Necesitaba alcohol, y mucho.

—De acuerdo, quince.

Y extendí la mano a cambio de mi dirección.

Ella fue a coger el papel, pero no lo solté.

—El anticipo a cambio de la dirección.

—No tengo dinero.

Max sacó el móvil y se puso a grabar.

—Esto tiene que verlo *muada*.

—Nuestra madre no necesita contemplar un baño de sangre.

La chica agrandó los ojos, marrón oscuro, como la madera centenaria quemada por los elementos.

«¡Por el negocio!»

Capítulo 2

Emilia

«*D*e esto no ponía nada mi contrato». Pensé mientras intentaba mantener la respiración entre zancadas. Llevaba cuesta arriba más de veinte minutos y dudaba mucho que viese ninguna casa tras aquella lejana curva.

Mi prima me había ocultado muchas cosas cuando me había ofrecido aquella oferta laboral como la solución a todos mis problemas. Pero es que el desempleo es un lugar aciago y frío en donde solo hay facturas que pagar y mucha angustia.

Al ofrecerme que ocupara su puesto cuando ella tuvo que mudarse a Salzburgo, yo pensé que me estaba haciendo un regalo, de los buenos.

Mi trabajo consistiría en enseñar sitios muy bonitos a los turistas españoles en el Alto Adige y, aunque yo hablaba italiano, había tenido que aprender alemán a marchas forzadas. Te aseguran que estás en Italia, pero todo el mundo habla alemán. De manera que si quería enseñar la zona, la mayoría de las veces tenía que entenderme en el idioma teutón.

Cuando había llegado a Trento, había tenido exactamente quince minutos para que mi prima me pusiese al día, me presentara a mis futuros jefes y me enseñara el sofá donde dormiría hasta encontrar algo decente. Después de seis meses en Italia, seguía durmiendo en aquel sofá, porque el sueldo no me llegaba para nada.

Por eso, cuando mi prima había vuelto a recurrir a mí para que la sustituyera, porque por fin había conseguido una beca para contar tigres en Bengala, no lo había pensado dos veces. La paga se triplicó, casi como los gastos, pero, en fin, en vez de en un sofá había pasado a residir en una cama con un colchón muy fino. Podría parecer una minucia, pero eso unido a que tenía un armario de una puerta y una cómoda, hacían del hospedaje una experiencia casi orgiástica. Acaricié mucho aquellos muebles durante los primeros días.

Lo que me producía temblores era que, por lógica y siguiendo la estela de mi prima, el siguiente cambio sería para vivir en la jungla hindú, que era donde ella

aseguraba estar tan feliz, rodeada de mosquitos portadores de malaria.

No. Salzburgo era lo más lejos que llegaría en esto del peregrinaje, o a cualquier zona del globo similarmente desarrollada.

Pero como mi prima se había pasado más tiempo subiendo y bajando caminos que enseñando monumentos, había acabado por patear todas las rutas rurales que existían. Y eso es algo que también había aprendido demasiado tarde. Por cada visita a Salzburgo, Viena o Munich, había tres a Berchtesgaden, a todos los valles alpinos y a los demás parques nacionales circundantes. Las sustituciones es lo que tienen.

—¿A qué se dedica usted?

—Voy de valle en valle.

Sí. Mi vida no podía ser más excitante y con escenas comprometidas a tutiplén, como diría mi padre.

Imaginen lo que llega a suponer explicar flora y fauna mientras respiras a duras penas; tanto es así que es uno de tus turistas el que coge el testigo y cuenta en alto lo que susurras mientras te apoyas las manos en las rodillas, porque mantenerte erguida implicaría arriesgar la estructura molecular del bazo. Pues esa era mi vida más veces de las que me resultaba cómodo reconocer. Eso sí, estaba desarrollando un tipín que no se podía conseguir en ningún gimnasio.

Pero nada superaba la escena del *cagander*. Aquel intercambio de pareceres había sobrepasado con creces todas las situaciones incómodas que había sufrido como guía turística desde que empecé, y ya digo que llevaba acumuladas unas cuantas.

El trabajo tenía sus momentos, y los temas que surgían a lo largo del día eran dispares, si bien las defecaciones no eran un tema habitual.

De repente, cuando aquel hombre grande, con pelo indomable atado de mala manera con una goma, entendió por fin lo que le estaba pidiendo, debí haber sacado una foto y ponerla como ejemplo gráfico de *shock* cultural en el diccionario urbano.

Casi me había dado pena, sino fuera porque al cambiar su expresión de incredulidad a ira, sentí que casi me hacía pis en los pantalones. Hubiese sido épico pedirle en aquellas condiciones que esculpiera mierda.

Un momento... ¡Lo había hecho!

Menuda imagen.

El problema recaía en que yo había pensado que todo el mundo conocía la figura del *cagander*. Pero no, en los Alpes no era algo popular. *Mea culpa*. Con lo entretenido que hacía el belén. ¿Quién no había mirado en primer lugar dónde

estaba el pobre pastor con diarrea, antes incluso de fijarse en el niño Jesús? Detrás de algún arbusto, entre alguna piedra grande, en algún callejón... Era mucho mejor que buscar a Wally.

Jordi y Susana me habían arrastrado hasta aquel puesto en el mercado de Berchtesgaden porque de aquel viaje no se iban sin un *caganer* hecho por la familia Grossental. Por lo visto si alguien sabía de belenes eran ellos, pero lo del señor en cuclillas y mojón, como que les resultaba nuevo.

Y así me veía subiendo y bajando carreteras perdidas buscando una dirección donde entre número y número de casa hay como dos kilómetros de distancia. Todo porque mis turistas se habían largado, pero antes me habían dejado el dinero para el maldito anticipo.

Me había costado encontrar la dirección, estaba bastante alejada del pueblo y rodeada de prados verdes. En aquel momento —probablemente porque de estar más lejos me habría vuelto por donde vine—, me pareció la granja más bonita que había visto en mi vida. Desde el camino de gravilla se veía una casa alpina de madera y tejados anchos sobre una base de piedra. Geranios rojos y plantas colgantes inundaban los alféizares de todas las ventanas. Había otras dos casas más pequeñas a la derecha del camino y detrás asomaba el enorme establo. No sonaba ni olía a vaca por lo que asumí que los animales todavía debían estar disfrutando de los pastos de alta montaña. A mediados de septiembre, antes de las primeras nevadas, bajarían el ganado con esos enormes cencerros y con los cuernos engalanados de flores y enormes coronas de colores o *Fuikln*, como las llamaban por aquí.

Un señor con barba blanca y el rostro arrugado estaba sentado en el banco delante de la puerta de la casa, bebiendo una jarra de cerveza que apoyaba en una mesa de madera. Miraba al frente y rascaba la cabeza del San Bernardo que tenía tumbado a sus pies. Paciente, esperó a que me acercase.

—*Servus* —saludé.

—*Servus* —contestó.

—Perdone, ¿el señor Grossental?

—Habla con él.

—Me llamo María Emilia Rodríguez y traigo el dinero.

Pensar en los quince euros aún me sublevaba, la verdad, pero Jordi y Susana estaban tan contentos que no me habían dejado presionar a la baja e iban a pagar de anticipo lo que valía la figura entera terminada. No era mi dinero, así que ellos sabrían.

Y exactamente por eso, el viaje extra, me encontraba allí sudando como un pollo, a pesar de estar a quince grados, intentando hacerme entender en el precario alemán que mis neuronas acumulaban de un día para otro. Más allá era mucho pedir.

Porque en el último momento, antes de que cogieran el avión de vuelta, les había explicado el trato al que había llegado y me habían dado los cincuenta euros sin rechistar. ¡Cincuenta boniatos!

—Emilia —me había dicho Susana—. Suenas más catalana que nosotros.

—Pero ¡cincuenta euros! —Y de ahí no me sacaron hasta que me despedí de ellos en la zona de embarque.

Cogí aire y me repetí por enésima vez que ni el dinero ni el *caganer* eran míos, que lo de hacer viajes como aquel formaba parte de mi trabajo. Aunque supusiera andar kilómetros y kilómetros al buen tuntún.

Sin duda necesitaba un coche.

Al menos, el hombre mayor me miraba sonriente.

—Mucho gusto, señorita, pero no creo que me deba nada. —Se llevó a los labios la jarra y tragó con tranquilidad, una, dos y tres veces. Acto seguido se limpió los restos de espuma del bigote cubriéndolo con el labio inferior.

—Ayer, el *caganer* —dije medio hipnotizada. La primera palabra había salido en castellano, la segunda en alemán y la tercera en catalán. Bien podía mi madre presumir de hija políglota.

La expresión de aquel hombre no cambió, si bien reposó con cuidado la cerveza en la mesa, y me prestó más atención. Asumí, por la parsimonia, que no sabía de lo que le estaba hablando. Y se me ocurrió de repente que lo mismo tenía que explicarlo todo otra vez. Con las vergüenzas correspondientes. Llevaba media hora andado cuesta arriba, era mi único día libre de la semana, y aquella cerveza parecía mucho más apetecible.

Debía de empezar a poner prioridades en mi vida.

—El puesto..., la figura para el belén. El señor alto —y puse la mano a la altura que me pareció la del chico larguilucho—, y el señor... —me llevé las manos a la cadera yforcé una expresión entre la irritación y el estreñimiento.

—¡Ah! —dijo animado de nuevo—. Mis hijos. Venga conmigo.

Se levantó con tranquilidad y empezó a rodear la casa por el otro lado, dejando atrás la jarra de barro que, cubierta de gotitas de agua condensada, parecía que me pedía a gritos: «¡No me dejes sola, bébeme, bébeme!».

La pobre cerveza no se merecía aquello.

El perro se incorporó también con un gruñido y mucha más pereza que su dueño. Se acercó a mí, me olisqueó la mano, dio un ladrido y entonces le siguió.

Miré con tristeza aquella fuente de felicidad en forma de cerveza refrescante y seguí con los hombros algo hundidos al señor Grossental senior hacia lo que parecía un enorme y ordenadísimo taller.

Capítulo 3

Sepp

—*N*o vas a hacer el encargo, Sepp. Te conozco.

—Pues claro que no.

—¿Y por qué no? Es lo más entretenido que te han pedido desde que volviste. Repites que no te acostumbras al sedentarismo, que aquí todo es siempre lo mismo, y cuando por fin te ofrecen algo fuera de lo común, te niegas en redondo. No hay quién te entienda.

Y en eso tenía parte de razón. El encargo, de puro extraño, superaba con creces el sombrero de Harry Potter sobre la cabeza esculpida de la hija de un cliente, sobre todo si teníamos en cuenta que se trataba de un regalo de boda. Pero en aquella ocasión me dio lo mismo porque tenía hambre y me pagaron con comida y cama durante dos noches; lo que tardé en esculpir la figura.

En ese momento las circunstancias eran distintas. Completamente.

—Muy sencillo. —Extendí el pulgar para que todo le quedara claro a mi hermano y me puse a contar—. Seguro que es una broma, de mal gusto. Si... —Y le mostré el dedo índice— alguien no lleva encima quince euros en un mercado es porque no quiere comprar nada y... —Hice subir el anular hacia arriba a modo de «tócame-el-pie-un-rato-si-te-atreves»—, no creo ni que sea legal.

Lo último era más excusa que razón, pero tendría que valer.

—¿Legal el qué? —oí a mi espalda.

—Enseñar el culo en un belén, *muada*.

Y mi madre le dio una colleja. Momentos como aquel me recordaban la suerte que tenía en la vida.

—¡*Aua!* ¿A qué ha venido eso?

—Por blasfemo.

—¡Pregúntale a Sepp! Te juro que tiene que esculpir a un pastor cagando.

¡*Plas!*

«Ah, qué bueno es volver al hogar...».

—Por blasfemo, sacrílego y malhablado. Tu hermano no haría una cosa así. Un pastor cagando en un belén, habrase visto. —Y chascó la lengua. Por fin alguien entendía mis reservas.

—Es lo que intento decirle y no me hace caso —convine airado.

Max me señaló con el dedo.

—Diste tu palabra y la dirección de esta casa.

Mi hermano pequeño sabía dónde hurgar para que doliese. Porque, después de dos segundos y cuatro frases mal construidas, le había dado a aquella joven mis datos sin recibir ni un céntimo a cambio.

—Pero no pagó el anticipo. No voy a hacerlo.

—Un momento, Sepp —interrumpió mi madre—. ¿Qué es lo que te han pedido exactamente?

Me alejé dos pasos por si acaso. Mi madre tenía una fuerza descomunal en el brazo, acostumbrada a darles dulces palmadas a las vacas.

—Esculpir un pastor cagando.

Me madre me miró confundida.

—¿Por qué no le pegas también a él? —protestó Max.

—En serio, hijo.

—No te miento —aseguré.

—Vaya.

Y se sentó en la primera superficie elevada que encontró. No le importó llenarse de polvo y serrín. Debía sentirse muy perdida. Como todos.

Todos menos Max.

—Tiene que hacerlo, *muada*. Ha dado su palabra.

—¿Es cierto?

«Odio a mi hermano, odio a mi hermano, odio a mi hermano...».

—¿Tú no habías quedado con Gretchen?

—Luego —repuso sonriente.

—Ella no nos ha pagado el anticipo —me defendí separando bien las palabras para darles más énfasis.

—Porque la pareja de ancianos había desaparecido —aseguró Max.

—¿Quién no lleva quince euros en el bolsillo? —Estaba siendo un hipócrita y lo sabía.

—¿Quince euros? —preguntó mi madre—. ¿Cobraste antes de esculpir la figura?

—No, es el anticipo.

—Nunca cobras anticipo, hijo.

—¡Es un tipo cagando! —En serio, estábamos desviándonos de lo que era más importante aquí. Me habían pedido que tallara un señor evacuando a la vista de todo el mundo para, encima, ponerlo al lado del niño Jesús recién nacido. ¿Nadie consideraba aquello algo estrambótico? Me estaban tomando el pelo, claro y simple.

—Esa boca... ¿Cuánto vas a cobrar?

—Cincuenta.

—Por una figura de las fáciles. —Max no poseía ningún instinto de supervivencia.

Mi madre silbó por lo bajo.

—Y dice que no va a hacerlo. —Y dale...—. Después de que la pobre tenga que venir, primero a pagar el anticipo y luego a recoger el pedido.

Mi madre levantó las cejas, y yo planeé un asesinato en primer grado, con la sierra oxidada del bisabuelo.

—¿Para qué esta DHL? —preguntó mi madre y Max levantó los brazos en silencio, aunque sus ojos gritaban: «Tengo siempre razón y nunca nadie me escucha».

Quise ir a por el *enzian* por cuarta vez desde que aquella mujer se me pusiera delante, matar a Max, despacio y haciendo mucho ruido y luego borrarle a mi madre la memoria; no por el hijo perdido, sino porque había mentido malamente por no esculpir dos jarretes y un zurullo. Todo bien en la familia Grossental. Cuando se enterara mi padre...

—Sepp intentó escurrir el bulto con lo de correos, pero ni por esas. Los ancianos querían el cagón, sí o sí. —Chivato como pocos, ese era nuestro hermano pequeño.

Max se alejó otro paso, la colleja debía seguir doliendo y que nuestra madre estuviese sentada, no significaba nada, era rápida como una pantera. Y recé para que saltara y le tirase de las orejas como cuando éramos niños, así nos evitaríamos fregar las paredes de sangre. En el fondo, era todo por su bien. *Muada* daba unos pescozones fenomenales y esa mirada era la que antecedió a la explosión. Criar a cinco hijos, todos chicos, con tendencia al amotinamiento desarrollaba ciertas aptitudes.

—¡Maximilian!

—¿Cómo quieres que lo llame? —se defendió Max cubriéndose la cabeza. A veces era un chico listo, solo a veces...

—¿Pero quién es exactamente el cliente? —*Muada* parecía confusa de nuevo. Nos miraba como si estuviésemos jugando al tenis y, aunque nos observaba con detenimiento, no conseguía decidirse. Dudaba entre creernos o no. Porque sonaba estrambótico, pero la oferta, muy a mi pesar, parecía real.

—Una chica. Así de alta —aseguró Max mientras se ponía el índice a la altura de las costillas. Mi hermano siempre había creído que era un jugador de la NBA —, de pelo moreno muy liso, con los ojos grandes marrones y unas curvas...

—Mucho te has fijado tú —gruñí.

—¡Sepp!

—Tiene novia.

—¿Y? —Max tuvo el valor de encogerse de hombros—. También tengo ojos y a Gretchen no le importa que los use.

—Una jeta enorme, eso es lo que tienes.

—¡A callar! —gritó nuestra madre—. ¿Y los ancianos? Me está entrando dolor de cabeza.

—Eran un grupo de españoles, pero el pastor que jiña... —Y dio otro paso atrás. A esas alturas teníamos que levantar la voz para entendernos.

—*Caganer* —recordé.

—Eso, el *caganer* es algo típico de Cataluña, que lo he mirado. Así que creo que la pareja mayor son catalanes, pero la chica no. Dijo algo de otro sitio que se llama Salamandra. No sé por dónde pillaré.

—No me lo creo —aseguró mi madre.

—¿El qué? —Max movía las retinas pensando qué podía ser increíble en todo aquello.

Solté el aire porque esto ya lo habíamos vivido antes y porque, por lo visto, Max tenía razón y lo del *caganer* era de verdad. Había gente por el mundo que ponía a defecar pastores en sus belenes.

—¿Y qué demonios significa *cagaaa...*? —preguntó nuestra madre más para sí.

—*Caganer* —pronunció Max muy despacio. Aunque estaba seguro de que sonaba de forma poco parecida al idioma original.

—Eso.

—Cagón —contestamos mi hermano y yo a la vez.

—La gente pone cagones en el belén también en Italia —continué.

Y *muada* hizo la señal de la cruz con una mano algo temblorosa. Mucho había tardado.

—Creo... —comenzó a decir mientras se atusaba el pelo.

—¡Una moza pregunta por ti, Sepp! —gritó mi padre desde la puerta del taller.
—¡Ha venido! —dijo Max frotándose las manos.
—Creía que era una turista chiflada —le dije por lo bajo.
—Hasta que te ganó con el regateo.
—¡¿Cómo?! —Mi madre se agarró la chaqueta a la altura del pecho y creo que empezó a rezar.
—*Muada*, tienes que ver el video que les hice.
—¡Ni se te ocurra!
—¡Sepp! ¡¿Qué le digo?!
Solté el aire.
—Que pase.
—¡Qué dices, hijo!
Hoy no debía tener el audífono puesto.
—¡Que pase!

Capítulo 4

Emilia

Algo que algún día pondré en mis memorias —porque seré digna de escribirlas—, sonará parecido a: «Nunca se metan en un taller donde espera ansiosa una familia vestida con trajes regionales». Les juro que aquel minuto fue el más incómodo de mi vida. Tres delante y uno detrás cerrando la salida. Y no es que me asustaran, todo lo contrario, me sentí bienvenida y también escrutada, lo segundo más que lo primero. Y ahí es donde se centraban mis temores.

Aquel agradable hombre vestido con unos pantalones cortos de cuero negro, tan usados que más que negro era un marrón oscuro indefinido, me dejó pasar primero. Y allí se pusieron firmes los otros tres. Dos me eran conocidos. La mujer, más mayor y con corpiño, se levantó y, algo seria, esperó a que alguno de sus hijos —porque todos se parecían—, dijese algo.

Y nadie dijo nada. Nos miramos los unos a los otros, pero nadie abrió la boca. Así que como en el suelo había una mota de serrín, pues me puse a apartarla con la punta del pie y cuando quedó claro que la tenía bajo control empecé a dejar volar la vista sin posarla en ninguna de aquellas personas en particular. Por todas partes había madera, figuras de varios tamaños a medio terminar y muebles, nuevos y para renovar, marcos de cuadros, y mucho santo. Y yo creía que España era católica..., en lo que a devoción se refiere, a Baviera no le llega nadie a la suela del zapato. Bueno, Austria competía por el título.

Debía ser la única atea en el mundo que visitaba una media de diez iglesias al día. Y esos pensamientos me tuvieron entretenida un par de minutos, más o menos.

Me sentí extraña. Como si hubiera entrado en un templo donde no estaba prestando los debidos respetos, y de forma inconsciente me concentré de nuevo en aquella familia, respiré hondo y me obligué a prestar atención.

«Di hola, deja el dinero y vete por donde has venido».

Pero antes bajé la vista y pensé en cómo decirlo, y justo delante encontré unas botas militares negras mucho más cerca de lo que habían estado antes. De las botas sobresalían unos calcetines de lana gorda que dibujaban unas pantorrillas musculosas y llenas de venas, unas rodillas recias, unos muslos que se interrumpían en unos pantalones cortos de pana gorda que conducían hasta dos cremalleras algo inclinadas que enmarcaban...

«¿Dos cremalleras?».

Levanté de golpe la cabeza, quedando la camiseta negra apretadísima en la periferia.

—¿*Zimmermann*? —dije sin querer. Y recé para haber dicho la palabra «carpintero» correctamente.

—Sí, aunque prefiero *Zimmerer* —dijo de vuelta.

«Es el carpintero...».

Y esa sonrisa honesta —la primera que me ofreció—, terminó por acabar de golpe con mis ganas de respirar.

El día anterior, atendiendo el puesto, llevaba puestos unos pantalones vaqueros, una camisa a cuadros y una chaqueta de lana. Nunca pensé que fuese él quien esculpía todas aquellas figuras. No sé, un tipo recio como aquel, me parecía demasiado grande para trabajar en todos aquellos pequeños detalles.

Lo miré otra vez, porque me había perdido muchos detalles en la primera pasada.

Los ojos azules, las greñas castañas muy claras, tan enmarañadas que parecían rastas, varios pendientes en una sola oreja y la barba poco cuidada cobraron un sentido completamente distinto. ¿Y si...? Había algo crudo en él, las pequeñas arrugas alrededor de los ojos denotaban cansancio, pero era joven, más o menos de mi edad.

Y la curiosidad pudo conmigo.

—¿Eres un vagabundo?

Se estiró en toda su altura, y quise morirme por haberle hecho aquella pregunta sin pensar. Pero es que se me daba fatal lo de insertar palabras inútiles en medio de las frases para hacerlas más amables. Siempre era demasiado directa, incluso para los cuadrículados oídos teutones.

Dijo que sí inclinando la cabeza una sola vez. No había ira en sus ojos. «Menos mal».

—Era. He vuelto hace poco —dijo.

«¡Bingo!». El aire de trotamundos se me había escapado el día anterior.

Había leído sobre ellos, y había visto a una hacer autoestop, pero nunca había tenido a ninguno tan cerca.

¿Dónde habría estado? ¿Qué habría construido? ¿Cómo serían sus hatillos? ¿Todavía conservaría el uniforme? ¿Y el sombrero de ala ancha, de copa, estilo vaquero? ¿Tendría fotos?

Volví a quedarme sin aire.

Había pasado del reparo a la curiosidad para terminar ahí, de pie, completamente cautivada por la fascinación. Delante de otras tres personas en trajes típicos..., no lo olvidemos.

Empezó a darme todo igual.

Si el día anterior aquel hombre me había parecido seco y tosco, en ese momento en su taller, rodeado de herramientas, figuras y olor a madera, sabiendo que había sido durante mucho tiempo un extranjero, un superviviente, lo sentí cercano y, a la vez, perteneciente a la liga más alta.

Tragué saliva, pero mi boca estaba tan seca que solo engullí aire. Sentí además un raro cosquilleo en la cara, y me temblaban algo las manos. Tenía que salir de ahí, lo más rápido que pudiera, y comerme la tableta de cereales con miel que llevaba en la mochila. Porque debía estar dándome un bajón de azúcar.

Así que me ajusté al plan inicial.

—Aquí tienes.

Saqué el dinero del bolsillo y me acerqué a él para dárselo.

Me miró la mano extendida antes de posar los ojos en mí.

Nadie me había mirado así antes, con tanta intensidad. A ratos, me parecía sorprendido de algo, otras confundido y siempre inquisitivo. Tras el primer encuentro casi nunca clavaba en mí los ojos más que unos segundos, pero volvía una y otra vez. En aquel instante percibí algo más. Me rugió el estómago. Normal, teniendo en cuenta que me había saltado el almuerzo.

Y él tuvo que oírlo, porque aquellas patas de gallo tan atractivas se juntaron más, haciendo que sintiera morirme de la vergüenza.

«¡Dale el dinero y vete!».

—Eh... —«¿Le llamo señor carpintero?».

Rápidamente, mi cerebro me dijo que en alemán no sonaba tan mal.

—Señor carpintero...

Y entonces el muchacho larguirucho comenzó a reírse a mandíbula batiente.

«Genial, en alemán suena igual de estúpido e infantil que en castellano».

—Sepp —dijo el aludido.

«¿Se llamaba José? ¿José, José? ¿Como el carpintero José? ¿José, el padre putativo del niño Jesús? ¿El del belén?».

Y sintiéndolo mucho tuve que añadirme a Max en una risa incontrolable. De esas que te hacen llorar y de las que no paran porque el nivel de absurdidad es tal que te vuelve a dar la risa.

Su mirada de póquer me serenó un poco. Hasta que el cerebro lanzó una pregunta al universo.

«¿Y si le llamo Pepe?».

Y me volvió la risa floja. Una risa que, por cierto, contagiaba al pobre chico larguilucho que decía que no con la cabeza mientras se apretaba el bazo. Me dio pena, el pobre reía entre dolores.

—Max —avisó Pepe..., digo José..., digo Sepp.

Y me agarré a una mesa llena de polvo y herramienta de bordes cortantes, porque yo también sufría un dolor en el costado. A lo que Max, mi aliado, respondió apoyando una mano en el hombro de la perpleja mujer que tenía al lado. La del corpiño.

Y yo ahí con el brazo extendido y los billetes de cinco euros en peligro de salir volando o, peor aún, desaparecer bajo una montaña de serrín.

«Los santos y la estrella esa de la esquina guiarían el camino hasta encontrarlos».

Y otra carcajada irrefrenable, más histriónica que las anteriores.

Tardé otros cinco minutos, como poco, en parar de reír. Solo porque pensé que estaba haciendo el ridículo y también porque Max había parado de repente tras recibir un pellizco de la mujer.

Así que carraspeé. Dije un «perdonen» muy mal pronunciado y me acerqué a José..., Pepe..., ¡Sepp, Sepp, Sepp! para darle el dinero.

En cuanto lo cogió reparé en algo importante. Era muy grande, me estaba tocando los dedos y desprendía calor. Del que da gustirrinín.

«Sal de aquí, sal de aquí».

—Bueno, tengo que irme. —Miré a los allí presentes, padre, madre, hermanos, y fui a darme la vuelta.

—Creo —y ahí quedé a medio voltear con la cabeza en su dirección—, que no te he presentado. Bueno, en realidad no sé tu nombre tampoco. Ayer quedó todo en el aire, parece ser.

¿Hablabas conmigo? Entrecerré los ojos, él los abrió mucho. Sí, hablaba conmigo.

—Se llama María —dijo el señor Grossental senior.

No, no, no. De eso nada.

—Emilia —puntualicé sonriente.

—María Emilia —insistió.

—Emilia Rodríguez, mejor —añadí a toda prisa.

—Emilia —repitió Pepe..., dijo José..., digo ¡Sepp, Sepp, Sepp!—. Bien, este es mi padre, Joseph Grossental, este es mi hermano Maximilian, mi madre Rosmarie y yo me llamo Joseph, como mi padre, Sepp si lo prefieres.

Sonreí por orden según se hacían las presentaciones mordiéndome la mejilla por dentro para no entrar otra vez en un bucle sin fin de risas a cuenta de nombres y asociaciones navideñas. Al fin y al cabo estábamos en Septiembre.

—Encantada —dije.

La señora Rosmarie Grossental tenía los ojos como platos. No me pregunten por qué.

¡Ah, sí! Sería porque ahí seguíamos Pepe —¡Aggg, desisto!— y yo agarrando los billetes de cinco euros como si fueran el tesoro de los nibelungos.

Alguien carraspeó, y yo solté por fin el dinero.

—Te acompaño hasta la salida —dijo el Sepp senior guiándome con suavidad por el codo para darme la vuelta.

—Muchas gracias.

—¿Dónde has aparcado?

—He venido en tren.

—Hay un largo camino desde la estación.

—No tanto...

Comenzó a andar, y yo le seguí, sin saber muy bien qué acababa de pasar.

Capítulo 5

Sepp

*E*l empujón me vino del lado derecho.

Mi madre, que se puso de pie en un parpadeo, me empujó hacia delante, apremiándome para que saliera del taller.

—¿Qué haces, *muada*?

—¿¡Cómo que qué hago?! Esa pobre chica ha venido en tren, luego ha andado todo el camino hasta aquí, y la dejas irse por donde ha venido.

Asentí porque era cierto, todo.

—Déjalo, *muada* —dijo mi hermano siguiéndonos justo detrás—. Sepp no se está enterando de nada. Ayer fue peor.

—Imposible —aseguró mi madre.

—Hay pruebas irrefutables que así lo demuestran. Me aseguré de grabar en alta resolución.

—¿De qué habláis? —Tenía el anticipo. Había ganado el regateo. Era el momento de celebrarlo con un *enzian*, no de jugar a las adivinanzas con mi familia. Nada tenía sentido.

Los dos me miraron fijamente, *muada* hasta me levantó la barbilla para asegurarse de algo. Me estudió bien la cara y casi pensé que iba a chuparse el pulgar y limpiarme algo pegado en la piel. Éramos hombres hechos y derechos, pero ella se resistía en aceptarlo.

En vez de eso, relajó el rostro y me miró con mucha pena.

—Sí, no parece enterarse de nada —aseguró.

—Admite... —malmetió Max— que no es el más listo de nosotros. A no ser que pueda clavar...

¡Plas!

—¡*Muada*! Deberías saber —dijo mi hermano aliviando el dolor de la nuca con la mano— que lo que haces conmigo es considerado maltrato.

Mi madre bufó, y mi hermano aumentó la distancia entre ellos.

—Luego hablaremos tú y yo —lo amenazó—. Y tú, Sepp. Sal ahora mismo y lleva a esa muchacha a su casa.

—Pero ¿por qué?

—Es definitivo: tonto como pocos —murmuró Max.

Doblamos la esquina de casa, mi madre mirando hacia el camino buscando a la joven. Muy lejos había calculado que estaba, porque la clienta en cuestión se encontraba sentada junto a la puerta, riendo y bebiendo cerveza con mi padre.

—Menos mal —dijo aliviada.

Todo bien en la familia Grossental.

Y *muada* me empujó con más ahínco hasta que nos quedamos todos otra vez mirándonos como idiotas.

La chica miró hacia arriba cuando me acerqué a la mesa y parpadeó un par de veces, algo confusa. Tenía las pestañas largas y gruesas que se movían de arriba a abajo en unos ojos llenos de vida.

Y me perdí un momento. ¿Qué era lo que quería mi madre?

Emilia volvió a pestañear y abrió la boca para decir algo. No se lo permití.

—Te voy a llevar a casa —dije tras un carraspeo.

—¿Eh...? —Y miró a mi padre.

—No hace falta, hijo. Ya la llevo yo, tú tienes trabajo. Nos preguntábamos qué saldrá del encargo. ¿Sabías que los españoles plantan pinos?

Y rieron los dos. ¿Cuántas cervezas llevarían? No podían ser muchas, habían pasado como mucho cinco minutos. Aunque hablar de repoblación de bosques tampoco era tan divertido, ¿no? Y entonces vi los vasos de chupito vacíos. ¡Habían empezado con el *enzian* sin mí!

Mi madre entonces tuvo la idea del siglo a juzgar por la cara de alegría que puso.

—Emilia, ¿has comido algo?

La aludida dijo que no con la cabeza.

—Entonces no se hable más. Te quedas a cenar. Hoy cenaremos media hora antes.

Emilia miró primero a mi padre y luego a mí. No sé por qué. Y se me ocurrió que llevaba horas sin comer, que había caminado varios kilómetros para traerme quince euros, algo que, en realidad, me había sacado de la manga para no tener que hacer mi trabajo.

—Te llevo luego —insistí. Mi padre no estaba en condiciones de conducir.

Y entonces aceptó la invitación.

Al cabo de un rato, comenzó a llegar el resto de la familia. Mis sobrinos aparecieron arrastrando los pies, con la trompetas colgando al hombro de una cuerda. Luego mis dos hermanos —éramos cuatro los que vivíamos en la casa familiar— y, por fin, mis cuñadas, cada una por separado.

Casi todos dependíamos de la empresa de construcción de mi padre, solo uno de los medianos —el que en ese momento cuidaba de las vacas en los prados de montaña—, había decidido dedicarse a la ganadería y ayudaba a mi madre con la leche, el queso y la carne.

El resto nos dedicábamos a la madera, de una forma u otra.

Mi hermano mayor se encargaba del papeleo, el siguiente era carpintero constructor, como yo, su mujer, la del segundo, ayudaba también en la oficina, y Max era ebanista, como Lisa.

«Lisa».

Con un nudo en el estómago, fui a cambiarme de ropa y a darme una ducha antes de cenar.

Cuando bajé, la sala era una fiesta.

Podría haber sido considerada una cena más, pero no. Aquello fue una encerrona de libro, y todo para tener posibles clientes en el futuro.

Reconozco que es así como funciona cualquier negocio, si bien después de poco menos que mendigar por comida para poder ser bueno en lo mío, aquel teatro no le sentaba bien a mi estómago.

Los allí presentes, todos menos uno de mis hermanos y su familia, desbordaban alegría y buenas intenciones. No paraba de bombardear a Emilia con preguntas sobre su país, su trabajo, su opinión de nosotros, de los austríacos o de si, en su opinión, Plutón era un planeta o no.

La pobre chica contestaba sin vacilar —con esa forma especial suya de construir frases— a todas las pesquisas y con una sonrisa en la boca. Miraba a la gente a los ojos y movía las manos como si le fueran necesarias para poder pronunciar con corrección. Y mis padres, hermanos, cuñadas y sobrinos, sacaban de lo más recóndito ese alemán estándar que casi nos era tan extraño como a ella porque, fuera de Baviera, nos entendían pocos.

Emilia sin embargo no nos hizo repetirnos ni una sola vez. Escuchaba atenta y si no entendía, sonría y se encogía de hombros. De vez en cuando reía con los demás, sonando rotunda y honesta. Nada de lo que hacía o decía contenía un ápice de falsedad.

«Es genuina».

—Van a ponernos una medalla con esto del canager —dijo Damal todo serio.

—Están acostumbrados a nuestras extrañezas. Una más da igual y creo que esto nos va a dar caché.

—¿Qué extrañezas? —preguntó Emilia muy bajito.

—Todos somos muy raros —aseguró Max—. Tenemos entretenido a todo el mundo. Fraz es daltónico, y su Wam le separa la ropa en el armario porque dice que su vida es demasiado aburrida. Imagina con qué pintas va a veces a trabajar a la oficina.

—Perdón, ¿quién es Wam?

—Barbara, su mujer. Como estaba diciendo..., Gregor no habló hasta los cuatro años porque según dice no tenía nada importante que decir; Thomas tiene miedo a las alturas y se dedica a montar techumbres; Sepp salió confundido. Aquí soy el único normal.

Y todos nos echamos a reír porque si había un personaje en la familia Grossental, ése era Max.

«Por favor, que no lo haya oído».

—¿Confundido, dices? —tanteó Emilia.

«Lo oyó».

—¿No lo sabías? —gritó Max.

La pobre Emilia negó con la cabeza y yo me tapé los oídos.

—Pues verás —comunicó Max sin ningún acento—. El pobre nació tras veinte horas de parto.

—Doy fe —afirmó mi madre.

«Vuelvo a los caminos para nunca volver».

—Y resulta que para cuando empezó a berrear...

«Quiero una lápida que diga ‘lo mató porque no tuvo otro remedio’».

—...mi padre le miraba enseñando todas las muelas y mi madre estaba en su mundo paralelo de agotamiento y afonía de tanto insultar a mi padre por hacerle semejante faena...

—Doy fe —interpuso entonces mi padre.

«En serio, gente. Me voy y no vuelvo».

—Aparece la matrona preguntando que cómo quieren llamar al becerro.

—Y aquí es importante hacer una apreciación —comentó Damal.

«¿Apreciación?». Mi hermano eructaba las palabras más rebuscadas y nadie le llamaba al orden. Mi familia había sido abducida. Era la única explicación. ¡Aquello era personal!

—En esta casa —siguió como si nada—. Ha habido siempre una regla no escrita.

—Nunca llares a tus hijos con tu mismo nombre —cantaron todos a la vez.

—Pero... —susurró Emilia.

—Veo que intuyes por dónde van los tiros —dijo Max levantado su *enzian* y acabando con él de un solo trago.

Soltó un eructo.

Mi madre le dio una colleja, y Vreni rellenó todos los vasos. Menos el mío, claro. ¿Quién me habría mandado presentarme voluntario como chófer? Necesitaba de aquel líquido más que todos ellos juntos.

—Pues va la enfermera y pregunta aquello. Mi pobre madre yacía agotada después del esfuerzo y mi padre sonreía bobo por culpa de los días sin dormir. La parturienta levanta un dedo para señalar a su marido y el dedo queda algo bajo porque no tiene fuerzas; el pater de familia no se ha enterado ni de que la enfermera está a los pies de la cama esperando así que cuando mi madre va a decir que le pregunten a Sepp, su marido, va la matrona y escribe el nombre en la ficha, les desea toda la suerte del mundo y se marcha por donde ha venido.

—A partir de ahí todo ha sido caos en esta familia —aseguró Damal.

«Otro que dejará viuda e hijos en un futuro cercano».

Emilia comenzó a reír de buena gana, con una honestidad rara de ver hoy en día.

Así que me relajé. Ir en contra de estos tarados no tenía sentido y ella no parecía escandalizada.

Solo lo normal.

Cenamos tanto como si fuese Navidad; otra cosa que me ponía nervioso. El concepto de abundancia todavía seguía incomodándome mucho. Cinco años viviendo al día, y a veces ni eso, te obligan a definir de nuevo casi todo lo que se da por hecho. Jamás volvería a menospreciar tres comidas al día, techo y trabajo.

Emilia comió con apetito y escuchó con atención todas las absurdas historias que salieron a colación. Aquella noche parecía que todo el mundo se acordaba de alguna de las estupideces que había hecho en cada año de mi vida. Le ponían empeño en reírse a mi costa. Y durante aquella comilona, ella no posó los ojos en mí ni una sola vez. Puede que fuese porque no tuve un comportamiento tan cercano como mis parientes, aunque con todo y eso..., ni siquiera de pasada. Uno pensaría que para mirar a mi hermano Max, a mi derecha, y luego a mi madre, a mi izquierda, hubiese sido imposible no fijarse al menos en mi pelo. Pues no. Fijaba la mirada en uno, me trasapaba mirando la foto que colgaba en la pared justo por encima de mi cabeza y contestaba a la pregunta de la otra. Una parábola perfecta.

Extraño.

—¿No comes, hijo? —preguntó mi madre.

Teníamos una sartén grande en medio de la mesa y atacábamos el guiso, cuchara en mano. Cada uno tenía una tabla redonda de madera como plato, por si queríamos pan o queso.

Miré hacia abajo. El pan y el queso estaban sin tocar, y yo agarraba la cuchara limpia mientras que el resto se atusaba el estómago y dejaba caer que otro chupito no vendría mal.

Para la digestión, ya se sabe.

—No tengo mucha hambre —contesté.

—¿Tú? Si eres un pozo sin fondo.

Admito que lo de la escasez me había convertido en un devorador cuando la ocasión se presentaba. Nunca se sabe cuándo vas a volver a comer, pero tampoco había que exagerar.

—He comido fuerte. —Y para no ofender a mi madre después del esfuerzo que había hecho en la cocina, llené la cuchara y mastiqué sonriente. Veinte veces.

Fijé la vista al frente. Ni una mirada desde aquel ángulo.

El guiso me supo insípido.

Capítulo 6

Emilia

*L*o pasé fenomenal en aquella cena, aunque solo entendí las dos terceras partes, seguramente las menos importantes. Y es que el acento bávaro era cerrado como pocos, o al menos a mí me lo parecía. Se comían terminaciones, cerraban mucho la boca y la gramática también iba por libre.

Por eso enseguida me concentré en aquellos miembros que me sonaban más fáciles. Concretamente uno de los hermanos y una cuñada. Cuando todo fallaba, atacaba la enorme sartén y esperaba a pescar la siguiente palabra.

El tema de los nombres me tuvo en vilo constantemente la primera media hora. Alternaban el nombre con el apodo sin darse cuenta y yo no paraba de hacer conexiones rezando para estar relacionando bien a unos con otros.

Franzl y Steffl eran los más fáciles. Añadir una L al final era una costumbre muy extendida.

Thomas me costó mucho más. ¿A quién pudo ocurrírsele llamar Damal a alguien que se llama Thomas? El misterio de Wam fue clarificado por Max, que los espíritus le guíen. A Verena la llamaban Vreni, con lo bonito que era su nombre original.

Pero el más impactante era Gore. Sí, Gore, como esas películas llenas de sangre y vísceras. ¡Si el pobre hombre se llamaba Gregor!

Disfruté mucho, pero terminé agotada y con un señor dolor de cabeza. Por la concentración que el idioma requería y por culpa del digestivo más famoso de la zona: el *enzian*. Cincuenta grados de alcohol sacados de la raíz de una planta que crecía en los Alpes. La delicadeza de aquellas flores azules escondía bajo la superficie una concentración de azúcar tal, que cortada en trocitos, daba lugar a uno de los *schnapps* más populares del país.

El *enzian* era el producto homeopático destilado más consumido. Servía para los dolores de cabeza, las indigestiones y el mal de amores. Más no podía pedirle. Los bávaros lo apreciaban en lo que valía y no escatimaban su uso, sin

darse cuenta de que los que no estábamos acostumbrados, acabábamos haciendo el ridículo después de bebernos solo dos chupitos como mucho. Digamos que con cada trago, el estómago se revelaba con fuerza para pasar luego a cantar de alegría y pedir más.

Se estaba muy bien en aquel comedor, con el horno encendido y la tripa llena, rodeada de gente maja y carpinteros guapos. Unos más que otros, pero cuatro nada menos. Si es que había entendido bien.

Ni siquiera me percaté de la hora cuando Verena se levantó para llevar los niños a la cama. Para mi sorpresa eran ya las siete, y todo el mundo madrugaba al día siguiente.

Calculaba yo que todo se hacía dos horas con anticipación. Si en Salamanca yo me levantaba a las ocho, en Salzburgo lo hacía a las seis. Y la cena era tan temprano que a mí me parecía siempre una merienda subida de categoría.

Todos los allí presentes se despidieron asegurando que estaban encantados con el famoso encargo que había puesto en sus manos. Supuse también que lo decían porque no eran ellos los encargados de llevar el *caganer* a buen término. El elegido para tal tarea no parecía tan contento con el pedido.

«Así es la vida, amigo».

Rosmarie me dio un abrazo, un paraguas, un bote de compota de ciruela, una palmadita en la mejilla y desapareció para ocuparse de los cacharros. Y creo que dejé salir un suspiro cuando Pepe y yo salimos juntos de aquella casa, y podría casi asegurar que me apoyé sobre él un poco cuando nos acercábamos a su coche. Una furgoneta con un logotipo enorme pintado en el lateral, en el que no me fijé mucho, la verdad.

—¿Dónde vives? —preguntó una vez nos habíamos acomodado dentro.

Le di la dirección, y no preguntó cómo llegar. Arrancó el coche y nos pusimos en marcha.

—Tres años y un día, ¿verdad? —No se presenta todos los días la posibilidad de hablar con un nómada. Cada vez eran menos los que mantenían con vida aquella costumbre medieval.

Habíamos pasado en silencio unos minutos y ya no aguantaba más allí sentada sin decir nada.

Asintió sin desviar la mirada de la carretera.

—En mi caso fueron cinco.

—¿De veras?

Vagabundear durante cinco años iba más allá de vivir una aventura. Porque era básicamente eso lo que Pepe había hecho. Una vez terminados los estudios del

oficio, aquellos que lo deseaban podían ir de un lugar a otro buscando trabajo y aprendiendo otras técnicas, formas de trabajar, materiales..., lo que fuera que se hiciera en otros sitios.

Era una tradición con más de ocho siglos de antigüedad que cada vez atraía menos a las nuevas generaciones. Una forma atávica de aprender que subsistía a duras penas.

El oficial abandona su hogar y aprende mientras viaja, visitando cuantos más lugares mejor. Deben separarse de sus familias durante más de tres años, y solo pueden acercarse a ellas en caso de extrema enfermedad o muerte de algún allegado. Van con lo puesto, la herramienta y una muda en un hatillo que realizan con un tapo de ochenta centímetros cuadrados, además llevan la vara y cinco euros en el bolsillo. No pueden utilizar ningún medio de transporte salvo que hagan autoestop o deban cruzar océanos. Viajan siguiendo los cuatro puntos cardinales pidiendo trabajo y, una vez que lo terminan, vuelven al camino. Extranjeros siempre.

Se los reconoce por la indumentaria: de negro, si son carpinteros; con sombrero de ala ancha, levita, chaleco y pantalones de pana o cuero, con botones blancos —ocho en el chaleco y alguno en las solapas de la chaqueta o cerca del bajo de los pantalones de campana—. La camisa blanca sin cuello, y un pendiente que se ha perforado a lo vivo con un martillo el día antes de su partida.

Y yo tenía a uno sentado a menos de medio metro. ¡Cómo no iba a estar nerviosa! Me sentía como una *grupie* frente a su ídolo —del cual tiene pósters pegados en todas las paredes de su habitación— en un concierto. Porque yo no tenía pósters, pero sí un montón de fotos en el ordenador.

Aquella pequeña fascinación había surgido por culpa de una pregunta hecha por un turista cuando vio a un carpintero clavar las vigas de un tejado a martillazos con la ropa típica, y cuando fui a preguntar al capataz solo dijo que estaba haciendo el *Wanderjahre*, como si todo el mundo supiera lo que era aquello del viaje del jornalero. Yo no conocía la costumbre, así que había investigado y me había quedado encandilada por ella.

Porque no solo se trataba de carpinteros. Los viajeros pueden ser mamposteros, herreros, fontaneros, panaderos, joyeros...

—He leído que vais siguiendo los cuatro puntos cardinales.

—Más o menos.

—¿Dónde es lo más lejos que has llegado en cada uno?

Pensó un momento.

—Noruega al norte, Sienna en Italia al sur, Australia al este, Bordeaux en Francia al oeste. Debería de haber ido a Sudamérica, al menos tendría alguna que otra palabra de la que presumir.

Y por un momento apartó la vista de la carretera y me lanzó una mirada que, supongo, pretendía ser amigable. Lo único que consiguió fue que se me pusiera toda la piel de gallina. Nadie me había mirado así antes, en serio, con una honestidad que me daba algo de vergüenza en presenciar. Eran los ojos de alguien que no ocultaba nada y si tuviera algo que ocultar, lo enseñaría de igual manera.

En la penumbra de la cabina, sus ojos eran algo más oscuros y sus facciones más recias, pero todo quedaba compensado por esa clara honestidad que desprendía. Extraño, porque durante aquella tarde, había oído bastantes veces que Sepp no sabía por dónde se andaba. Huraño y siempre retraído.

Lo que no habían visto era que aquel viaje le había hecho más sabio, en mi opinión. Conocía verdades de la vida que nuestra monótona existencia era incapaz de enseñarnos.

Aquel vagabundeo lo hacía especial, casi único. Lo de menos era la aventura; el viaje interior debía haber sido épico.

Pero esas cosas no se preguntan a los desconocidos, si bien eran las que más deseaba hacer.

Noruega, Italia, Francia, Australia... Un momento.

—Perdona por el interrogatorio, pero ¿cómo llegaste hasta Australia? Porque el autoestop no da mucho de sí en alta mar.

Creo que apretó los labios por no reírse de mí allí mismo.

—Para viajes así existen los aviones.

Así que quería hacerse el listillo.

—No me digas. —Pretendí hacerme la sorprendida—. Quién hubiese podido imaginar que había que subirse a un avión para llegar a las antípodas.

—El que nos emplea paga el viaje a cambio de nuestro trabajo —aclaró.

—¿Y cómo sabes que alguien te necesita en Australia?

—No lo sabes. Normalmente vamos a los sitios porque nos llega la noticia de que hay trabajo. A veces algún carguero te acerca.

—Hablas como si se tratara de ir a la panadería.

Soltó una carcajada. Sonaba como una campana de iglesia. Certera, voluminosa y redonda.

—Es más o menos lo mismo. Si tienen sitio, ofreces tu trabajo a cambio del viaje. Algunos incluso conocen a algún oficial, así que es un favor que te hacen.

Normalmente es gente que ha ido al *Tippelei* o conoce a alguien que lo ha hecho. Es una red de contactos mantenida durante siglos.

Los picores volvieron a manifestarse con fiereza sobre todo en las partes que tocaban el asiento. ¿Había encendido la calefacción? Porque si no era eso era que me estaba..., me estaba poniendo...

Baje un centímetro la ventanilla. La capacidad de respirar se me estaba oxidando mucho últimamente.

«Concéntrate en la conversación, Emilia».

—¿*Tippelei*? —Recurrí la viejo truco de palabras sueltas con entonación. Esas preguntas te dejaban en buen lugar y daban tiempo para reorganizar los pensamientos.

—Es así como se llama el viaje, aunque no te aconsejo que utilices la palabra en público.

—¿Por qué?

—Se considera despectiva —dijo el término «despectiva» con ironía—. Si quieres ser políticamente correcta tienes que llamarlo *Walz* o *Wanderschaft*.

Demasiadas palabras. Cuando intentaban ayudarme con el lenguaje, lo empeoraban llenándome la cabeza con cuatrocientos sinónimos.

—¿Y por qué la usas entonces?

—Por eso mismo. Porque otros la consideran despectiva. Se ha llamado así siempre y no veo ningún problema en ello. Los que se ofendan pueden venir y decírmelo a la cara. Ninguno lo hace.

Me lo creí. Cualquiera se las apostaba con ese tamaño y esa presencia.

«Uf...». Tuve que bajar otro centímetro la ventanilla. ¿Qué estábamos diciendo antes de los calores? ¡Ah, sí!

—Pero hemos quedado en que tú fuiste en avión a Australia, ¿no?

—Alguien que conocía sabía de alguien que era amigo de uno de los extranjeros con los que me crucé, y estaba juntando gente para construir una estación.

Entender aquella frase me costó al menos tres minutos. El alemán era un idioma para hacer sufrir, así de claro.

—¿Estación de tren, de autobús...?

Mi alemán era patético, la verdad.

—En Australia las granjas se llaman estaciones y son tan grandes como cualquier país de tamaño medio en Europa.

Eso lo sabía, lo de que se llamaban estaciones, no. Aunque no dije nada porque quería que siguiese contándome todo aquello.

Y lo hizo. Gracias a todos los espíritus.

—Fuimos en un avión de carga. Rodeados de paquetes. Algo incómodo. Y luego en helicóptero. Nos trataron bien, comimos bien y yo construí tres tejados.

—Mmm. Pero...

Iba a ofenderle por listilla. Seguro.

—Pregunta lo que sea.

—Lo primero. ¿Tú no esculpes belenes?

Y relajó el semblante con una sonrisa que me hizo salivar.

—Mi padre nos enseñó a todos, pero es más una pasión que un trabajo. En realidad construyo techumbres, ese es mi oficio.

«Ya se ve, ya se ve». Y allá fue otro centímetro de ventanilla.

—Pero, y esta es la segunda cuestión, los tejados en Australia son metálicos, ¿no?

—La mayoría sí, aunque la estructura es siempre de madera.

—¿No hay carpinteros en Australia?

Y me miró como a veces había visto que miraba a Max. Nada bueno.

Creo que me dejé resbalar en el asiento. Sepp sabía cómo mirar. La calefacción en aquel coche estaba muy alta y el volumen de la radio muy bajo. Además la emisora no paraba de poner música de los setenta y a mí la música de los setenta no me gustaba nada. Las letras son absurdas, los ritmos un aburrimiento y las melodías duran tres segundos.

Ah, y la ventanilla ya no bajaba más.

Estiré la mano para cambiar de emisora y me di cuenta, tarde, de que no era mi coche y que no tenía ningún derecho a enredar en aquellos botones. Peor aún, el sistema parecía sacado del Enterprise y...

—El dueño de la estación era alemán. Casado con una australiana. En el fondo quería ver algo que le recordase nuestra forma de hacer las cosas —dijo mientras yo mantenía los dedos a dos centímetros del sistema de sonido.

Aparté la mano y, por si acaso, me senté sobre ella, no fuese a salir de excursión otra vez sin mi consentimiento. Porque ver como aquella enorme mano suya cambiaba de marchas, unida a aquel musculoso antebrazo me hacía querer tocar..., ¡lo que fuese!

«Debo estar ovulando. O es la maldita calefacción. ¡No toques la ruedecilla!».

¿Se pueden creer que la mano salió despedida y acabó dándole a la rueda de la temperatura?

Lo hizo, y sin ningún pudor.

—Deberías quitarte el chubasquero...

«Sí hombre, ¿aquí?».

—... o te resfriarás al salir.

Menos mal que no me miró, porque tenía la piel de gallina, la cara roja, el interior palpitante y los músculos de la nuca en tensión.

Un cuadro... Cubista... Y él tan campante.

No recordaba hacer un ridículo así desde la pubertad. Y no digamos aquel silencio espeso.

—¿Puedo... podría... me dejarías ver lo que hiciste?

Giró la cabeza buscando algo en el camino. La lluvia caía con fuerza, tanto que no se veía más allá de varios metros. ¿Cuándo había empezado a llover? Señalizó con el intermitente y paró la furgoneta en el lateral de la carretera en lo que parecía una parada de autobús.

Se acercó a mí y yo dejé de respirar. Se inclinó en mi dirección y yo esnifé. Ya daba igual que me pillara, después de la cascada de idioteces que acababa de decir y hacer. Con unos dedos demasiado grandes para aquel espacio, abrió la guantera y me dio su móvil.

—«C» invertida sobre los números —dijo mientras recuperaba la postura.

¿Cómo? ¿Le estaba dando la contraseña de su móvil a una completa desconocida?

Me lo lanzó al regazo antes de cambiar de marcha a toda prisa.

—¿Llevabas el teléfono?

Había leído que estaba prohibido.

—No, las fotos me las mandaron después. Solo tenía el reloj de bolsillo que mi padre llevó en su momento al *Tippelei*. Para eso llevamos nuestro cuaderno de viaje.

Fui a abrir la boca.

—No —y levantó la palma de la mano—. Eso no te lo voy a enseñar.

Solté el aire y sé que hice un mohín.

Y entonces empezó a reírse. De mí, claro.

—Ni siquiera aunque pongas esa cara.

—Tenía que intentarlo al menos —gruñí.

Puso de nuevo en marcha el coche y los siguientes cinco minutos los pasé viendo fotos de él martilleando o acarreando vigas. En la mayoría no llevaba encima nada más que el pantalón corto, y me alegré del calor que debía hacer en Australia. Amplié varias imágenes para fijarme bien en los detalles de la madera. Era bonita, muy bonita. Por no hablar de los músculos y las manos que agarraban el martillo. Muy bonita la madera, en serio.

—Pareces saber bastante sobre nosotros —dijo sacándome de aquel universo paralelo de martilleos incesantes, cuerpos sudoroso y vigas de madera.

Tardé un momento en apartar la vista de la pantalla, sin embargo. Esos detalles...

—¿Qué? —dije en castellano—. Ejem, perdón —moví la cabeza para despejarme—. ¿Puedes repetir?

—Tus preguntas son de alguien que sabe del «*Tippelei*».

—Es parte de mi trabajo. Saber cosas, me refiero. ¿A qué cofradía perteneces? Es por saber, nada más.

Volvió a sonreír, y yo me relajé por primera vez ante su presencia.

—Ninguna. Fui nómada «salvaje». Algunos nos llaman los del «séptimo eje» —dijo meneando la cabeza.

—¿No es peligroso?

—A veces —le susurró a aire.

Sepp agarró con fuerza el volante, apretó el acelerador y condujo el resto del camino con una expresión dura en la cara. El silencio solo se vio interrumpido por la voz melosa del navegador de a bordo.

Volví a subir la ventanilla. De repente la temperatura había bajado doce grados y yo ya no sentí ganas de hacer ninguna pregunta. Volví a sentir la tensión en el cuello y, con las manos bajo los muslos, no moví un músculo hasta que aparcó delante de la puerta de mi casa.

—Gracias por acercarme.

Inclinó la cabeza sin decir nada con la vista fija en el volante. El ambiente había cambiado de forma drástica, y ninguno de nosotros se sentía a gusto en absoluto.

—¿Diez días? —pregunté más que nada por parecer centrada.

La volvió a inclinar.

—¿Voy a recoger la figura? —«¿¡Por qué intentas estirar la conversación!? ¡Es obvio que él pasa!?».

Me miró entonces, apretó los labios y asintió otra vez.

Y esa mirada clara de antes era ahora cansada, triste. Mis independientes manos quisieron salir disparadas hacia él y abrazarle con fuerza. O estrangularle..., lo cierto es que me encontraba confusa.

En vez de eso, así la manilla y abrí la puerta del coche.

—Hasta entonces —me despedí, algo desinflada. No sé, el momento se había agriado, y no sabía muy bien por qué.

Salí del coche, cogiendo al buen tuntún todos mis bártulos, y corrí bajo la lluvia hasta refugiarme bajo el pequeño porche del portal.

—Emilia. Necesito tu número de teléfono —oí justo a mi espalda.

Se me resbaló el paraguas. Estaba de los nervios. Fui a agacharme, y, a la vez, él intentó ayudarme con mis pertenencias. Al final, cogimos el paraguas al mismo tiempo y cada uno tiró para su lado. El primero, yo después, él otra vez. Como idiotas con un «ni pa' ti, ni pa' mí».

El agua chorreaba por su cara, parpadeaba a toda velocidad y abría y cerraba la boca intentando secarse los labios.

—Perdón —murmuró.

Soltó su lado del paraguas y yo tropecé hacia atrás. Se me resbaló la mochila, por lo que me agarró de los hombros, haciéndome sentir su aliento en la mejilla. Estaba muy cerca. Demasiado para las costumbres del lugar.

—Gracias —dije.

Estiré el cuello y eché la cabeza hacia atrás. Hasta el día de hoy no sé si por separarme o por todo lo contrario.

Y él se inclinó hasta casi tocarme con la nariz.

Tragué con dificultad y me agarré a sus bíceps como si me fuera la vida en ello. No había estado tan excitada en mi vida, y no sabía si reír o llorar. El sonido que salió de mi garganta podría considerarse un gemido.

Estaba perdiendo los papeles a lo grande.

—Emilia... —Su tono fue grave, hizo una pausa justo después para respirar hondo. Solo su fuerza me mantenía en pie, pues mis rodillas había decidido no funcionar.

Y entonces se tensó.

Hubo un vacío, un segundo estaba envolviéndome y al siguiente se había convertido en un robot que me ayudaba a no caer.

Se alejó sin brusquedad, si bien sentí su rechazo como si me hubiese empujado.

—Perdón —dijo.

Había usado la misma palabra que antes, «*bitte*», y sin embargo expresó algo a mil años luz. El tono, el cambio de postura, convertían aquella palabra en ruego, pero no hacia mí. Se lo estaba diciendo a sí mismo. Más que clamar «perdón» le pedía ayuda a lo más alto. Un «por favor, aléjate de mí» de libro.

Me sentía tan confundida y excitada que no supe qué decir, así que le contesté con mi cuerpo, estirándome con una vara, soltándole y obligando a mis piernas a alejarse al menos un paso.

La palabra «incitadora» me vino a la cabeza y me enfadó porque nada de lo que acababa de pasar era culpa mía, si es que había que achacar a alguien la culpa de lo sucedido. Tan pronto me hacía sentir bien, como una paria al minuto siguiente. ¡Y yo le había dejado!

Agaché la cabeza, no sé si por vergüenza o disgusto, aunque daba igual.

—Gracias por traerme —dije con todo el aburrimiento que pude reunir.

Levantó la vista algo sorprendido.

—De nada. —Otra vez ese «*bitte*». Parecía ser la palabra comodín del día. Lo que me cabreó aún más.

Saqué las llaves a toda prisa, abrí el portal y dejé la puerta abierta adelantando el pie, reagrupé la mochila, la mermelada y el paraguas como pude en una mano y saqué la llave de la cerradura con la otra.

—Llamaré antes de pasar a recoger la figura —dije sin mirarle. La incomodidad que sentía iba a tardar en desaparecer. Me había puesto en evidencia y encima tendría que volver a verle. Quién sabe, lo mismo podía enviar alguien en mi lugar.

—Sobre eso...

Y entré en el portal, apartando el pie. Jamás reconocería la enorme satisfacción que sentí al oír el estruendo al cerrarse la puerta, pero era lo único que iba a llevarme de aquella desastrosa tarde.

Capítulo 7

Sepp

Cinco días después y todavía no había empezado con el maldito cagón. Ni que la boñiga fuese a oler de verdad. Y entonces me acordé de que no había preguntado si quería la figura pintada o no.

Lancé una maldición al techo.

—El bloque de madera no va a esculpirse solo —dijo mi padre a mi espalda con tono de estar aguantándose la risa.

Aquel *caganer* iba a ser la anécdota más contada en la familia. De hecho, ya lo era. El otro día pillé a Max dando detalles en la taberna. Brindaban por culos al aire en pleno invierno cuando le saqué a rastras del bar.

Para añadir sal a la herida, en lo que a posaderas se refiere, últimamente tenía otras en la cabeza. Unas que me tenían confundido y que me instigaban en hacer cosas que no eran propias de mí. Los impulsos estaban desterrados de mi vida desde que Lisa...

«Lisa, Lisa, ¡siempre Lisa!».

Y, sin embargo, Emilia terminaba apareciendo como por arte de magia en mi cabeza cuando no pensaba en nada.

«Lisa, ¡Lisa es lo primero!».

—Si quieres, esculpo yo la figura. Trabajas demasiado y ya es decir. Ayudas a tu madre por la mañana, vas a la obra y cuando vuelves ya de noche, te metes aquí a terminar proyectos. El pastor diarreico, pasada la primera sorpresa, me parece un encargo divertido.

Por un momento no supe de dónde venía aquella voz. Me había quedado traspuesto mirando aquel cubo de madera maciza mientras mi padre montaba unos cajones para un armario. Ni me había dado cuenta de que se había acercado cuando no contesté a la primera.

—¡No! Gracias —dije a toda prisa—. Estaba pensando que al final no le he preguntado si debo pintarla. Además, ¿quién dijo nada de diarreas? Para que se

sepa lo que es digo yo que tendré que esculpir una boñiga decente y con consistencia.

Se echó a reír, y tengo que reconocer que yo tuve que controlarme. Si tres días antes me hubiesen dicho que acabaría con mi padre hablando de consistencias fecales, me habría preocupado seriamente por nuestra salud mental.

—Pregúntale, entonces. Por el color y ya de paso, por la textura del mojón. — Así, como quien comenta la siguiente nevada.

Me froté los ojos con los dedos. Estaba agotado físicamente y la cabeza no paraba de irme de bucle en bucle. Sin contar con la «alegría matutina» con la que de repente me despertaba y que necesitaba de acciones rápidas y silenciosas, porque mi hermano y mi cuñada dormían en la habitación adyacente a la mía con una niña de teta y otro en camino. Y cuando digo adyacente, me refiero a que los dos dormitorios se comunicaban por una puerta de un milímetro de espesor.

Hora de cambiar de tema. Al final con las prisas, los nervios y no sé que incomodidad, no había conseguido intercambiar números de teléfono.

Emilia vendría a por el cagón en ocho días y no podía ser que no lo tuviese todo preparado.

«Quizá mañana, después del trabajo, pueda acercarme a su casa».

—Me alegra que dejara su tarjeta. Tenías que haber visto la cara que puso cuando le dije que no tenía móvil. Casi escupe la cerveza.

Y mi padre sacó del bolsillo de atrás una tarjeta de visita con su nombre, su correo electrónico, su teléfono y su dirección.

«Pues, al final, no vas a tener que ir», me dije. «Vaya por Dios», esto último fingí no haberlo pensado.

Llamé antes de siquiera darme cuenta.

«Es por trabajo, es por trabajo, es por...».

—El teléfono al que llama no se...

—Maldición.

«Sepp Grossental: Señora Rodríguez. ¿Desea que pinte la figura? Si es así, hay algún color en especial que quiera que utilice?».

Borré el «Señora Rodríguez» y puse «Emilia». Entonces tuve que pasar el texto al tuteo. ¿Y qué hacía preguntando cuando ni había empezado?

Borré el mensaje.

En otro tiempo, quizá bajo otras circunstancias. No ahora.

Mi padre por detrás comenzó a reírse.

—Deja el zurullo para el final —dijo al final, entre toses—y si quieres, lo pinto yo.

Este encargo iba a ser recordado en generaciones venideras.

—Estate tranquilo, que sé de sobra cómo pintar una cagada.

—Recuerda que la piel del culo es más clara que el resto. —Ya ni nos inmutábamos con el tema. Nos salían cosas así sin ni siquiera pestañear. A eso habíamos llegado...

Mis nietos no iban a creérselo.

Ya que tenía el teléfono en la mano llamé para ver cómo andaban las cosas.

—Richter —contestó al tercer tono.

—Grossental.

No debía haber mirado quién llamaba al coger la llamada. Ella siempre respondía con un «qué pasa, topo». El mote me lo pusieron cuando me pusieron gafas en la primaria, aunque les hice que lo olvidaran a base de tortazos. Lisa era la única a la que le consentía aquel apodo.

—¡Oh, Sepp!

—El mismo.

—Me pillas saliendo, ¿hablamos luego?

—¿A qué viene tanta prisa? —«¿Y tanto secretismo?».

—Es que tengo cita dentro de una hora y voy con el tiempo justo.

—¿No es en un par de días? —Tenía apuntado todo en el calendario y esta semana solo tenía que acercarse una vez para recoger unos resultados y programar las sesiones del mes siguiente.

Se hizo un extraño silencio al otro lado de la línea.

—¿Lisa?

—Er... Se me habrá pasado comentártelo. No es nada, en serio, solo una visita de rutina.

—Está bien. Voy a recogerte. En cinco minutos me tienes...

—¡No hace falta!

—¿Cómo que no hace falta? —Salí del taller y cogí una chaqueta y las llaves de la furgoneta que colgaban siempre de la puerta.

—Ya me lleva... mi madre.

Solté un resoplido.

—Tu madre no sabe conducir.

—¿Desde cuándo? —Su madre no sabía conducir.

—Desde nunca.

—Se sacó el carnet el año pasado, Sepp. Será mejor que no comentes nada al respecto. Todavía va agarrada al volante como si fuese a destornillarse del coche

y mandarla disparada por el techo. Las películas de James Bond le han creado un trauma, y piensa que cualquier botón que pulse va a provocar un accidente.

—Y quieres que te lleve ella...

Otra vez volvió a callar y no moverse, como si se hubiese creado una cámara de vacío a su alrededor.

Por fin soltó el aire.

—Está bien. Aquí te espero.

Y colgó sin más.

Capítulo 8

Emilia

—Cuenta la leyenda que un rey malvado y cruel dominaba estas tierras con mano de hierro. Aterrorizaba a sus gentes, e incluso los animales temían su presencia. Wazemman, el rey, tenía siete hijos y todos ellos, incluida su esposa, maltrataban a sus súbditos y cazaban por puro placer.

»Un día, en una de aquellas cruentas cacerías, se encontraron en el camino a una familia de campesinos y, sin pensarlo dos veces, les pisotearon con sus caballos y les lanzaron a sus perros sedientos de sangre.

»Pero antes de morir, la mujer del granjero les maldijo condenándolos a convertirse en piedra. En ese mismo momento la tierra se abrió, escupió lava, convirtió al soberano y su familia en roca y los elevó hasta convertirlos en montañas.

Tenía al público en la palma de mi mano. Completamente cautivados. A veces ponía voces y todo, imaginando aquel horrible momento en que la pobre mujer, al borde de la muerte, levantaba el dedo acusador y escupía, con su último aliento, aquella venganza contra el cruel opresor.

Por desgracia tenía que darme prisa, antes de que la trompeta nos taladrara los tímpanos, si bien mis queridos turistas la disfrutarían de lo lindo. Cuando llenábamos el bote me dejaban terminar, pero ese día solo éramos diez, contando conmigo y los demás turistas querían escuchar el eco.

—Y aquí estamos, en el lago del rey —dije satisfecha señalando alrededor—. El bote en el que nos encontramos es eléctrico como siempre lo fue. La única persona con licencia para usar un bote a motor es el pescador.

Les expliqué rápido detalles sobre la pequeña cordillera que formaban el monte Watzmann, su mujer y los siete hijos. Les conté también algo sobre la llanura de roca que se extiende en lo alto, la existencia del pequeño refugio para los escaladores atrapados en tormentas y alguna que otra estadística macabra sobre las vidas que se toma cada año por unas cosas u otras.

—Nuestro destino —continué bajo la mirada impaciente del trompetero— termina en la capilla de San Bartolomé. Una preciosidad, ya verán. Pero ahora es el momento de disfrutar de una clase practica sobre la dirección del sonido.

Y ahí les dejé preguntándose qué podía significar aquello.

Por fin, el señor al mando pudo contarle la misma historia a los turistas alemanes y entonces se puso a tocar la trompeta.

Para mí era irritante, pero aquellos que lo experimentaban por primera vez, quedaban sin palabras.

El lago del rey, en Berchtesgaden, era un vestigio de la última glaciación. Se trataba de uno de los lagos más profundos de Alemania y su forma alargada y estrecha era debida a la cercanía de las paredes de roca que lo encajan. Esa apariencia de fiordo hacía que el sonido rebotara y era precisamente ese efecto lo que el trompetista buscaba.

Al tocar una melodía, el sonido regresa como si fuera otra la trompeta que contestaba a la llamada con aquel sonido lejano tan evocador.

Y como era de esperar, todos los allí presentes chorrearon baba mientras que yo, el trompetista y el conductor de la embarcación esperamos estoicos a que aquel milagro de la naturaleza se apoderara de los allí presentes.

En muchísimas ocasiones, los lugareños se sumaban, sobre todo en domingo. Cogían aquellos botes como otros el metro e iban con sus mejores galas a tomarse una cerveza al *Biergarten* de la taberna de San Bartolomé.

Porque, señoras y señores, en Baviera, todos los caminos conducían a un *Biergarten*.

Había que reconocer, que los bávaros sabían cómo disfrutar del buen tiempo. Con una cerveza de medio litro, como poco; una buena salchicha blanca, siempre y cuando fuera antes del mediodía, y buena compañía a la sombra de los castaños, tenían el día apañado.

Ese domingo era algo tarde para la salchicha, pero yo ya estaba haciendo hueco para un buen trozo de tarta de manzana.

En el momento que la capilla de torreones cilíndricos y tejados rojos en forma de cebolla aparecieron en el horizonte, una veintena de móviles y cámaras empezó a hacer fotos como si no hubiese mañana. Y con toda la razón. Era un panorama que no dejaba de enamorar, no importaba las veces que lo hubiese visto.

Y todos los allí presentes coincidían. Con «aaaaahs» y «ooooohs» conseguí, tras varias llamadas de atención, que por fin atendieran a lo que intentaba decirles.

—¡Tenemos mesa reservada en la terraza! —Carraspeé porque me encontraba al límite. Daba igual que fuesen cinco que cincuenta, terminaba chillando igual. —Tras reponer fuerzas hay varias cosas que pueden hacer —continué antes de que salieran corriendo a coger sitio—. Justo enfrente está la cámara de ahumar.

—Ooooooh... Aaaaaah... —respondieron al unísono.

—La trucha del lago del rey está riquísima y el pescador las ahuma y las vende aquí. Aconsejo que, a la vuelta, compren algún trozo. Les sabrá de maravilla cuando les entre el hambre luego.

Si algo había aprendido en los últimos años es que los turistas comen muchísimo. No sé por qué.

—A mi espalda. ¡A mi espaldaaaaaa! sale el camino que rodea un segundo lago más pequeño y que va a dar a uno de los refugios de verano para el ganado. Allí venden una leche riquísima y también piscolabis para el viajante. La caminata es corta y ligera y el paisaje es espectacular.

Dijeron todos que sí con la cabeza y aproveché para rematar antes de que la paciencia pudiese con ellos.

—Para los más aventureros, por ahí a la izquierda, hay un camino que va a dar directamente al glaciar.

Bingo. Los ojos como platos.

—Es un camino algo más arduo y está lleno de piedras y roca. No es aconsejable para los que no tengan un calzado en condiciones.

Dos arrugaron el morro.

«Lo siento, amigos, pero tengo que decirlo. Ir a la moda en el monte tiene su lado negativo».

—Cuando nos sentemos contestaré a todas las preguntas.

Aquella escapada entraba en el precio, así que mi grupo poco menos que corrió a buscar asiento.

—No tan rápido. Primero visitaremos la iglesia.

A veces me costaba aguantar la risa. Como en un partido de tenis, mis queridos compatriotas miraban con ojos deseosos hacia la terraza para luego girar la cabeza hacia la puerta abierta de la capilla. El arte religioso no competía, ni de lejos, con la llamada del buen vivir.

—Solo cinco minutos, lo prometo. —Eso pareció tranquilizarles—. Tenemos reservada una mesa así que no tendremos que esperar cuando terminemos.

A regañadientes, visitaron la preciosa iglesia. A entrar, girar el cuerpo trescientos sesenta grados, decir «qué bonita» y salir, le dedicaron cinco minutos.

Ni uno más. En aquel lugar era donde más rápido tenía que hablar y casi nadie escuchaba.

En fin. Si alguno estaba realmente interesado podía volver luego.

El *Biergarten* estaba a tope. Por lo menos cien mesas de madera y metal se estrujaban en aquella superficie cuadrada.

Rosi se acercó contenta. Era increíble el buen humor con el que trabajaba a pesar de ser uno de los trabajos más arduos que había tenido el honor de presenciar. Aquella mujer menuda era capaz de cargar con diez jarras de litro, llenas hasta los topes de cerveza, y te recogía una mesa en menos de dos minutos con vasos, jarras, platos y cubiertos de una vez.

—*Servus*, Emilia.

—*Servus* —contesté.

—Tengo tu mesa preparada —dijo amable—. «Hola» a todos, seguidme.

Con aquel «hola» en castellano se metió en el bolsillo a los que me seguían. Rosi era única.

De los diez, solo tres se animaron a ir a ver el glaciar. Tres pusieron la excusa de tener algún problema médico para quedarse pululando alrededor de la capilla y el resto decidió visitar el siguiente lago. Yo les acompañé porque si no hacía algo de ejercicio, aquellas cervezas, carnes y pasteles iban a acabar conmigo.

—Es un sitio precioso —dijo una dama del grupo completamente extasiada ante aquel paisaje.

El cielo era de un azul grisáceo, aunque el sol todavía pegaba fuerte a través del velo de nubes. Olía a hierba y el suave frufurú del agua al tocar la orilla tranquilizaba los sentidos.

El valle era estrecho y se abría algo en el cercano horizonte. Como una alfombra, los prados se extendían desde el borde del lago hasta las zonas altas donde los pinos se acumulaban y, de repente, la roca lo ocupaba todo.

En los Alpes no hay vastas panorámicas. Lo que en otros paisajes se busca en la lejanía, allí se encuentra hacia arriba. En mí era ya rutina comenzar por los pies, continuar por el suelo verde de hierba y flores silvestres e ir subiendo en busca de la luz. Por el camino la vista saltaba de detalle en detalle; lugares donde se reflejaba la luz del sol, donde los colores eran tan potentes que hacían imposible fijar la vista en un solo punto.

Siempre había algo grandioso que ver en aquel rincón del mundo. Uno que, por cierto, engañaba porque a pesar de lo bucólico, escondía la existencia ardua de personas, animales y plantas. Todos en armonía vivían al límite de lo que la naturaleza les imponía.

Pero esos pensamientos prefería dejarlos para épocas más frías. Por el momento, todavía olía a buen tiempo.

Un rebaño de vacas pastaba a nuestro alrededor y las mujeres del refugio no daban a basto vendiendo cerveza y leche ordeñada allí mismo.

—Una maravilla —admití.

—Y la gente es encantadora. Si no fuese por el frío sería el paraíso.

Tenía que darle la razón también ahí. Estábamos a finales de septiembre y ya había que abrigarse. Hacía un par de días habíamos tenido lluvias torrenciales y pronto caería la primera nevada. No era extraño que empezase a nevar la primera semana de octubre y no parase hasta mayo. Por eso bajaban al ganado de las cumbres alrededor de estas fechas. De esperar más, sería peligroso.

De repente, todas las vacas levantaron la cabeza y algunas comenzaron a correr hacia el establo. Antes de saber lo que ocurría, el suelo comenzó a vibrar y un estruendo como el de una bomba se oyó en la lejanía.

Todo el mundo comenzó a apuntar en la dirección de donde venía aquel horrible sonido y entonces vimos como un bloque gigantesco de roca era arrancado de cuajo de la montaña y se deslizaba en caída libre hacia el valle.

La vibración se solapó a aquel ruido; el suelo comenzó a moverse bajo nuestros pies haciendo que los órganos internos cambiasen por un momento de posición. La gente comenzó a gritar y las dueñas del refugio salieron corriendo a ver qué pasaba.

Mientras, el rugido era casi ensordecedor y la vibración continuaba.

Medio minuto que lo sentimos como diez.

Cuando aquellas dos mujeres comenzaron a pedir calma y explicar que el alud de roca estaba demasiado lejos para que nos afectase, me dediqué a buscar con la mirada a los que conocía.

Hubo gente que quedó petrificada, otros empujaban con los codos intentado escapar, alguno comenzó a vomitar y el resto se agarraba a lo que podía.

Uno de mis acompañantes comenzó a andar hacia atrás, asustado por aquel estruendo y cohibido por los gritos, muchos de ellos llamando a la calma, demasiado ensimismado con lo que ocurría enfrente —aunque estuviésemos a varios kilómetros de distancia—, por lo que no se dio cuenta del agujero de la piedra resbaladiza en la que apoyó el pie.

No tuvo tiempo de recuperar el equilibrio y el tobillo chascó cuando apoyó todo el peso en el lado equivocado, cayendo en muy mala posición por culpa del agujero excavado por las pezuñas de las vacas al pastar.

El alud no fue nada comparado con aquel grito de dolor. En aquel momento, todo se me encogió porque parecía que se había roto la pierna por cuatro sitios.

Aquel chillido me sacó de la parálisis que el alud me había provocado y me acerqué con todo temblando al pobre hombre de gesto desencajado.

—¡Necesito una ambulancia! ¡Me he roto la pierna!—gritó.

Y comenzó la aventura de llevar a uno de mis turistas al hospital desde una zona en la que no había coche y todo el mundo clamaba por un lugar preferente en la lancha a motor a la hora de huir despavorido.

—Es un esguince —dijo el doctor enseñándonos al pobre paciente y a mí la placa de rayos X.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Luis, el quejica, digo el paciente, mi turista, mi responsabilidad, sin apartar la vista de su radiografía. Entrecerraba los ojos, como si fuera a entender mejor aquella mezcla de blancos, negros y grises.

—Esguince —traduje.

Respiró aliviado y echó la cabeza hacia atrás.

No era para menos. Las avalanchas se cobraban vidas todos los años. De agua, de lodo, de roca. Tuvimos suerte, en realidad. Si el alud hubiese comenzado a varios metros de distancia, donde la ladera miraba hacia donde estábamos pasando la tarde, el resultado habría sido completamente distinto.

—Inmovilizaremos la zona —dijo el doctor con ese discurso monótono—. Tenga cuidado de no apoyar el pie. Le daremos un par de muletas. En recepción les ayudarán con el papeleo.

Hice las traducciones pertinentes y, aunque Luis parecía rejuvenecido porque no había que amputar, yo ya sudaba pensando en la lucha burocrática que nos esperaba a la salida.

Allí nos dieron unos papeles para rellenar y sabiendo de sobra que nos llevaría un buen rato, nos sentaron cómodamente en una esquina. Al menos los asientos eran cómodos.

Toda la alegría que Luis había acumulado desde que supiera que viviría para contarle se transformó en frustración en cuanto vio de pasada aquellos papeles. Los miraba con aprensión y les daba la vuelta como si en la otra cara apareciera la traducción simultánea. Pero no, las otras caras eran tan terroríficas como la primera.

El alemán burocrático es tela marinera. Con palabras de más de veinte letras y con un diseño de las páginas sacado de una película futurista de los años setenta con muchas cuadrículas y números ya impresos que yo sabía que tendríamos que tachar.

Imitando un medio desmayo, su mujer me pasó los papeles con un «no puedo».

«Ya», pensé.

Así que solté el aire y nos pusimos manos a la obra entre suspiros, gruñidos y unos cuantos insultos hacia todo lo que tuviese que ver con la República. Al menos tendrían historias que contar en los años venideros.

—No, aquí pon los dos apellidos separados por un guión.

Con un gruñido Luis estrujó sus dos apellidos en aquella casilla teniendo que comer el espacio de la siguiente. Ya me imaginaba la expresión acusatoria de la recepcionista así que me uní gustosa al suspiro general.

—¿Cómo ponemos aquí que vivimos en una plaza?

Miré las abreviaturas en la parte de abajo y señalé la correcta.

—Aunque creo que deberías escribir la dirección como la ponéis siempre y cuando entreguemos el papel, le digo que es una plaza. Ellos que cambien lo que quieran luego.

Solté un «¡Ay!» y quedé mirando al infinito porque parecía que las quejas de mis clientes iban para rato.

Unas risas al otro lado de la sala me hicieron girar la vista. Cerca de la puerta de salida, una pareja maniobraba para poder salir. Ella parecía mareada y él la sostenía del codo a la vez que la guiaba para que se sentara en una silla de ruedas.

El estómago se me hizo un nudo cuando reconocí aquel pelo enmarañado. Las casi rastas estaban atadas en una coleta alta y el pelo le caía hasta por debajo de los hombros. Una melena que no había sido cortada en más de cinco años.

Ser consciente de esa información me hacía sentir importante y, a la vez, patética. Yo no era nada más que una figura de pasada para él, mientras que para mí era, por desgracia, una fijación. Si supiese pintar, habría sido capaz de retratarle con los ojos cerrados. Y solo habíamos coincidido dos veces.

En aquel momento, seguro que le miraba desde lejos con el mismo encandilamiento que aquella mujer de cerca.

A los ojos de la desconocida, Sepp era un ángel, a juzgar por su mirada vidriosa, la sonrisa bobalicona, la boca abierta, la garganta seca que le hacía tragar con dificultad. Una mano que se escapa para tocarle, agarrarle de la manga, o posarla en su cadera. Aquella mujer era la viva imagen del enamoramiento. O mejor, de la obnubilación, aunque era difícil distinguir desde donde yo estaba.

Realmente no estaban haciendo nada. No era más que una persona ayudando a otra a sentarse. Y sin embargo, aquel gesto hablaba de cariño y devoción.

No me gustó nada la estampa.

—Emilia, ¡Emilia!

—¿Sí perdona?

Miré confundida hacia abajo donde Luis y su mujer discutían sobre qué poner y dónde en aquel papel repleto de líneas a rellenar. Era como estar en frente de cualquier examen en la escuela de idiomas.

—Aquí va el nombre de la aseguradora.

—¡Pero nosotros tenemos Seguridad Social! —dijo él indignado.

«Europa y su Unión. ¡Ja! En cuestiones de cobertura sanitaria era todo un lío».

—No pasa nada. Ponéis aquí lo que está escrito en la tarjeta sanitaria y cuando entreguemos los papeles les explico. Si tienen que cambiar algo lo harán ellos en el ordenador. Lo importante es que todo esté relleno.

Y eso era a lo que todo se reducía, realmente. Porque iban a poner malas caras, cambiar doce cosas y pensar que procedíamos de una zona tercermundista, pero con todo el formulario cubierto no podrían decirlo a la cara. Ya se sabe que una vez se cumplen las normas, todos pasan por el aro.

Así que todo quedó escrito y repasado; luego hube de explicarlo paso por paso para que la recepcionista no nos quisiera neutralizar ahí mismo. Vi con qué cara de medusa poseída miraba las muletas de Luis y supuse que repetía en su cabeza el Juramento Nightingale para no hacer un uso violento de las mismas.

Porque en el fondo le estábamos complicando el día de forma exponencial con cada pregunta que nos hacía. A los señores de la Comisión Europea querría verles yo en situaciones como aquellas.

Capítulo 9

Sepp

—¿**M**e has llamado?

Franz levantó la cabeza de los papeles.

—Literal. He asomado la cabeza por la ventana y he gritado tu nombre no sé cuántas veces. Como no te llegaba la onda he recurrido a los mensajes. ¿Para qué tienes un móvil si nunca lo usas?

—Aquí me tienes.

El almacén, la maquinaria y las oficinas estaban separadas de nuestra casa por una arboleda que mi abuela nunca quiso cortar porque no quería ver todo aquel trajín desde la ventana de la cocina. Y el tiempo le dio la razón porque, si bien no eran más de doscientos metros, hacía de barrera entre el trabajo y la devoción.

Solo el taller donde esculpíamos las figuras y el establo seguían siendo parte de la casa principal.

Con los años se habían construido otras tres viviendas alrededor ya que era costumbre que las generaciones de más edad se mudaran a un lugar más pequeño para dejar espacio a los más jóvenes con su descendencia.

Mi madre parecía reticente a mudarse, aunque estaba escrito en las paredes que ya iba siendo hora. Ponía la excusa de que nos generaba un buen dinero cuando la alquilábamos, pero todos sabíamos que era porque no quería soltar las riendas.

Mi hermano Erich era la oveja negra de la familia Grossental porque nunca quiso saber nada de carpintería. Había seguido los pasos de mi madre y junto con su mujer, Andrea, se ocupaban del ganado y los pastos. Así que ellos eran los responsables de «ayudarla» a jubilarse.

Nunca lo haría.

Todos los hermanos menos el mayor, Franz, vivíamos en la propiedad. Teníamos además una casa separada en cuatro apartamentos que alquilábamos a los turistas. La carpintería, los belenes, la granja, los turistas y algún trabajo que

otro en el Parque Nacional nos dejaban vivir cómodamente. No podíamos quejarnos.

Así que no era tan extraño que me hubiese llegado el mensaje. Todo el mundo sabía dónde encontrarme a todas horas. Un amigo de Max fue el que se presentó para decirme que uno de los encargados le había parado para decirle que Franz me buscaba. Tampoco hacía falta desgañitarse voceando mi nombre desde la ventana de la oficina.

No sé por qué todo el mundo quería controlarme además con el teléfono.

—Estaba cortando leña.

Franz estiró la espalda y separó los papeles que tenía delante con un movimiento brusco. Conociéndole, llevaba ahí sentado desde las seis de la mañana y ahí seguiría hasta que alguien le sacara por las orejas. Muchos días comía en la oficina y si sus hijos querían verle, se dejaban caer después de la escuela.

Pensar en ello me producía urticaria. Yo necesitaba estar al aire libre, incluso en invierno, si no quería volverme loco. Los espacios cerrados me terminaban dando claustrofobia. En el taller estaba lo mínimo y paraba con frecuencia para salir a hacer cualquier cosa fuera. El perro me odiaba porque era con diferencia el más vago de la familia y desde que yo había vuelto le obligaba a andar una media de diez kilómetros al día. Mi padre lo sacaba dos veces y yo hasta otras cuatro más. El resto del día lo pasaba roncando en en la esquina más alejada del establo, no fuésemos a encontrarle para dar otra vuelta.

Franz bostezó y se levantó a preparar otro café.

—Monika Cantor por fin ha vendido —dijo mientras apretaba botones haciendo un ruido infernal para dos mililitros de líquido.

Quedé perplejo en el sitio.

Los Cantor habían sido nuestros vecinos desde siempre. Tenían tres hectáreas de terreno que con los años habían ido vendiendo o arrendando. Monika y dos de sus hermanas, ya viudas, fueron las últimas ocupantes.

Mi madre nos enviaba para ayudarla cuando había algún problema en la casa o Monika ya no se valía sola. En esas visitas aprendí a querer aquel lugar como si fuera mío. Sabía dónde estaba todo, qué tuberías se congelaban todos los inviernos, cómo hacer que la calefacción funcionase y dónde guardaba la calderilla por si quería cobrarle. Nunca lo hice.

En el tiempo que estuve fuera, la enfermedad se cernió sobre ella y acabó en un centro de mayores en Bad Reichenhau. Cuando la casa quedó vacía, la familia

intentó venderla, al no encontrar compradores, empezaron a derruir con la intención de construir un hostel. El proyecto nunca se llevó a cabo.

La casa Cantor languidecía olvidada, como los recuerdos de Monika, al otro lado de la colina mientras sus dueños encontraban siempre alguna pega a las ofertas que les habían hecho durante años.

—La casa y el terreno sin obligaciones es nuestro. Lo que tenían arrendado lo han comprado los que ya estaban usando los pastos. He intentado pujar por la parcela de bosque, pero los Geiger han puesto demasiado dinero sobre la mesa.

Eso no era una buena noticia. Nosotros vivíamos de la madera y ahorrábamos mucho cuando podíamos cortar nuestros propios árboles. No éramos los únicos y cuando un terreno salía a la venta, la lucha era encarnizada. Los Geiger también eran vecinos, por lo que no era de extrañar que quisieran un trozo del pastel.

Franz se crecía en situaciones así. Sabía convencer y hasta dónde presionar, además de ser un genio con los números. Todo aquello de lo que el resto de la familia renegaba. Por eso se asumía que él sería el que heredaría la empresa, era el mejor capacitado de sacarla adelante hasta la siguiente generación.

—¿Qué quieres decirme con todo esto?

—Siempre tuviste planes para esa casa y, si no recuerdo mal, ahora hay un proyecto pendiente.

Tuve que sentarme.

—Va a ser muy difícil vender cuando esté terminada —dije confuso.

—No creo.

Lo que quería hacer no era factible para ningún cliente. Nadie confiaba en que pudiera funcionar, por mucho que les intentara demostrar lo contrario. Por eso me había hecho a la idea de que con el tiempo, cuando tuviese para comprar algo, llevaría a cabo mi sueño por mi cuenta.

—¿Qué pasará si no recuperamos la inversión? —pregunté.

—Eso déjame a mí. Además, siempre puedes quedártela tú.

Sentí vértigo.

—No tengo dinero, y lo sabes.

—Para cuando la acabes, ya podrás empezar a pagar. Tendremos que juntarnos y decidir qué hacer con la casa una vez terminada, pero creo que nadie quiere perder ese terreno. Nos da una salida a la carretera por el otro lado de la colina.

Aquello era adelantar los acontecimientos, y yo todavía no me había recuperado con la noticia de que tenía entre mis manos un inmueble vacío para hacer lo que quisiera con él.

—Sepp. Te harás cargo de la obra y me tendrás en el cogote para no pasarte con el presupuesto. Veremos si para cuando acabes podemos llamarte maestro o no.

Nada de presión, qué va. Todo normal en la familia Grossental.

—¿Quieres ir a echar un vistazo? Ya hemos vallado la entrada. —Franz bebió de aquel potingue negro de la taza.

—Ahora no puedo, he quedado.

Arrugó la frente, pero se abstuvo de comentar.

—Dale un abrazo de mi parte —dijo volviendo a sus papeles con algo de disgusto. Sabía perfectamente a quién nos referíamos, así que me dejó marchar. Allí todo el mundo sabía de mis prioridades.

Mi prioridad y yo nos conocíamos desde la infancia. Si bien nuestra relación nunca había parado de evolucionar, el puesto que Lisa tenía en mi vida no había cambiado. Siempre el primero después de mi familia.

Era curioso porque durante algún tiempo su hermano mayor, Anton, había sido mi mejor amigo. Hasta que Lisa había impuesto su presencia.

La habíamos tratado siempre como la hermana pequeña meticona que interrumpía nuestro juegos, la que nos hacía correr más despacio cuando íbamos a bañarnos al río helado. La misma que nos obligaba a jugar con muñecas si no queríamos que durmiese con nosotros en la caseta del árbol. La que hablaba con las vacas como si fuesen los alumnos en la escuela y ella la profesora.

Y creo que, desde aquel primer día que su hermano le tiró de las trenzas para que nos dejase en paz, caí bajo su embrujo. Por cómo se plantó y devolvió el empujón a su hermano. Cómo, antes de echarse a llorar, le mandó a freír monas con un lenguaje que era más propio de gente mayor que de una niña con modales, y cómo no, no supimos decirle que no.

Con el tiempo nos convertimos en un trío, porque incluso Anton la encontraba divertida. Cuando él empezó a salir con chicas, quedamos Lisa y yo. Y una amistad ligera se convirtió en lo más importante que había tenido nunca. Éramos inseparables, iguales. Tanto que daba miedo. Como si ella fuera una prolongación de mí o yo de ella. Los mismos ideales, metas, opiniones.

Y nuestra primera disidencia hacía seis años comenzó a romperlo todo. En ella, en mí, entre nosotros. Hoy todavía me dedicaba en cuerpo y alma a cerrar aquella brecha. Como si fuese posible.

La culpabilidad que sentía por tantas cosas acumuladas me comía por dentro. Media vida a base de mentiras pasaba factura, y ya no veía manera de solucionar nada. Unas cosas llevan a las otras y se establecen. Como por arte de magia todo

parece ir bien, colocado en su sitio, como un tejado bien construido, aunque sabes que has usado demasiados clavos porque sin ellos puede derrumbarse. Y, sin embargo, da el pego ya que se mantiene en pie.

Porque había cosas que insistía en pasar por alto. Por no perder lo que teníamos, dejé que algo más profundo y feo evolucionara hasta llegar al absurdo. Todo por mi culpa.

Almas afines que no lo eran tanto.

Mis novias nunca fueron tales. Tampoco es que hubiese tenido muchas. Lisa, sin embargo, siempre estuvo allí. Porque ella me quería por unas razones, y yo la necesitaba por otras. Mientras nuestro duo permaneciera, lo demás no tenía demasiada importancia.

Pero claro, para ella la tenía, y yo lo utilicé sin pararme a pensar en las consecuencias. Éramos unos críos, al fin y al cabo. Al principio no me di cuenta y luego nunca encontré el momento de sincerarme. Hasta que todo se vino abajo.

Me enteré tarde de la tragedia, cuando estaba a unos dos mil kilómetros.

Podía haberla evitado perfectamente, y eso lo llevaría sobre mis hombros hasta la tumba.

El sentimiento de culpa y la impotencia empañaron mi último año en Australia. Me dio miedo la idea de volver y enfrentarme a su mirada. Había robado su futuro. Así que seguí vagando trece meses más. Fue un drama personal, pero la mejor decisión profesional que pude tomar. Esa contradicción, a veces, me quitaba el sueño.

Con cada martillazo, con cada viga instalada, más me comían los remordimientos. Ni preguntar podía en las contadas ocasiones en las que mandaba algún correo electrónico a la familia.

Un sencillo «¿cómo estás?» O un «me acuerdo de ti». Pero no. Hasta que no volví, no fui capaz de hablar con Lisa y no porque yo fuese a verla, sino porque vino ella.

Nunca me lo reprochó. Actuábamos como si nada hubiese pasado, aunque los dos sabíamos la verdad.

Un primer vistazo y me juré cuidarla como no lo había hecho hasta entonces. Estaba compensando años de ausencia e indiferencia. Ella me dejó, así que no podía ser mala idea.

Y entonces va y aparece Emilia. Para distraerme de mi trabajo, de mis obligaciones. Una caída lenta de pestañas, una media sonrisa y yo ya no podía pensar.

Eso no me había pasado nunca, con nadie, y no estaba haciendo un buen trabajo para remediarlo. Todo lo contrario. El autocontrol saltaba por la ventana en el momento en el que ella llamaba a la puerta. Y creo que es algo que me pasó desde el primer momento en que la vi. Ir a ella, devorarla y luego volver a por más.

Aunque no podía ser. No en aquel momento. Quizá dentro de un par de años, pero no ahora.

Tenía en mis manos un entuerto que resolver y las distracciones no eran bienvenidas.

Lisa, el trabajo y la familia. Nada más y nada menos.

Capítulo 10

Emilia

Comenzó a vibrarme una teta justo cuando señalaba el altar mayor de la catedral de Salzburgo. Lo juro. Justo bajo la cúpula mientras levantaba los brazos para explicar los nombres de las campanas que en ese momento repicaban.

Tuve que parar de hablar, cambiar de postura y separar la chaqueta de mi cuerpo. Porque el móvil no paraba de bailar el chachachá y después de dar la charla sobre los móviles trescientas veces no podía sacarlo y apagarlo tras más de diez minutos allí dentro.

Dio igual; el *brrrr, brrrr, brrrr* era tan sonoro como el *ping*.

Así que pedí disculpas, metí la mano en el bolsillo y apague el cacharro mientras alguno de mis turistas carraspeaba con miradas de «mira tú por dónde».

—Salvator, como decía. —Volví a levantar los brazos en dirección al campanario—. Es la segunda campana más grande del país aunque María y Virgilio son las más antiguas. Estas datan...

Brrrr, brrrr, brrrr...

Algunos empezaron a reír, atrayendo la atención de otros turistas más devotos a juzgar por sus caras. Otros soltaron el aire, y el más valiente de todos me apremió a sacar el maldito móvil y apagarlo en condiciones antes de que nos echaran de allí, y con razón.

Saqué el cacharro a toda prisa, justo cuando entraba un mensaje. Lo apague y seguí con mis explicaciones.

Varias horas después pude ver quién me había llamado con tanta insistencia.

Susana Ripoll, la lianta extraordinaria. Gracias por preguntar.

El mensaje también era suyo.

Susana: «¿Ya tienes el *cagner*?»

Arrugué la nariz. Tendría que haber ido el día anterior, pero no había tenido valor.

Soltando el aire llamé de vuelta.

—¡Emilia! —gritó contenta.

—Hola, Susana. Perdona que no haya contestado antes.

—No te preocupes. Llamaba solo para saber si habías ido a por el *caganer*.

«No, y no quiero. Él me va a mirar, yo voy a querer desnudarme, le pediré que me ayude y luego se lo pensará dos veces porque hay otra en su vida o, lo más probable, nos encontremos en un sitio público, y, todo lo anterior, sucederá mientras estamos rodeados de gente con la que comparte material genético».

Llevaba diez días muy intranquilos, incluidas las noches.

—Me pillas de camino —mentí.

—¡Perfecto! Jordi y yo hemos estado pensando y nos preguntábamos si podrías hacernos un favorcito de nada.

«Sabía que tenía que haber dicho que no desde el principio. ¡Lo sabía!».

—Ya que vas a tener que mandarnos la figura —siguió como si nada—, nos preguntábamos si no te importaría comprar también la figura del ángel, los Reyes Magos, la mula y el buey. Ah, y un par de pastores más.

«¿Le pido también que me construya el portal, ya puestos?».

—El portal no hace falta porque Jordi quiere construirlo.

Aparté el teléfono y miré aquella pantalla oscura con recelo. ¿Los teléfonos móviles leen la mente?

«Di que no. Inventa algo rápido y niégate».

—Con las medidas que pedimos ya tenían figuras en el puesto. Elige las que más te gusten.

«Ni quiero tener que negociar con él otra vez. No, no y no».

—Sentimos mucho ponerte en esta situación, Emilia. Pero no podemos dejar pasar la oportunidad. Lo entiendes, ¿verdad? Ya vamos viejos y no sé si podremos volver.

—No hay problema.

Y fui corriendo a la estación porque, como esperara mucho más, no tendría tren de vuelta.

Varias horas después, el San Bernardo me recibía moviendo la cola y levantando la cabeza; parecía sopesar si era buena idea moverse o no.

—No te agotes —le dije—. Sé dónde encontrarle.

El perro volvió a su posición original, cerró los ojos y dio un bostezo para enseñarme las anginas, por si no las había visto antes.

—Vale, voy, le hago el pedido, le doy el anticipo que quiera sin rechistar y pago el resto por transferencia bancaria. Le obligo a que lo mande desde aquí y

así no tengo que verle nunca más. Si todo falla, llamo a Max.

Esperé a que me contestara y no lo hizo.

—¿Qué opinas del plan? —insistí.

El perro abrió los ojos y quedó sorprendido de verme todavía allí.

—Si le miro... no sé, al hombro. No quedaré embobada, ¿no crees? Sí, eso haré. Miraré al hombro, le soltaré el discurso, dejaré el dinero en el primer sitio que vea y que me mande una factura si quiere cobrar. ¡Eres brillante!

San Bernardo soltó un bufido y yo comencé a hiperventilar.

—Deséame suerte.

En el taller solo estaba su padre, y quise abrazarle de la alegría. ¡Qué alivio!

—¡*Servus!*

—*Servus*, Emilia —dijo Joseph sonriente.

—Vengo a por el *caganer*.

Cada vez que decía «*caganer*» alguien soltaba una risa; en aquella ocasión no fue distinto.

—Aquí lo tienes. Sin pintar, como querías. Debo admitir que el excremento, salvo porque es enorme, no lo parece mucho si no va marrón.

Y miré donde señalaba. Sí señor, el pobre *caganer* poco podía agacharse porque la señora mierda que tenía justo debajo parecía más cagada de vaca que de persona.

Solté la carcajada por la nariz y tuve que sentarme pensando en la cara de los Ripoll cuando vieran aquello. Los alemanes no hacían nada a medias.

—Diré que el pastor había comido mucho ese día —pensé en alto.

—Ligero como un pájaro después de semejante esfuerzo —aseguró él.

Y otra vez que nos entró la risa.

Después de un rato, cuando por fin Joseph comenzó a envolver la figura y meterla en una caja, me acordé del resto del pedido.

—Por cierto. Susana y Jordi me han pedido también en el mismo tamaño estas figuras.

Le pasé el papel donde había escrito lo que querían. Lo leyó detenidamente y me lo devolvió.

—Tendrás que dárselo a Sepp.

Y el mundo se me vino encima.

—¿Por qué? —Quise morderme la lengua en el momento que dije aquello. Se me veía mucho el plumero con todo lo que tuviese que ver con el guapo vagabundo. ¿Guapo? ¡¿En serio?! ¡Seco! ¡Sequísimo vagabundo!

—Porque es su pedido —dijo Joseph como si fuese lo más lógico—. Él lo comenzó y él debe terminarlo.

—Lo comprendo. ¿Puede pasarle la nota entonces? Si tiene alguna duda que me llame y, si no, que me envíe la factura y pago por banco.

Joseph comenzó a mover las manos con un gesto de «¡Aparta de mí este cáliz, chata!» y señaló la puerta.

—Da la vuelta a la casa y sigue el sendero que baja la colina por el otro lado. Al final se ve una casa en ruinas. Pregúntale a él.

Se dio la vuelta y volvió a concentrarse en lo que estaba haciendo cuando llegué.

Y yo di la vuelta a la casa, seguí aquel sendero y le vi apoyado en la pared de una casa vieja medio derruida mientras mordía una pajita seca de heno.

«Traga, respira, paso, respira, sécate el sudor de las manos, sonríe y... ¡Mira su hombro! Hombro, hombro, hombro...».

—Hola, Emilia.

Sentí un cosquilleo en las mejillas y todo porque se me olvidó lo del hombro y estaba mirándolo a los ojos.

«Tiene novia, tiene novia, tiene una maldita novia.»

—A veces creo que sueñas despierta —dijo pausado.

—Puede —admití, pero me recuperé pronto—. ¿Qué es este lugar?

—Mi obra maestra —dijo tímido.

Ni que decir tiene que desde que hablé con él por primera vez sobre su vagabundeo, me había dedicado a leer todo lo que pude sobre el tema.

Resulta que los que van al *Walz* son oficiales y cuando vuelven es cuando pasan el examen para convertirse en maestros. Para ello tienen que demostrar sus conocimientos en una obra. En este caso, tendría que ser un tejado. Pero aquella vivienda parecía más bien una bañera cuadrada gigante con agujeros cuadrados. Iba a costar llegar hasta el tejado.

—No es muy grande y tampoco tiene granero ni establo adosado.

La expresión «No es muy grande» adquiriría un nuevo significado al mirar aquella casa medio derruida. Porque pequeña tampoco era. Lo sabría yo que, desde que dejé el piso de mis padres, en el que mi hermana y yo dormíamos en literas, compartía piso allá donde fuese. Era triste tener que ir con el desinfectante al cuarto de baño, por si acaso, o pedir la vez para entrar en la cocina.

—La planta baja está en buenas condiciones y no tendremos que tirarla abajo para meter rozas de los cables y las tuberías. Tiene todas las conexiones así que

solo se trata de subir.

Elevó los brazos, dibujando la silueta de la casa que él tenía en mente.

—Te tiene que haber costado una fortuna.

Hizo un gesto extraño. Uno de esos que quiere tapar la sorpresa y la vergüenza. Así que callé y lo miré. Con los bávaros era una forma de sonsacarles casi cualquier cosa.

—El terreno es nuestro, y Baum Grossental GmbH se hará cargo de la obra.

—Y cuando terminen la primera planta, construirás el tejado.

—No exactamente. Estaré al cargo de toda la estructura de madera. Con un maestro supervisándome para asegurarse de que no acaba siendo un desastre, por supuesto.

—¿Las paredes también?

—Exteriores e interiores, escaleras, suelos y el tejado, claro.

—Seguro que pasas con honores.

—Eso si no se viene abajo en el último martillazo.

—¿Por qué habría de ser así?

—Tengo intención de no usar ni clavos ni tornillos.

—En el tejado, te refieres.

—En toda la casa.

—¿En los suelos tampoco?

—Tampoco.

—¿Ni los muebles?

Ahí creí que le había pillado.

—Tampoco.

—¿¡Ni uno solo!?

—El único metal va a ser la puerta del horno y el que haya en los electrodomésticos. Con las bisagras estoy buscando alternativas.

—¡Pero es imposible! ¿Cómo vas a unir las piezas?

—Para eso se inventaron los clavos de madera. Así era como se construía antaño y así es como quiero levantar la casa de nuevo.

Estaba impresionada, la verdad.

—Las camas con barrotes de hierro tienen su aquel —lo piqué.

Y pensar en camas mientras lo miraba provocó que mi cara comenzara a cambiar de color, y que el sudor saliera a chorros por cada poro.

—Como en todo, hay ciertas excepciones a la regla.

Y me miró de soslayo lo que me puso más nerviosa porque, para ello tuvo que bajar algo los párpados y no sé, sería por la fuerza de la gravedad, pero la boca le

quedó medio abierta.

Ojalá hiciese una excepción con la cama. Afortunada sería aquella que pudiese disfrutarla.

Pero seguro que se refería a las bisagras.

—¿Quieres entrar?

¿Entrar en una estructura de cuatro paredes sin techo y llena de escombros?

—Sí, claro.

Tuvo que empujar la puerta con el hombro para poder abrirla. Verle usar la fuerza bruta debería estar prohibido.

«Sepp Grossental, hijo, tendrá terminantemente prohibido usar en exceso cualquier músculo del cuerpo evitando así la propagación injustificada de la lujuria».

—Emilia.

Las mujeres heterosexuales del mundo no necesitaban aquellas señales visuales si querían seguir con sus vidas normales. Un poquito de por favor.

—Emilia.

—*¡Presente!* —dije en castellano. Fue una respuesta automática, ¿¡qué quieren!?

Puso cara de póker, pero yo vi cómo apretaba los labios para no reír.

Hizo un gesto con el brazo invitándome a pasar y yo pensé que cualquier cosa que hubiese dentro debía ser buena y soñé despierta con la idea de que no me dejase salir nunca más.

Por soñar...

Comenzó a hablar con rapidez de lo que quería en aquella esquina, cómo de grande deseaba que fuera el baño, qué clase de madera tenía intención de usar en las paredes, si estaría yo de acuerdo o no con no ser muy ortodoxo con la forma del tejado en la parte de atrás, si los suelos de madera en la planta baja no eran la mejor de las ideas... A cada paso, tenía algo importante que comentar. Una imagen digna de admirar. Pura felicidad.

Y lo tocaba todo como si tuviese vida. Con veneración, si me apuran.

—Quiero que recuerde al pasado y que huela a nuevo.

—Es una idea loable. ¿Cuánto crees que tardarás?

Y me explicó el tiempo que tenía pensado para cada cosa, y la gente que tendría que ayudarle en las áreas en las que él no tenía ni idea.

—Va a ser difícil —pensé en alto.

—Pues más bonito se verá, entonces.

Sepp acariciaba una de las vigas que todavía estaban enganchadas a la pared por un extremo y que se había partido por el otro de forma que se mantenía diagonal apoyada en el suelo.

—Esta casa fue construida en 1890 y desde entonces no ha hecho más que sobrevivir. El cólera y las dos guerras se cebaron con la familia Cantor. Sobrevivieron los campos de concentración nazis, sin saber que las políticas ganaderas rematarían la faena. Las tres mujeres que volvieron después de la guerra, subsistieron hasta que la última decidió vender. Monika tiene Alzheimer, un sobrino suyo ha realizado la operación desde los Estados Unidos.

»Quiero recuperar esta casa, Emilia. Construirla desde los cimientos como se hizo hace más de cien años. Hacerla renacer. Cuando ya no esté, ¿quién sabe?, lo mismo otro idiota carpintero decide poner clavos.

—Tus hijos seguro que te lo echan en cara cuando algo cruja. Recuerda mis palabras.

—No estoy seguro de que termine viviendo aquí.

Aquello me sorprendió. Sentir tanta devoción por un proyecto para luego venderlo, tenía que ser difícil.

Según avanzábamos en aquel laberinto de trozos de madera y escombros, más teníamos que acercarnos. La cuarta vez que tropecé ya no me soltó. Cogió mi mano y siguió mostrándome hasta que volvimos al punto de partida.

Para entonces ya no sabía si respiraba con dificultad por culpa de los obstáculos o su proximidad. Porque en aquella entrada había espacio suficiente, pero seguíamos pegados mientras él pasaba la yema de los dedos sobre mi pulso.

Aquellas manos recias por fin aliviaban el picor que me perseguía desde que me había mirado en el coche. Esa piel de lija que a su paso hacía cantar todas mis terminaciones nerviosas. Y sin embargo, era comedido, casi tímido.

Se detuvo un momento cuando mi garganta respondió a aquellas caricias y abrí los ojos por instinto, por miedo a que quisiera dejarlo.

Y vi duda.

Y la solventé lanzándome a por él.

Agarré con fuerza su muñeca, me puse de puntillas y mordisqueé sus labios hasta que respondió. Sin vacilación.

Cuando por fin me besó, todo el cosquilleo se convirtió en agua. Sumergida en él, mis sentidos quedaron en vilo hasta que algo chascó dentro de mí, y las compuertas que mantenían aquel calor a raya cedieron, arrasándolo todo a su paso.

Me agarré a su cuello ansiosa por acercarme aún más, y él acabó por pegarme a la pared mientras yo rodeaba su cadera con las piernas. Acarició mi pelo con la mano abierta y gracias a eso amortiguó el golpe que me habría dado. Porque en algún momento comencé a besarle las mejillas, mordiendo y tirando de la barba con los dientes, enseñando el cuello, trepando por su cuerpo en busca de su contacto.

Gruñó, maldijo, devoró mi piel.

—Hueles a almendras —exhalé.

Chupó mi nariz y el olor de su saliva me acompañó durante todo el tiempo que asaltó mi boca.

Tanto sexo en un solo beso.

Y en medio de aquel tumulto de sensaciones e imágenes, una de ellas se coló haciéndome sentir frío. Una pareja al final de un pasillo blanco, él ayudándola a sentarse con ternura. Un casto beso en la frente que decía más que cualquier noche de pasión.

Me separé de él confusa y disfruté por un segundo de aquellos labios hinchados y esa mirada febril.

—¿Y tu novia?

Por su cara de confusión supuse que no me había expresado bien. Quizá había dicho «amigos» en vez de «novia». Mi cerebro estaba embutido en un humo espeso y no pensaba con claridad. Le eché la culpa a esa lengua, esos labios, esa cara, ¡ese ser!

Sus ojos corrían veloces enfocando aquí y allí. Me miraba a los ojos y de repente enfocaba en mi boca, o mi nariz, o el pelo mientras su frente se llenaba de arrugas.

Se apartó de mí, aunque dejó ambas manos apoyadas en la pared, a la altura de mi cabeza.

—Yo no tengo novia —murmuró.

Y, a trompicones, salió de aquella casa. De su propia casa. Dejando una ruina detrás conmigo dentro.

Genial. Ahora tendríamos que hablar otra vez para hacer el maldito pedido.

Al darme cuenta no sé si me dieron ganas de reír o llorar.

Capítulo 11

Sepp

Ya sabía lo que pasaría y con todo, acabé compartiendo espacio con Emilia.

No fallaba. Mi control se esfumaba y solo quería acercarme a ella. Como fuese. De no haber parado a tiempo, habría terminado por desnudarla allí a la intemperie, y algo me decía que ella me habría metido prisa. Me había quejado de que durante aquella cena no me había mirado y menos mal. En cuanto lo hizo de verdad, y ya sin cinturones de seguridad o bártulos, aquellos ojos marrones absorbieron sin proponérselo el poco entendimiento que tenía. Cuando no me quedó nada más por contarle, terminé por rendirme y empezar a absorber yo también. Con todo el contacto físico posible.

Había algo en ella que me tenía completamente cautivado. Quizá lo fuese todo, en realidad.

Desde el mismo momento que la vi, para evitar besarla terminaba hablando más de la cuenta con ella. Lo que más me confundía era que cuanto más conversábamos, más ganas tenía de compartir mis pensamientos con ella. Estuviésemos de acuerdo o no. Eran ideas de esas que te rondan por dentro y te hacen preguntarte por cosas a veces nimias, a veces importantes; reflexiones que había ido acumulando durante años y que ya no daban más de sí salvo que las compartiera con alguien, y que querían salir a la luz solo en su presencia.

Para más inri, no siempre hablaba con ella con palabras. Era muy difícil de explicar porque cuatro frases tampoco podían considerarse una conversación y, sin embargo, captaba algo en ella o creía que ella captaba algo en mí y era más que suficiente para sentir que habíamos llegado a una clase de conclusión.

La amistad con Lisa no podía sustituir aquello, y no era más que el principio. El principio de algo que no terminaba de querer comenzar. La rutina y familiaridad resultaban tan convenientes y fáciles de mantener, que veía a Emilia como un huracán que había aparecido en mi vida con el solo propósito de cortar de cuajo los cimientos de lo poco que quedaba de mí antes de marchar.

Los remordimientos de conciencia acampaban libres por mis tripas y no me dejaban comer.

Necesitaba volver a lo de antes para tener algo a lo que agarrarme. ¿Y por qué no hacerlo con Lisa sabiendo que yo había destrozado sus sueños? ¿Qué tenía de malo ayudarla y ver si podía funcionar en el futuro?

Emilia me hacía cuestionarlo todo otra vez. No solo porque pensaba en ella con estúpido empecinamiento, sino porque su mirada me decía lo poco que valía el amor que sentía por mi mejor amiga. Un bigote postizo, algo falso, de quita y pon, eso era lo que me gritaba sin saberlo con cada segundo que pasábamos juntos.

Emilia me golpeó con aquella pregunta después de una de las experiencias más intensas de mi vida, y sentí como si estuviera traicionando algo.

Llevaba dos días intentando definir ese «algo». Porque ¿qué tenía yo con Lisa exactamente? En los últimos tiempos ya no estaba seguro de que fuésemos amigos. Hasta me ponía pegas para que la acompañara a sus citas. No aparecía nunca por el taller ni tampoco se la veía por los sitios donde solíamos juntarnos con los amigos.

Teníamos esa rutina de la que tanto nos vanagloriábamos, y que bien poco me acercaba a ella. Atrás habían quedado esas interminables conversaciones telefónicas o juegos con la consola. Las horas juntos por el placer de la compañía, así como las excursiones al monte. De hecho, pensaba a posta en ella cuando la idea de Emilia me martilleaba la cabeza. Y eso no podía ser, le debía demasiado.

¿Le estaba fallando más aún de lo que ya lo había hecho?

—Max.

—¿Sí?

—Llama a Emilia y dile que dentro de dos días mandaré el pedido a Barcelona y que a lo más tardar en una semana tendrá la factura por correo.

—¿Desde cuándo soy tu secretario?

—Mi teléfono murió el otro día y todavía no he comprado otro.

—Ya, y el Ministerio de Agricultura ha decidido subirnos el precio de la leche a cuarenta céntimos el litro.

—¿Lo ha hecho?

—Sepp, estás escurriendo el bulto. Así no se conquista a las mujeres.

—¿Quién ha dicho que quiera conquistar a nadie?!

—Subiendo el tono no convences, hermano. Todo lo contrario.

Me apoyé sobre el banco de trabajo y quité uno a uno los restos de serrín de la superficie. Era mucho mejor que contar. Cuanto contaba, lo hacía tan rápido que Max se llevaba de todas formas la colleja que tanto intentaba reprimir. Cada vez era más difícil, es verdad, pero todavía tenía movimientos escondidos en la manga que mi hermano pequeño no conocía.

Lo de tener mundo a las espaldas ayudaba, de vez en cuando.

Max volvió a su mecedora. Era el regalo de Navidad de *muada*. Por mucho que ella lo negara, cada vez necesitaba descansar más. Era bueno que mi hermano llevase ahora la granja y más bueno aún que su mujer hubiese ayudado a mi madre durante muchos años a ordeñar y llevar el refugio de montaña en verano. Así se conocieron ella y mi hermano. Un verano juntos en los pastos y ya no volvieron a separarse.

Y mis otros hermanos también lo tuvieron fácil. Lo que ayudaba a mi causa ahora.

—Que yo sepa, Thomas no tuvo que conquistar a Verena. Nacieron siendo novios.

—En los cinco años que estuviste fuera te perdiste una de las mejores telenovelas de todos los tiempos. No salió en televisión, la vivimos aquí como un Gran Hermano. Después de meter la pata a lo grande, nuestro hermano suplicó, se arrastró y vendió su alma al diablo para que ella le perdonara.

—¿Su alma al diablo?

—Prometió ir a misa con ella todos los domingos.

—No puede ser. Juró no pisar una a los diez y el cura no volvió a verle el pelo.

—Pues ahora se lo ve todas las semanas y, si nuestra cuñada quiere, hasta se lo deja peinar. A veces nos metía en sus conspiraciones locas como si fuese un director de cine. Hasta nos dio un día el diálogo. Salió fatal. Imagina a nuestro padre repetir frases aprendidas de memoria.

Chascó la lengua y meneó la cabeza, recordando seguro alguna de aquellas situaciones.

—Nada de lo que hagas superará aquello, Sepp. Nada. Aunque pensándolo bien, esculpirle a un tío cagando...

—No es para ella.

—Ya lo imagino cuando se lo cuente a vuestro hijos. «Vuestro padre, queridos sobrinos, hablaba con vuestra madre sobre consistencia y tamaño de excrementos. Si había que acuclillarse mucho o poco o si el pastor que papá esculpía tenía que poner cara de esfuerzo o puro alivio».

—Estás enfermo Max. Eso nunca pasó ni pasará.

—Y mira los resultados. Como no hagas algo pronto, ya no te van a quedar excusas para ver a la chica y poniéndome a mí de recadero menos aún.

Solté el aire porque estaba ya cansado. Emilia era una mujer como otra cualquiera; tenía que pensar en el bienestar de Lisa, y el trabajo ya me dejaba molido al final de cada día como para dedicar más energías... Y ¿a qué, exactamente?

Tampoco es que estuviera tan encandilado por la española.

No mucho.

—Tú llama y pasa el recado.

—¿Y qué excusa le pongo cuando pregunte?

—Estaré en el hospital —dije mientras miraba el reloj. Empezaba a hacerse tarde.

—Sepp, estas llevando lo de Lisa demasiado lejos.

—¡Métete en tus asuntos, Max!

Mi hermano reculó y yo miré al techo porque aquel exabrupto me asustó hasta a mí.

—Perdona —dije a la carrera—. Llama a Emilia, por favor. Ahora mismo tengo cosas realmente importantes que atender.

Max dijo que sí con la cabeza, se dio la vuelta y dijo por encima del sonido de la lija:

—El único *caganer* aquí eres tú, hermano.

Y tenía razón porque acababa de insultar a Emilia y había usado a Lisa como chivo expiatorio.

Capítulo 12

Emilia

*E*l cielo era, por una vez, del azul de los mares tranquilos. Con el cambio de estación era cada vez más difícil disfrutar de días sin nubarrones. Pero no aquel. El sol brillaba con fuerza y la gente se mostraba feliz.

Respiré hondo y disfruté como nunca del *odeur* de caca de vaca. Porque esas entrañables y enormes criaturas eran las únicas protagonistas del día. El resto de los mortales se partía la espalda para que volvieran al redil sanas y salvas.

Volví a llenar los pulmones de aire. Necesitaba recordar de tanto en tanto por qué iba a volver a pisar el domino Grossental cuando había quedado claro que el interés de Sepp hacia mí era entre nulo y pichí-pichá.

Deben saber que si piden a los que bien me conocen que me definan con un solo adjetivo, calculo que el noventa y ocho por ciento diría sin reservas que soy impulsiva. Y no sin razón.

Hay algo en mí que odia la duda. Acarreo con las consecuencias de decisiones tomadas sin ningún arrepentimiento porque cualquier proceso largo en decidir si algo es bueno o malo, si es mejor esto o aquello, me produce pesadillas. Estar en vilo es la peor forma de angustia que conozco, y eso hace que siempre, sin excepción, me precipite. Me guío prácticamente por instinto si bien la experiencia me ha enseñado que dicho instinto no siempre funciona bien.

Si les soy sincera, con veintisiete años a mis espaldas, las posibilidades de acierto o error terminaban repartiéndose al cincuenta por ciento. De ahí que se me acuse con frecuencia de usar en exceso la frase «unas veces se gana y otras se pierde». Por eso tampoco me regodeo demasiado en las consecuencias negativas de mis acciones. Las soporto, eso no se puede evitar, pero no me flagelo después.

Esa impulsividad mía me habían hecho cerrar los ojos, llenar una maleta y viajar al norte de Italia sin saber muy bien en dónde me metía. La mejor decisión de mi vida, seguida a la zaga por mi vuelta a cerrar los ojos y mudarme a

Salzburgo. No me arrepentiré jamás de aquellas decisiones, por muy difícil que me resulte vivir lejos de lo que conocía.

Cada vivencia me enriquece como persona y me hace querer aprender más. No les sorprenderá entonces que, a veces, me pase de rosca.

Por eso Sepp me traía por el camino de la amargura. En algún momento de las últimas dos semanas, los engranajes se habían puesto en marcha y había cobrado tanto impulso que nada podía pararme. Solo la distancia.

En mi trabajo de cada día, esa extraña ansia se calmaba, recuperaba la respiración e iba al ritmo que las obligaciones me imponían. Porque sabía que con él cerca, solo veía un camino a seguir, aquel con el cartel de madera y una flecha en el que ponía «Sepp».

Varias noches antes de dormirme, me había imaginado un final alternativo a esa huida y siempre, volvía a sentir que pasó lo que tenía que pasar. Algo me decía que si bien me besó gustoso, el antes y después de aquel beso estaban inundados por el resquemor. Estaba siendo impulsiva de nuevo, mientras que él parecía tener zapatos de plomo. Forzaba otra vez la máquina y si seguía iban a saltar los engranajes.

Por eso dudaba tanto en ir a recoger el famoso belén. Quizá fuese el momento de plantarme y decirle con bonitas palabras que no era serio hacerme ir y venir para nada existiendo algo tan sencillo como «paquete certificado». En cuanto me llamase para decirme que el pedido estaba acabado, se acabaría todo lo demás entre nosotros. El recuerdo de un beso psicodélico sería lo que me llevaría conmigo. Podría haber sido mucho peor.

Sin embargo no fue Sepp el que me llamó, no. Fue Max. Con una inesperada invitación debajo del brazo.

Me dejé llevar por esa energía que desprendía y volví a hablar antes de pensar. Acepté ir a por «*Cagner & Co.*» y me presenté en aquel camino empedrado para presenciar uno de los espectáculos más bonitos que existían. El *Almabtrieb*. Iba a ser difícil pasar página con Sepp en los alrededores, pero hay oportunidades en la vida que no se pueden dejar pasar. En mi opinión, la llegada del frío no podía celebrarse de mejor manera.

Justo antes de que comiencen las nevadas, se baja el ganado de vuelta al valle celebrándolo por todo lo alto.

A cada vaca se la engalana con un cencerro enorme que mostrará de alguna manera la importancia del ganadero dentro de la comunidad. Lazos o coronas de flores para que se vea bien lo hermosa que es, lo gorda que se ha puesto allá

arriba. El sonido de los cencerros puede oírse a kilómetros de distancia. Sus dueños se visten también para la ocasión y las acompañan camino abajo.

Es un viaje más peligroso de lo que pueda parecer y por eso todo el mundo arrima el hombro.

—¡Aquí estamos de vuelta! —vienen a decir aquellas campanas colgadas al cuello.

Y se les da la bienvenida como se merecen.

Comiendo y bebiendo, claro.

Todo el mundo sabe lo que tiene que hacer. Incluso los niños. Como ya digo, bajar de los pastos altos es peligroso, y nada queda al azar. A veces una vaca o tres se despeñan y no es imposible que le suceda también a los humanos. El *Almabtrieb* puede ser fiesta y, por desgracia, tragedia.

Por eso, los que más contacto tienen con los animales son, normalmente, los que se encargan de la caminata camino abajo, el resto está a sus órdenes.

Vestidos con sus mejores galas, tanto bestias como hombres, mujeres y niños, guían la caravana hasta llegar a la zona de encuentro donde cada animal es recibido por sus dueños.

Yo me añadí al cortejo a medio camino.

Fui detrás de ellos y presencié cómo quitaban los adornos a las vacas para, uno a uno, colgar en su sitio los enormes cencerros que acarreaban. Eran, tradicionalmente, una señal de importancia. Cuanto mayor era esta, más grande el cencerro y más ancha y bordada la faja de cuero que lo sostenía.

Podía sentirse la euforia cuando las vacas de los Grossental comenzaron a pastar en la pradera bajo sus balcones. Salieron instrumentos musicales de la nada y comenzó la fiesta.

Con todo lo que estaba pasando, no había tenido oportunidad de saludar así que fui diciendo hola a aquellos que conocía mientras eludía cualquier oportunidad de encontrarme con Sepp.

Soy impulsiva, pero no me gusta hacer el ridículo.

Me presentaron a todos los hermanos, creo, a sus mujeres y señalaron a cada uno de los hijos de estos. A todo dije que sí y recé para que nadie me preguntara por alguien porque no había tenido tiempo de conectar nombre con cara de los que no había visto antes.

Al final solo me quedó a una persona a la que saludar. ¿Adivinan quién?

Estaba sentado en un banco hablando con alguien. De espaldas, charlando y bebiendo de una jarra de cerveza. Vestía de uniforme y la coleta la llevaba atada

por debajo del sombrero de fieltro. Fui a dar un paso cuando una joven me adelantó y llamó a Sepp con alegría.

—¡*Maulwurf!* —¿Topo?

Sepp levantó la cabeza sonriente, hasta que me vio justo detrás de la chica. Esa cara de vinagre no la olvidaré jamás.

Me di la vuelta, entré en la casa y me encerré en el cuarto de baño.

Necesitaba respirar.

Sentada en el water esperé hasta recuperar la compostura. Había aparecido, había disfrutado de aquella tradición y, tras varias horas de diversión, era hora de volver a casa. Ni más ni menos. Cuando llegase ya me derrumbaría.

Salí a toda prisa del cuarto de baño, sin mirar a los lados. En cuanto giré a la derecha me di de bruces con una montaña de nórdicos, almohadas, colchas y al menos cuatro juegos de cama de distintos colores.

Todo cayó al suelo por el impacto.

—¡Perdón!

Una cuñada de Sepp, Verena, se arrodilló para recoger y organizar aquel desbarajuste.

—Lo siento muchísimo. — Y me agaché para ayudarla.

Lo raro era que hubiese dado dos pasos más sin chocarse con algún mueble o puerta. La pila era más grande que ella.

—Deja que te ayude.

—No hace falta —dijo sonriente.

¿Ven? Y luego me preguntan que por qué me gustaba aquella esquina del mundo. Ni una mala contestación. Una sonrisa a cambio de un estropicio.

—Claro que hace falta, Verena. ¿Vas a montar un hotel?

Se echó a reír.

—Más o menos. Dos de los apartamentos que alquilamos quedaron vacíos ayer y como no había nuevas reservas, me he dedicado en cuerpo y alma al *Almabtrieb*.

—¿A qué tanta prisa entonces?

—He mirado todos los días. Menos esta mañana. —Nos erguimos las dos con los brazos llenos. —Acabo de ver en mi móvil una notificación con una reserva hecha ayer noche. He llamado y la han confirmado para mañana. Dos familias, cada una con dos niños para una semana completa.

Se la veía resplandeciente para tener por delante una sesión intensiva de limpieza.

—Te gusta tu trabajo, ¿verdad?

—Es lo que mejor sé hacer y lo hago bien. Este fue mi primer trabajo cuando terminé en el instituto.

—¿Y surgió el amor? —El tema empezaba a obsesionarme.

Se puso roja y creo que se escondió un poco detrás del edredón. Era bueno que me recordaran que existían finales felices.

—Ya no sé si pedí trabajar aquí porque Thomas me gustaba o porque Thomas insistió en que este era el mejor lugar para empezar. Entonces Rosmarie me cobijó bajo su ala y ya no salí de ahí. Por eso no fue fácil enamorarme, ¿sabes? Todo el mundo asumió que estaba haciéndole la cama al jefe, ya me entiendes.

—Pero no es así. —Me indigné por ella.

—Tuvo que trabajar lo suyo para hacérmelo entender. —Y volvió a sonrojarse. —¡No como te estás imaginando!

Entramos en una de las casas más pequeñas riéndonos, esquivando gente y asegurándonos de no pisar todas aquellas sábanas limpias.

—Tenemos cuatro apartamentos. Los de la derecha son de un dormitorio. Los de la izquierda de dos. Así que pondremos a una familia en la planta baja y la otra en la primera. Ya decidirán ellos quién se queda con qué.

Eran ya las cuatro de la tarde y, por lo visto, Verena tenía que limpiar a conciencia. Los anteriores «residentes» lo habían dejado todo hecho una porquería.

—Te ayudo.

Abrió mucho los ojos.

—No es necesario. Es mi trabajo.

—Estuve limpiando habitaciones de hotel en Mallorca durante un verano. Si me dices cómo lo quieres, terminaremos en un pispás.

—Pero...

—¿A cambio de tres botes de mermelada de ciruela?

—Hecho.

Me dio instrucciones precisas, señaló los rincones en los que debía esmerarme más, me enseñó dónde estaban los productos de limpieza y me fue señalando las habitaciones que tenía que limpiar. La seguí casi corriendo. Verena todo lo hacía con celeridad.

Una hora después, aquello parecía de nuevo un lugar habitable. Una pasada con el aspirador y un montón de gramos de mermelada de ciruela serían míos.

Oí un ruido detrás así que tiré del cable, pensando que la máquina se había quedado enganchada en alguna esquina.

Un exabrupto.

¡Pum!

Me di la vuelta y allí estaba Sepp, atravesado en el suelo con las piernas en alto después de haber tropezado con el aspirador. Era eso o que su equilibrio era pésimo, lo que era muy mala señal teniendo en cuenta su trabajo.

—¿Qué haces ahí?!

La aspiradora seguía funcionando como si nada por lo que teníamos que gritar. Se levantó agarrándose como un chiquillo de teta al marco de la puerta.

—¿Te es%&%# ¢∞-do!

—¿Qué?!

Tiró del cable y desconectó al pobre aspirador.

—¿Te estaba buscando! —gritó a pesar del silencio.

«Lo dudo».

—¿Ah, sí? —Intenté poner cara de indiferencia y levanté la barbilla para asegurarme.

«Para digna, yo».

Me miró de arriba a abajo antes de decir nada más. Debía tener una pinta horrorosa. Hacía tiempo que la camisa se me había salido por fuera del pantalón, los pelos se me disparaban en todas direcciones, sudaba como un pollo y, con la potencia de aquella aspiradora industrial, sentía un hormigueo por toda la piel.

«A lo mejor lo de digna es pasarse un poco».

Dio una zancada.

—Has salido corriendo —gruñó.

—Tenía prisa. — Según avanzaba, yo retrocedía.

«La dignidad está sobrevalorada».

Otro paso adelante.

—¿Te ibas sin saludar?

—Estabas ocupado.

Otra zancada y ya no había más espacio que el que tenía por detrás. Lugar exacto donde se encontraba la cama.

—Ahora estoy aquí. ¿No vas a decirme nada?

Y para ayudarme a encontrar la respuesta correcta, me agarró de la cintura y me pegó a él.

—Eh...

—Eso pensé.

Me dio un empujoncito hacia atrás y, con una gracia sorprendente, aterrizamos sobre el nórdico mullido.

—Tengo que hablarte del belén —susurró justo antes de besarme en el cuello.

—Ejem... Claro, claro.

—Lo he enviado. —Y me pasó la lengua por la piel hasta llegar a la oreja para empezar a mordisqueármela.

—Me... me... parece estupendo.

—Y cuando iba a darte la factura, vas tú, y sales corriendo.

Tenía mi pelo apresado con en ambos puños. Con un giro milimétrico de las muñecas me hizo arquear y abrirme a él.

—Estoy aquí.

«Como si no estuviera claro».

—Me alegra oírlo.

Y me beso en los labios. Primero el de abajo, luego el de arriba. Su lengua pidió paso, y yo la saboreé con abandono.

Dimos vueltas, apartamos lo que nos molestaba y terminé sobre él, rodeándole con piernas y brazos. Impulsó las caderas hacia arriba y entonces, además de sentir el roce de su ropa, percibí un conocido sonido metálico.

No me lo pensé dos veces e hice lo que llevaba rondándome por la cabeza desde que lo vi por primera vez en su taller. Algo que había llegado a convertirse en una obsesión. Tanto, que había ido a internet a mirar si aquello tenía nombre. Seguía sin saber si tenía un nombre concreto, pero había encontrado videos a porrillo que detallaban lo que mi mente había confabulado sin ayuda de nadie.

Y se preguntarán ustedes qué podía ser...

No sé..., ¿que aquel hombre que me miraba como si me odiase y me adorase al mismo tiempo vistiera pantalones con dos braguetas no les da una idea?

Porque el sonido de una cremallera era insinuante y erótico a partes iguales. Imagínense con dos. Las posibilidades eran infinitas.

Como decir «bragueta» era acabar con cualquier tipo de magia, allá que fui sin decir nada. En esto del sexo había que confiar en los gestos universales y los sonidos que salen de la garganta, da igual que sea en Baviera o en Kuala Lumpur. Porque en los momentos de intimidad las señales son idénticas. La piel de gallina, los temblores al tocar aquí o allí, los labios hinchados, la falta de aire, las pupilas dilatadas y las ganas de cercenar cabezas hasta llegar al clímax.

Sepp me lo estaba dando todo, lo tomaba para sí, y yo encantada de ofrecérselo.

Por un momento olvidé aquellas tentadoras cremalleras porque me agarró de la nuca y los glúteos al mismo tiempo y al apresarme contra su cuerpo pude rozarlo donde a él, seguramente, más le gustaba.

Soltó un sonido gutural grave y cogió aire por la nariz mientras me obligaba a ondular sobre él, metiendo más profundamente la mano entre mis piernas y encontrando a la primera el botón de la felicidad.

Y todo se diluyó a nuestro alrededor.

No había vacas, no había música, no había nadie. En toda la superficie del globo solo existíamos nosotros, Emilia y Sepp. Dos humanos que daba igual lo que pensarán o dijeran, no había fuerza suficiente en el universo para mantenerles separados.

Y por un segundo pensé, quizá esperanzada, que aquello si no nos destrozaba nos haría invencibles.

—Tenemos que parar —dijo de repente.

—¿Por qué? —¿Por qué?!

—No puedo prometer...

—Shhhh. Nada de promesas...

Me miró algo extrañado mientras posaba las pupilas sobre mis ojos, mi nariz, mis labios, mi cuello...

—De veras, Sepp. Solo quiero disfrutar esto. Ver qué pasa. Sin prisas, sin agobios.

Seguía pensativo y no del todo convencido.

—¿Lo sientes? —pregunté mientras tocaba su pecho con la palma de la mano.

Solo con eso me era suficiente. Si Sepp no quería intentar nada serio, me parecía bien, pero que al menos fuese franco conmigo. No era tan ingenua como para pensar que la química lo era todo. Hoy podíamos disfrutar nuestra atracción mutua y mañana preguntarnos dónde se había ido. Pasaba todo los días. Una de las partes sufría más que otra, pero ya éramos adultos y podíamos asumir ciertos riesgos. Yo estaba más que dispuesta.

Dijo que sí con la cabeza muy a su pesar, a juzgar por los labios apretados y las arrugas de la frente.

—¿Estás con alguien? —Me dio mucho miedo hacer aquella pregunta.

Mi vida estaba repleta de rechazos. Llámenme ingenua, enamoradiza en exceso, pero nunca me había parado la expresión «y si no...». Nunca, jamás de los jamases, dejaría de intentar acercarme a alguien si algo en mí me empujaba a ello.

Porque la repulsa se podía superar, la pérdida nunca.

Busqué con la vista señales, en sus ojos, en su boca, en su mandíbula. Esos lugares que reaccionaban sin que él se diese cuenta.

—No, no como piensas —dijo clavándome la mirada. Serena, clara.

Eso me era suficiente aunque no negó que algo había, en algún sitio, con alguien, intenso de alguna manera. Aquella cautela no podía salir de la nada.

—¿Puedes entonces olvidar eso que tanto te preocupa por un momento? — Estaba suplicando, pero me daba igual.

—Contigo es demasiado fácil.

Y me levantó la barbilla para besarme. Besarme de verdad. Con una intensidad que me dejó petrificada porque no supe replicar en la justa medida.

—Bésame, Emilia.

No hubo más qué decir porque las palabras se me olvidaron o quedaron atascadas en un lugar inaccesible mientras me aprovechaba de él. Sin contemplaciones. Y si él quería hacer lo mismo, bienvenido fuera.

Camisas, pantalones y zapatos surcaron el aire. La ropa interior quedó a medio quitar o enredada en alguna extremidad. Más que un encuentro amoroso parecía un combate de lucha libre en el que nos faltaba tiempo.

Fue un encuentro explosivo donde sus manos lo tocaron todo, y las mías divagaron a su gusto. Ellas fueron las que nos llevaron al clímax, frotando donde nuestros cuerpos pedían. Unidos por un beso infinito con el que nos aseguramos de estar lo más cerca el uno del otro.

No recuerdo que pasó después. Volví a saber dónde me encontraba porque los pies empezaron a quedárame fríos.

—¡No puedo creerlo!

La cama parecía haber sido arrasada por una apisonadora dejando arrugas por todas partes. De las que no hay manera de disimular estirando. Verena me iba a matar.

A Sepp no parecía importarle mucho porque volvió a recostarse arrastrándome para que me tumbara a su lado.

—Tranquila. Luego traigo sábanas limpias y acabo de aspirar.

—No pienso repartir mis tres botes de mermelada de ciruela.

—¿Qué tienes tú con las ciruelas?

—Son muy digestivas. Vas al baño estupendamente.

Empezó a reír con esa risa suya tan vibrante, haciéndome reír también.

—Una relación basada en boñigas no puede ser normal.

—¡Cómo que boñigas! Excrementos, Sepp. Ex-cre-men-tos.

Mi mente, sin embargo, había quedado atascada en otra palabra.

Dejé de sonreír.

—¿Relación?

Calló.

Y siguió callado.

—Perdona. No tienes que contestar. Me reafirmo en lo de antes. Esto no tiene por qué ser nada serio. De verdad.

—He hablado sin pensar. Perdóname, Emilia.

Y escuchando el resquebrajo de aquel estúpido órgano palpitante, me rendí ante la evidencia.

—Nada que perdonar.

Capítulo 13

Sepp

—Sepp, tu otra mitad está aquí —dijo mi padre al entrar en el taller.

—¿Quién?

—Lisa. ¿Quién va a ser?

—Ah. Claro, claro...

Habíamos regañado hacía varios días. Desde entonces no nos habíamos vuelto a hablar y no porque yo no lo intentase. No cogía el teléfono, tampoco la encontré en casa y si dejé caer su nombre entre los amigos todo el mundo parecía estar muy ocupado con otros temas de gran importancia. El astronómico precio de la jarra de cerveza en el Oktoberfest ese año; de la cantidad de restaurantes que no abrirían aquel invierno; de la falta de arena para la carretera cuando las heladas estaban al caer. Los enfados de Lisa no captaban la atención de nadie.

Al final desistí. Yo en su lugar también tendría continuos cambios de humor. Era solo cuestión de tiempo.

No era la primera vez que nos pasaba. Discutíamos por casi todo sin motivo aparente, y siempre parecía enfadada conmigo o al borde de estarlo. Y yo no hacía nada a derechas, daba igual el cuidado que le pusiera a todo.

La tensión era tal, que me acercaba con pies de plomo y el resultado era el mismo. Había empezado a pensar que me odiaba de verdad y que el resentimiento salía tarde o temprano en cuanto estaba en su presencia.

Y tenía todo el derecho. Yo era el último responsable de que todo a su alrededor hubiera colapsado.

Entró en el taller como una huracán dispuesta a algo. Conocía aquella expresión. Pero ni mi padre, y menos aún Max, tenían por qué oír una pelea entre nosotros.

—Vamos al establo —dije.

—No me apetece acariciar vacas.

—Lisa te echa de menos.

Y entonces se dio cuenta de la audiencia.

—Yo también. Debe estar ya grandísima.

En silencio y con medio metro de distancia entre nosotros, entramos en el establo donde las pobres bestias iban a odiarnos por siempre jamás. Porque la energía que Lisa desprendía debía estar sintiéndola Alexander Gerst en la Estación Espacial Internacional.

—Sepp, no podemos seguir así.

Me detuve en seco. Aquel tono solía ser el mío. Lisa nunca se plantaba, al menos en mi presencia.

«Y mira dónde nos ha llevado».

Tenía razón, pero yo ya no sabía cómo cambiar aquella situación. No estaba en mi mano, por mucho que me pesase.

—Sepp, mírame.

Y eso hice.

Levantó la mano derecha y movió los dedos. No como debería y esa visión volvió a retorcer algo por dentro. Todavía tenía clavos de titanio repartidos por un montón de huesos en la mano y el brazo.

—Esto —y repitió aquel patético movimiento a la vez que hablaba— está arruinando tu vida.

Fui a contestar y en vez de eso, cerré la boca con fuerza. A ver cómo le dices a alguien que ha perdido de golpe su forma de ganarse la vida, «No, la arruinada eres tú».

—He hecho las paces con lo que me sucedió hace mucho tiempo, pero tú sigues ahí, escarbando, incluso cuando entonces estabas a quince mil kilómetros.

«Fue por mi culpa».

—¡Fue un accidente, Sepp! —siguió hablando sin respirar—. En nuestra profesión pasa continuamente. Me caí de un andamio, fin de la historia. Es hora ya de pasar página.

—Era mi sueño, Lisa. El mío. Yo te arrastré conmigo a pesar de que no estabas segura. Si...

—Para ahí.

Se acercó y me empujó hasta que quedé apoyado sobre un pesebre. Ella fue a por una banqueta y yo intenté incorporarme para ayudar. Ágil como pocas veces antes en los últimos meses, agarró una de las patas con la mano izquierda y la puso justo enfrente.

Empezó a hablar antes incluso de sentarse. Estaba desatada.

—Creo que es hora de que dejemos varias cosas claras. Que estuviera medio enamorada de ti no tienen nada que ver con que te siguiera en el vagabundo, ¿queda claro?

Debió ver mi expresión de asombro, pero siguió como si nada.

—Entiendo que no me quisieras, lo dejaste claro una y otra vez, pero si te seguí fue porque yo también quería aprender lo que había detrás del límite de los malditos cincuenta kilómetros. Necesitaba sentirme libre tanto como tú, lo dijese en alto o no. Que fuera contigo, solo añadía atractivo a la aventura y sabía perfectamente que nuestros caminos se separarían tarde o temprano. Es más, me hice la promesa de utilizar este viaje para dejarte marchar de mi cabeza porque en mi corazón ya no estabas desde hacía tiempo. Dime que entiendes lo que te digo diciendo que sí con la cabeza y, por lo que más quieras, cierra la boca.

»Ahora pasemos a lo del accidente.

—No.

—Sí —ordenó—. Y esta será la última vez que hablemos de ello, porque en cuanto salga por esa puerta el tema quedará zanjado para siempre. Tú seguirás con tu vida, yo con la mía y, puede que en un futuro, podamos contarnos nuestras experiencias en el *Tippelei*. Hasta entonces, intentaremos volver a ser los amigos que una vez fuimos, o al menos aprenderás a tratarme como a una igual en vez de a una pobre lisiada que te necesita para todo. Éramos camaradas, hermanos, antes que nada y eso no tiene por qué cambiar. Yo sigo pensando que lo somos. Digan lo que digan los cirujanos, tengo la intención de hacerme carpintera. ¿Que la maestría tiene que esperar? Pues que espere. Solo es un escollo en el camino, no mi futuro, Sepp. ¡Y tú no has tenido la culpa de nada!

—Pero me siento...

—... responsable. Lo sé. Y sé que yo he ayudado a que pienses así. Esa fidelidad tuya fue lo único a lo que pude agarrarme durante mucho tiempo, ya que no podía tener todo lo que quería de ti. Fui egoísta y te pido disculpas por ello, en mi defensa diré que las hormonas adolescentes son muy nocivas para el discernimiento. Con todo y eso, creo que he exprimido demasiado tus remordimientos de conciencia. Esto tiene que parar.

—No...

—Deja que termine. Necesito sacarlo fuera.

Dije que sí con la cabeza y me recosté a escuchar.

—He dejado que me trates como a una muñeca a falta de ser algo más. Nunca me mentiste, el problema fue que, al mismo tiempo, nunca supiste decir que no. Y yo me aproveché al máximo, utilizando nuestra amistad para ir empujando a

izquierda y derecha a las demás mujeres que querían intentarlo contigo. Incluso me convencí de que te hacía un favor. Mis celos te querían solo para mí, aunque solo fuese de forma platónica.

Estaba azorada, si bien no se amilanó.

—En el *Tippelei* me di cuenta de que había estado obsesionada desde el principio. No sé si porque nunca me habían atraído otros chicos o porque realmente me creía mis propias mentiras. Sin intención de ofenderte ahora, te diré que te «olvidé» en menos de tres meses. Me acordaba muchísimo de ti, pero no cómo pensaba. Eras mi amigo y siempre lo serás, sin embargo, no deseaba, ni deseo, más de ti.

»Quiero pedirte perdón por todos los años que te he hecho perder. Deja que termine. Por las amistades que impedí, no fuesen a alejarte, y por la soberbia con lo que lo hice todo.

—Te lo permití con gusto, Lisa, no lo olvides.

Negó con la cabeza.

—Ahora, deja que yo te aclare algo. —Yo también tenía cosas que soltar—. En el fondo sabía lo que pasaba, y no cambié nada porque no me convenía. Te utilicé también como pantalla. Si me hubiese interesado, te habría parado los pies.

—¿Estás seguro de eso? —Lisa cruzó los brazos y me retó con la mirada.

—Pues claro, ¿a qué te refieres?

—Si es así, ¿por qué te empeñas en seguir como antaño?

Arrugué la frente porque no sabía qué me estaba insinuando.

—Hay alguien que te interesa y, no solo no me has dicho nada sino que, por lo que me han contado, me usas como excusa para no dar el paso. Igual que siempre.

—No es para tanto. —Y para disfrazar lo incómodo que estaba, me levanté y me puse a acariciar a la vaca que tenía más cerca. La adorable iPad. Mi sobrino le había puesto el nombre porque quería uno. Había puesto ojitos a todos los miembros de la familia uno a uno, asegurándonos que sin aquella tableta, y no otra, iba a terminar el último de la clase y que si queríamos eso sobre nuestras conciencias. Al final, el pobre no consiguió su iPad, pero tuvo el privilegio de ponerle el nombre a la ternera.

—¿Qué te sucede, Sepp? Max dice que ya no le divierte nada picarte. Dice que estás paliducho y te pasas el tiempo mirando al frente. Dice que ni te das cuenta cuando te pasa la mano por delante. Dice...

—Max habla mucho —la corté.

Lisa me miró con los ojos muy abiertos y puso cara de haber ganado entradas para ver a los Django 3000. Y lo que mi amiga tenía por esa banda no era normal.

—¡O sea, que es cierto!

No añadí nada y seguí acariciando a la pobre iPad. Tanto que el animal empezó a retroceder.

—Sé sincero por una vez, Sepp.

Solté el aire, rindiéndome, y apoyé la frente sobre el cuello de la vaca. Si podía hablar con alguien, ese alguien era Lisa.

—No sé qué me pasa. Lo que sea no lo puedo controlar, eso lo tengo claro. ¿Tenemos que hablar de ello?

—Solo una vez, luego pasamos a otra cosa.

—Es... así de alta —dije, poniendo la mano a un metro sesenta y cinco de altura, más o menos—. Tiene el pelo castaño y le tapa la nuca. No entiendo por qué lo lleva así, si no deja de apartárselo.

—Es un tic, idiota. Será que cuando se pone nerviosa se lo atusa.

—Entonces la pongo nerviosa. ¿Eso es bueno o malo?

—No sé. Si después se acerca...

—Entonces, es bueno. —La interrumpí en seco. No tenía intención de entrar en detalles.

—Sigue.

—Pues eso. Lleva las uñas siempre pintadas de rojo. Sonríe mucho, habla y entiende regular, y por eso me mira a los labios.

—Sí, ya... Excusas.

—Lo que sea. No es ni delgada ni gorda. Su figura es como...

—Los hombres sois todos iguales. Pensando siempre en lo carnal.

—Me has pedido que te cuente.

—De su personalidad, Sepp. Hablaba de su personalidad.

Soltó un bufido, volvió a cruzar los brazos con mucho cuidado mientras esperaba a que yo pensara con detenimiento. Y me concentré con ahínco; si no le contaba lo que quería, me estaría preguntando y preguntando hasta el fin de los tiempos.

—Sabe escuchar y es muy curiosa, aunque intenta no preguntar —dije—. Es sincera con respecto a lo que desea, y cumple su palabra. Es generosa con su tiempo y no le tiene miedo a nada.

—Me recuerda a alguien —dijo Lisa con ternura—. Estoy tan contenta por ti...

—No lancemos las campanas al vuelo.

Y me abrazó todo lo fuerte que sus brazos le permitieron.

—No la dejes escapar. Al menos inténtalo, Sepp.

Lisa era increíble, de eso no cabía duda. Hermosa por dentro y por fuera, y mucho más madura que todos sus hermanos juntos. Nunca entendí cómo no podía sentirme atraído por ella. Incluso sin atracción física, habríamos hecho una buena pareja, pero no con lo que ahora sentía por otra persona. Habría sido injusto para ella.

—Toca pasar a otra cosa —poco menos que supliqué. Las mujeres podrían hablar, hablar y hablar todo lo que quisieran de sentimientos. Yo no. Más que nada porque me cohibían y me confundían tanto que hacía lo posible por evitarlos. Al menos de palabra.

Era más fácil todo cuando usaba como excusa la existencia de Lisa. Normal que me estuviese costando abrirme a alguien más.

—Yo también he conocido a alguien —dijo de repente—, ¿sabes? Se llama Gerd y vive en Munich. Nació en el norte...

—¿Te has enamorado de un prusiano?

Se puso roja y se sentó soltando el aire en algo parecido a un *puff*.

—No estoy segura de que Bremen haya sido nunca parte de Prusia.

—Más allá de Baviera, todo es Prusia y lo sabes.

—Hablas como tu abuelo.

—Porque el viejo tenía razón. Esa gente no tiene montañas. ¿Tú crees que es de fiar?

Me empujó para hacerme callar y fue entonces cuando presentí que comenzábamos con buen pie esta reciclada amistad nuestra.

—Vino de vacaciones y se alojó con nosotros. Una cosa llevó a la otra y...

—No me cuentes más.

—¿Por qué no?

—Seguro que no has dado detalles a tus hermanos. Así que ponme en el mismo saco; no quiero conocer qué intimidades tienes con ese... ¿A qué se dedica?

—Otro igual. Nadie me pregunta si estoy feliz, solo preguntan por lo bien que le va en la vida.

—¿Y bien?

Se echó a reír y entonces me dio un manotazo con la mano izquierda. Tenía fuerza, esos últimos meses con la otra fuera de juego la habían hecho utilizar la mano sana para todo.

—Lisa...

Se puso seria.

—¿Sí?

—¿Has pensado...? Si lo que dices de volver a la carpintería...

—Suéltalo, Sepp.

—Lo mismo podías usar la mano izquierda más. Me refiero, aprender otra vez con esa mano.

Se lanzó a darme otro abrazo y tanto impulso cogió que la banqueta cayó hacia atrás.

Me contó a la carrera que eso era, precisamente, parte del plan. Que hacía todos los días un gran esfuerzo para hacerlo todo con la izquierda por si acaso no podía recuperar la derecha. Que los médicos decían que todo iba bien, pero que no esperara milagros. Que se olvidara de filigranas, aunque el movimiento volvería.

Hablamos durante un buen rato más, como en los antiguos tiempos. Y, si bien, quedaba ahí un poso sucio de tristeza y enojo, habíamos empezado a llenar el vacío que había entre nosotros con nuevas experiencias. Esta vez, sin raros complejos de caballeros de brillante armadura y damiselas en apuros.

Intentó sonsacarme, como siempre, y esta vez cedí. Contesté más o menos a sus preguntas, y algunas me hicieron sentir vértigo porque o no sabía cómo responder... o quizá porque las respuestas eran demasiado inmediatas.

Capítulo 14

Emilia

Si algún día un allegado suyo les pregunta que qué opinan ustedes de que hayan decidido dedicarse al turismo de calle, contesten sin dudarlo con un «No vas a sentir los pies y las piernas te van a doler por siempre jamás».

Subir hasta el tercer piso de mi edificio me estaba haciendo sentir calambres por todo el cuerpo. Dos grupos de turistas con los estómagos llenos, por culpa del bufé libre, me habían dado el día. Querían saberlo todo, conocerlo todo, patearlo todo, llegar hasta donde ningún otro visitante había llegado.

Tenía la laringe al borde de la ronquera, y mi cerebro era un batiburrillo de fechas y nombres en el que solo quedaba hueco para las tres palabras más bonitas de cualquier idioma. Cena y cama.

Últimamente mi vida estaba repleta de días larguísimos que, en realidad, no iban a ninguna parte porque no les sacaba provecho. Si no era porque tenía un montón de obligaciones laborales y no podía parar quieta, hubiese pasado las horas echándole de menos.

Cualquiera diría que, viviendo en un país que no era el mío, estaría ya acostumbrada a extrañar cosas. Era experta en añorar mi ciudad, mi familia, nuestras costumbres, la comida, la luz y, sin embargo, le echaba en falta de una forma primaria y desproporcionada. Para haberle visto en cinco ocasiones, haberle besado dos y alcanzado las estrellas una, le tenía siempre presente hiciese lo que hiciese.

Básicamente, Sepp iba conmigo a la panadería; se reía de algunas de las preguntas de mis turistas, trabajaba en todas las obras que había entre mi casa y Munich; me decía cosas al oído en los descansos; me proporcionaba sueños húmedos y no me dejaba vivir como hasta entonces.

Me había convertido además en una egoísta. Ahora quería todas las promesas que le había dicho que no deseaba. Y ni siquiera sabía cuáles eran en realidad. Daba igual, deseaba que fueran más y solo más.

Habían pasado semanas, y no sabía ni una palabra de él. Las pocas que nos cruzamos fueron a través de mensajes al móvil y siempre con la excusa del maldito belén. Al principio pensé en darle su número de teléfono a los Ripoll, pero luego me contuve. Como intermediaria tenía más posibilidades de hablar con él, de escuchar su voz.

Estaba subiendo a mi casa tan despacio, que había pensado demasiado en todo aquel tema en los seis tramos de escaleras que me separaban de mi hogar. Para no volver a caer en esa fútil rutina, empecé a contar los escalones que me quedaban.

Al llegar al último descansillo, una figura enorme se levantó de uno de repente, y yo grité por culpa de la impresión.

—Perdona, no quería asustarte.

—¿Qué haces aquí?!

La sorpresa no me estaba dejando disfrutar el momento. Sepp estaba esperándome delante de la puerta de mi piso. Tenía ganas de dar saltos de alegría, una pena que tuviera las piernas muertas y el cerebro atontado.

—He llamado, pero como no estabas, tus compañeros de piso no me han dejado pasar. No me conocen de nada.

—¿Cuánto llevas esperando?

—Unas tres horas —dijo tras mirar su reloj.

Estaba tan cansada que tardé en asimilar la información.

—¿Tres horas? Deberías haberme llamado.

—Lo hice.

Saqué el teléfono. Muerto sin batería.

—¡Aggg...! Lo siento mucho, ayer no lo conecté a la corriente.

—No te preocupes. ¿Tienes un rato?

—Por supuesto.

Entramos en el piso y nos quedamos parados al ver la escena que nos encontramos en el salón. Mis tres compañeros de piso estaban medio tumbaos en los sillones con un mando en la mano, compitiendo por quién mataba más extraterrestres en la pantalla; la mesa baja del centro llena de bolsas de plástico con aperitivos, botes de refrescos y olía a que alguien fumaba sustancias no permitidas.

Ni siquiera levantaron la cabeza para saludar.

—Tengo que buscar otra casa —me dije.

—Sé a lo que te refieres —dijo Sepp bajando aún más el tono.

—Vamos a mi habitación.

Le cogí de la mano antes de que se quitara las botas y le guié a mi humilde dormitorio, que por cierto, fue tan orgiástico para él como lo había sido para mí casi un año atrás. Tocó todas las superficies de los muebles y fotografió todos los detalles de la habitación con la mirada.

—¿A qué debo la visita? Aunque no es que me queje...

Curioso que después de días y días echándole de menos, me mostrara fría cuando por fin volvíamos a vernos. Y más curioso era todavía que Sepp no levantara la vista del suelo.

—He venido a charlar contigo —aseguró.

No había problema, pero tampoco hacía falta ponerse a la defensiva.

Me acerqué y le acaricié la mejilla. Se había arreglado la barba dándole un aspecto mucho más pulido. El pelo, que seguía igual de indomable, lo llevaba atado en una trenza y se había quitado todos los pendientes menos uno. El de madera negra en forma de clavo.

El extranjero empezaba a sentirse en casa.

Se quitó la cazadora con cuidado de no tirar el armario con el hombro. Vestía con vaqueros ajustados, botas de montaña y un jersey de lana marrón a ochos.

Le acaricié el brazo hasta llegar a sus manos y me reconfortó sentir que seguían siendo tan grandes y ásperas como recordaba.

—Estaremos más cómodos sentados en la cama.

Levantó la cabeza de golpe.

—No te he traído aquí para hacerte proposiciones indecentes —dije tirando de él—. De pie las conversaciones son siempre más cortas.

El somier protestó bajo su peso, y yo, al sentarme al lado, caí sobre él. Solo su hombro izquierdo impidió que acabara de bruces sobre su regazo.

Hubo un momento en el que no nos dijimos nada; yo esperando, y él pensando cómo decirme lo que fuese. Se mordisqueaba la uña del dedo gordo mientras miraba con intensidad la bolsa de plástico que había dejado sobre la cama cuando entramos.

—Te he traído algo para que lo veas.

Sin más, sacó un libro muy usado y lo abrió. Era su cuaderno de viaje.

El corazón me dio un salto.

—Creía...

—Quiero enseñártelo y contarte cómo fue el viaje.

Abrió por la primera página donde había varias fotos.

—Estas las hicieron en mi despedida y a la salida.

Algunas estaban borrosas. Eran de una fiesta con mucha gente que bailaba y bebía. En una, una joven le tenía agarrado del cuello y le besaba la mejilla. Algo me llamó la atención y me acerqué para ver mejor. Sepp me acercó la foto en cuestión.

—Mi amiga Lisa. Mi mejor amiga, en realidad. Me siguió en el *Tippelei* —dijo serio—. No pudo terminarlo. Casi pierde el brazo en una mala caída.

—Lo siento mucho.

Era ella, tenía que ser.

—Se está recuperando y hay posibilidades de que vuelva a usar la mano derecha sin problemas. Volver a la carpintería es otro cantar. Sin embargo, es optimista al respecto.

Pasó a la siguiente foto.

Un hombre vestido también con el traje del viajero y con un martillo de madera en la mano; Sepp mostraba orgulloso la oreja sangrante donde colgaba un anillo de oro del lóbulo.

—No dolió —aseguró la ver la cara que puse—. Al menos no hasta la mañana siguiente. Tendrás que explicarme algún día porqué te perforaste las orejas. Nunca lo entenderé.

—Nadie me preguntó —expliqué—. En España, nos hacen los agujeros en el hospital nada más nacer. Crecí con los pendientes puestos.

Parecía confuso.

—¿Por qué? —preguntó.

Encogí los hombros.

—Es costumbre. Aunque solo se les hace a las niñas.

—¿Dejarás que perforen las orejas de tus hijas?

—Nunca lo he pensado, si te soy sincera.

—Respeto las costumbres como el que más, aunque no sé si esta me parece de las mejores. Es doloroso. Y a un bebé recién nacido...

Arrugó la nariz de tal forma, que tuve que abrazarle por lo adorable que me resultaba. Y porque le había echado muchísimo de menos.

—Si me abrazas ahora, no vamos a pasar de la primera página.

—Tú sigue enseñándome y contándome. Ya te soltaré cuando tenga bastante.

Y apreté fuerte. Él me acarició el brazo que había bruzado sobre su pecho.

—Supongo que me lo merezco —susurró—. He necesitado algunos días para aclarar varias cosas en mi cabeza.

—Sigue con tu *Walz*. —Me daba miedo conocer las conclusiones a las que había llegado.

—Este es Albrecht —dijo señalando al tipo que había en la foto que tenía en las manos—. Me ayudó los primeros días del viaje. Hablaba más que Max. Metió cuatro años de experiencia en cuatro días. Tampoco me importó... porque no podía dormir.

Estaba guapísimo con aquel atuendo. Sepp, no Albrecht. Vestido de cuero negro de arriba a abajo, incluido el sombrero de ala ancha. Tenía ocho botones de nácar en el chaleco y otros tres en cada lado de la chaqueta cruzada. Agarraba con fuerza esa vara retorcida mientras sonreía a la cámara. Del hombro colgaba un hatillo de tela. Bueno tres.

Sepp me leyó el pensamiento.

—Pesaba doce kilos que, a veces, parecía doscientos. Aún hoy, cuando voy por la calle, creo que me he olvidado a Charlie en algún sitio; siento la falta de peso en la espalda.

Charlie era el nombre que le daban a aquella mochila ligera. Un pañuelo de un metro cuadrado atado a los lados en el que metían todo lo que necesitaban.

Siguió pasando hojas y contándome el significado de todo.

El cuaderno estaba lleno de sellos estampados, como si hubiese hecho el camino de Santiago. En escuetos párrafos había escrito las cosas que habían pasado, los trabajos que le habían dado y el tiempo que se había quedado en cada sitio.

Luego sacó del bolsillo varios recuerdos que le había regalado algún niño o que se había encontrado.

—Esta tarjeta Pokemon me la dio un chavalín para darme suerte en el camino, asegurando que otros niños me abrirían las puertas si la enseñaba.

—¿Y bien?

—Funcionó —dijo riendo entre dientes—. Nunca pensé que Pikachu fuese a ser mi mejor embajador.

Siguió pasando páginas. En algunas se detenía más que en otras, y tocaba su escritura cuando le venían los recuerdos.

—Llegué a pasar muchísimo frío y lo tenía todo calado, hasta los calzoncillos... Aquella mujer hacía la peor tarta de manzana que había probado en mi vida, pero tenía tanta hambre que me supo a miel... El establo estaba plagado de pulgas... Aquí dormí a pierna suelta y eso que era en el suelo de la cocina; se estaba caliente allí y olía a hierbas... Este fue el tejado más difícil de todos porque no tenían herramientas... Australia es tan grande que da miedo...

Pené en silencio. Tan poco y tanto al mismo tiempo. Sepp había vivido y sobrevivido. A veces gracias al aroma de la manzanilla. Aquella tarde me

prometí no volver a quejarme de lo que la vida me pusiera delante. Y también me juré que sobreviviría. Fuese lo que fuese.

Cuando cerró aquel cuaderno dijo:

—Eres la primera persona a la que se lo enseño.

—Me honras.

Dijo que no con la cabeza y yo dije que sí.

—Quería que me conocieras algo mejor antes de preguntarte si querías verme más a menudo.

Empecé a ver puntitos blancos.

—¿Qué te hace dudar? —¿No había sido lo bastante clara hasta el momento?

—La atracción física no es bastante. No para mí.

—Pero sí un buen principio.

—Soy testarudo, no siempre me salen las palabras y creo que la escuela es una fábrica de tortura disfrazada. Odio los sitios cerrados y vivo rodeado de una familia chismosa que se ve en la obligación de interferir en mi vida cuando cree conveniente, lo que sucede con mucha frecuencia. Sin olvidar que esculpo belenes como lo hicieron mi abuelo y el abuelo de su abuelo antes que él. De moderno tengo poco.

—Eres perfecto.

Y le besé porque ya no podía esperar más. Y me devolvió el beso. Sin palabras. Escuchando mi cuerpo, hablando con él.

Siguieron abrazos, caricias y todo sin abrir la boca para otra cosa que para compartirla conmigo.

—Siempre tan atrevida —dijo sonriente cuando me pilló intentando palpar lo que escondía aquel jersey de lana gorda.

La apreciación me dejó fría sin embargo, y paré de acariciarle.

—No quiero que confundas mi impulsividad con falta de interés, Sepp. Hace tiempo aprendí que las oportunidades perdidas van pudriéndose por dentro. Se recuerdan todas y si las dejas, te impiden vivir con plenitud. Cuando algo me apasiona, no dudo en intentar alcanzarlo con todo mi empeño.

»Hace mucho tiempo perdí a alguien. Alguien importante para mí y no lo supe hasta que fue demasiado tarde.

Sepp me miraba confundido y creo que porque pensaba que había vuelto a meter la pata con el idioma. Pero lo había dicho bien.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó.

—Elena.

—¿Qué pasó?

Me separé de él y apoyé la espalda contra la pared. No me gustaba contar aquella historia, era demasiado importante para repetirla con frecuencia.

—Nos conocimos de niñas en la escuela, pero nunca hablamos. Elena era del grupo A y yo del grupo B. Eso, en aquella época, nos situaba en continentes distintos y esa extraña rivalidad entre iguales tampoco ayudó. Años después, en una fiesta, nos presentaron y la reconocí al momento; a ella le pasó igual. Hablamos durante horas, nos hicimos amigas en aquella fiesta. Al día siguiente, tomando café, cuestioné en alto el porqué de no habernos hecho amigas en el colegio y Elena dijo «Porque nunca quisiste».

»Compartimos años entre las mismas cuatro paredes; nos enseñaron los mismos profesores; jugamos en el mismo patio de recreo y yo ni me digné a mirar. La pasé por alto como a otro montón de gente a lo largo de los años.

»Y cuando por fin nos conocimos...

—¿Lloras?

—Elena sufrió un accidente meses después. Lleva años en coma, languideciendo día tras día.

Sepp entrelazó sus dedos a los míos y apretó. Sabía que me estaba aturullando y, probablemente no entendería la mitad, pero tenía que dejar salir todo aquello. Quería que él supiera por qué era así.

—Cuando pienso cuánto tiempo quedó vacío... Puede que fueran cosas buenas y no tan buenas, pero serían mucho mejor que la nada que ahora le ocupa el alma. La vida es demasiado corta y dura como para no abrazar aquello que nos hace felices. La echo muchísimo de menos.

Respiré hondo y le confesé la verdad:

—Sepp, cuando no estás, solo pienso en que quiero volver a verte.

No dijo nada.

Simplemente me abrazó con fuerza.

Capítulo 15

Sepp

—¡**Y** no te lances salvo que veas que ella da el primer paso! Los pulpos no están bien vistos, te diga Max lo que te diga.

—Sí, doña experta.

Me callé el «Es Emilia la que lo hace y lo agradezco, porque nunca sé cuándo es el mejor momento. Me dan ganas de besarla nada más verla y tanto me controlo que me paso de frenada».

Después varios días nervioso había sucumbido y le había pedido a Lisa algún consejo. Aquella sería la primera y la última vez. Llevaba dos horas sin parar de hablar para decirme cosas que ya sabía. Lisa, en temas de amoríos, era un cotorra y no tan experimentada como presumía. Hubiese dado lo que fuera por rebobinar mi vida antes de conocer aquel pequeño detalle.

Nada más entrar por la puerta de mi habitación abrió el armario y sacó toda la ropa que tenía, para terminar diciendo que lo que llevaba puesto desde el principio era lo que mejor me sentaba.

—Tengo que irme. No quiero llegar tarde.

Aquella conversación tenía que acabar ya, y borrarla de la memoria para siempre jamás.

—Ser puntual es bueno. La primera imagen es esencial.

La miré confundido y ella contestó levantando las cejas con un «¿Qué?» que solo vocalizó. Estaba más nerviosa que yo, y eso no me ayudaba lo más mínimo.

—¿Le das también la brasa a tu novio con estas cosas?

—Si le hace falta...

Pobre hombre.

—Me voy —dije mientras metía la cartera en el bolsillo de atrás del pantalón — y, por tu bien, espero que vuelvas a meter toda la ropa en el armario.

—Sí, ya, claro —se rio—. Suerte.

Se estiró para darme un beso en la mejilla y salió dejando aquel caos detrás.

Otros tres minutos estrujando la ropa en los cajones terminaron de ponerme de los nervios. Verena me detuvo cuando pisé la planta de abajo. Al final iba a llegar tarde.

—Toma. He metido mermelada de ciruela, salchichas de ciervo y medio queso.

—¿Y para qué quiero yo esto? —La cesta pesaba al menos cinco kilos.

—No es para ti. Es para Emilia. —Y se dio la vuelta resoplando. No tenía tiempo para discutir así que llevé la cesta conmigo.

Salir con alguien no debería ser tan complicado.

En teoría estábamos en otoño, pero sufríamos heladas todas las noches y las nevadas eran cada vez más prolongadas. Vivíamos en una de las zonas más frías del país, lo que hacía del invierno la estación más larga del año. De octubre a abril, en realidad.

Había que conducir con mucha preocupación, y la situación se pondría todavía peor. El trayecto, que normalmente duraba unos veinte minutos, se alargó hasta casi cuarenta.

Cuando llamé al timbre ya estaba preparado para dar las excusas pertinentes.

Ella abrió la puerta, me dio un buen repaso con mirada ávida, cogió la cesta, me metió dentro, cerró la puerta, dejó la cesta, me agarró de la nuca, se puso de puntillas y me besó tanto tiempo y con tanta intensidad que los labios me quedaron insensibles hasta un buen rato después.

—El piso está vacío —dijo jadeante.

Después de dar varios tumbos en el pasillo por fin pude hablar.

—¿Es esto un *no* al cine?

—¿Cómo has podido llegar a esa conclusión? —Fingió sentirse ofendida mientras me arrancaba el abrigo—. Soy la reina de las citas románticas, pero hay límites para todo, y ya hemos esperado suficiente. La próxima vez me llevas a cenar y tan felices.

Con Emilia en mis brazos era fácil entender por qué mi hermano iba religiosamente todos los domingos a misa. Me era imposible negarle nada a esta chica.

Me empujó hacia atrás y caímos los dos sobre la cama a dos milímetros de la pared.

Ñeec, ñeec.

—Lo siento —dijo riendo—. A los muelles austríacos les gusta hacerse notar.

Ñeec, ñeec.

En esas circunstancias era imposible que funcionara. No habría forma de concentrarse y hacer bien las cosas. No con el empeño que quería, al menos.

Me aparté de ella y la ayudé a levantarse de aquella infame cama. Acto seguido tiré el colchón al suelo.

—Tienes unas ideas buenísimas. Quítate la ropa.

Qué bien le venía lo de no hablar con soltura. Usaba los imperativos sin compasión. Nada en contra, pero ahora las prisas estaban de más.

—Emilia, acércate.

—¿Más?

Agarré su manos ocupadas como estaban en desabrocharse los pantalones. Era algo que quería hacer yo.

Y me tomé todo el tiempo que necesité para desnudarla. No dijo ni *mu*. Para ser alguien que hablaba por los codos, Emilia sabía cuándo callar.

Y disfrutar.

Lo que no dijo con palabras, lo cantó con su cuerpo y unos sonidos tan suyos que ya eran la banda sonora de todos los sueños que tenía de ella.

Su piel suave y llena de lunares, se erizó a mi paso. Mis manos hacía tiempo que no notaban mucho, de tan llenas de callos como estaban y sin embargo sentí cómo su textura cambiaba al conectar entre los puntos. Como una complicada constelación.

Emilia hizo lo mismo conmigo. Me desnudó con una pausa inusitada en ella y pasó las palmas de las manos por toda mi piel.

Y tumbados en aquel colchón conocí su cuerpo, y lo encontré jugoso y preparado cuando ya no pude contenerme más. Me dejó entrar despacio, y yo sucumbí a aquella ola de calor.

Cara a cara, jugando con el oleaje, me sentí libre dentro de ella.

Alguna vez que otra había imaginado cómo sería esto. Ese segundo en el que todo queda claro, no hay dudas y el futuro se imagina como presente. Pero ese instante no fue cómo sospechaba que sería.

Con ella hubiera esperado fuegos artificiales; nunca se produjeron. Fue un devenir en el que no hubo que poner ningún empeño. Sostenernos en el mismo espacio pero dentro, muy dentro donde nadie podía ni ver ni tocar. Un mundo dentro del mundo, un *nosotros* irrepetible.

Fue la primera vez que sentía algo así, y era una sensación milagrosa porque no se desvaneció al terminar; seguía en mí cuando, agotados, recuperábamos la respiración. Era algo duradero. Y tan intenso que iba a ser difícil acostumbrarme.

—¿Pepe? —preguntó horas después.

Giré la cabeza y aparté su pelo de la frente.

—¿Es a mí?

—Mmmmm —. Supe que era una afirmación por el movimiento de su cabeza.

—¿Qué significa?

A veces insertaba palabras en castellano para rellenar los huecos que no conocía en alemán. Quizá hubiese olvidado mi nombre, algo que no me habría sorprendido en absoluto. Aquel encuentro me había dejado las neuronas muertas también a mí.

—Es tu nombre en castellano, el de Sepp. Joseph se dice «José». Es como yo te llamo a veces en mi cabeza —aclaró.

«Vaya...».

—Me gusta cómo suena. ¿Qué querías preguntarme?

Pensó un momento, y yo me puse alerta. Ya sabía que cuando Emilia dudaba no solía resultar nada bueno.

—¿Qué... qué fue lo peor del *Tippel*? —murmuró apretándose contra mí.

Solté el aire. No era una pregunta fácil de contestar, aunque me alegraba que la hiciera.

Nadie se había atrevido a indagar tanto. La gente quería saber qué cosas me habían sucedido, si bien no hurgaban en lo que había cambiado por dentro. Una vez que todo el mundo supo que estaba bien, que había llegado sano y salvo, solo se centraron en lo bueno.

—Mendigar —admití.

Cambié de postura para poder mirar esos ojos sin fondo suyos.

—¿A qué te refieres?

—Aunque ofreces tu trabajo a cambio de comida y alojamiento no siempre hay algo esperándote. A veces pasas días estirando un mendrugo de pan y el camino se hace interminable hasta que llegas al siguiente pueblo. Cuando por fin llegas, nadie te reconoce, o te confunde con el deshollinador, o algún payaso huido del circo y tienes que explicar quién eres y qué haces allí para que te digan no con la cabeza porque el carpintero del que te hablaron cerró hace años y se mudó a otro sitio. Y estás famélico y agotado. Así que te tragas el orgullo, te llevas los dedos cerrados a la boca y si conoces el idioma, preguntas si les sobra algo de comida.

»La sensación se va pasando cada vez que te ocurre, pero no termina de desaparecer, incluso cuando trabajas.

—¿Llegaron a tratarte mal?

—Siempre hay mala gente por el mundo. En general no me puedo quejar. Con todo y con eso, más de una vez alargué mi estancia un par de noches porque no me veía con fuerzas para emprender el camino otra vez.

La abracé con fuerza y le besé el pecho, justo en medio de aquellos senos de punta. Despacio, con la boca abierta.

—¿Pepe?

—¿Sí?

Y bajé a entretenerme en su vientre.

—¿Qué fue lo mejor? —exhaló.

Levanté la cabeza de su ombligo.

—El gusto por lo exótico —contesté sin pensármelo dos veces.

Sonrió y me acercó a ella para que la besara, y eso hice hasta que no me quedó espacio por tocar con los labios.

Emilia me llenaba, en todos los sentidos.

—Me gustas —susurré al oído—. *I mok di* —repetí.

Hasta ese momento, me había esforzado por usar un alemán que pudiese entender evitando el fuerte acento y las expresiones típicas, pero en aquel momento era importante decírselo como lo sentía, como me era natural.

Y lo que acababa de decir era grande, muy grande. Nosotros no éramos de demasiada pompa en los momentos importantes. La gente de los Alpes es directa y se anda poco con rodeos. Un «me gustas» significaba mucho.

Sonrió con los ojos algo vidriosos.

—*I mok di* —contestó.

Epílogo

Emilia

Unas semanas después...

—Vamos a morir. —Unos copos de nieve del tamaño de pelotas de golf se estrellaban contra nosotros desde todas las direcciones.

—Espera al menos a después de cenar.

A saber por qué había asumido, en aquellos primeros días, que Sepp no era de mucho comer. En realidad, más que hombre, era aspirador. Cualquier miga olvidada era encontrada y llevada a la boca sin más contemplaciones. No le hacía ascos a nada, daba igual lo que fuera, si era comestible siempre había hueco en el estómago. Y debía quemarlo todo a base de martillazos, porque no engordaba, ni un gramo.

—A Verena le dejo la sartén de hierro, y a Max mi colección de Mafalda.

Arrugó la frente, ¿y por qué podía ver sus arrugas dentro del coche cuando eran ya las cinco de la tarde en diciembre? Porque el infierno había quedado congelado y lanzaba a la tierra tres kilos de nieve por centímetro cuadrado al segundo. El viento era tal que los copazos de nieve volaban formando tornados y chocaban contra el parabrisas sin compasión. ¡Y necesitábamos tener las luces de dentro encendidas!

Miré el cuentakilómetros. Íbamos, señoras y señores, a velocidad peatón porque la aguja no pasaba de cero. Y no se veía absolutamente nada. Solo copos y copos y más copos con muy malas pulgas y ganas de sacarnos de la carretera.

—Las cazuelas las compré en oferta y las asas de plástico están medio sueltas, así que pueden tirarlas. ¿Crees que alguien sabrá lo que hemos hecho en el colchón fino últimamente? Lo hemos dejado otra vez en el suelo, no creo que el casero quiera conservarlo.

—Emilia.

—Ha sido bonito mientras duró, Sepp.

—Emilia.

—¡Mira las montañas de nieve de la cuneta! ¡Y la carretera casi ni se ve!

—Emilia, nadie va a comerte —aseguró aguantando la risa.

«Traidor».

—¡Y no llevamos cadenas! —Tenía que hacerle ver que la cosa no iba bien. Era primordial.

—¿Cadenas? Aquí tenemos cubiertas de invierno en las ruedas y vamos detrás del quitanieves.

—¡El cielo cae sobre nuestras cabezas! Eres medio vikingo, deberías haberlo visto venir —protesté—. Si no volvemos ahora, habremos pasado ese punto de no retorno del que tanto hablan en las películas, Pepe. Más allá podemos despedirnos. Lo presiento.

—Nada va a impedir que cene, te pongas como te pongas.

—¿Por qué me haces esto? —sollocé—. He debido ser una criatura perversa en otra vida anterior.

—Es una fiesta, no una sesión de tortura.

—Eso lo dices porque conoces secretos inconfesables de todos los que van a ir. ¡Son tus hermanos!

«Todos. Con parejas, con hijos y algún que otro político. En el mismo espacio, alrededor de la misma mesa. Todos a la vez».

¿Entienden ahora mi ataque de nervios?

—La gente también se junta por Navidad en Salamandra, ¿verdad?

Me negué a caer en la trampa.

—Esto es distinto —protesté otra vez.

Me agarró la mano, la acercó a su boca y besó los nudillos hasta que los órganos internos comenzaron a derretírseme.

—Mucho mejor. Ya estamos —dijo pisando el freno.

Miré por la ventana.

La casa estaba iluminada por cientos de bombillas que iban cambiando de color. Las ventanas de la planta baja, donde sabía que estaba el comedor, la cocina y la sala de estar, enseñaban las entrañas de un hogar lleno de gente. Todas las cortinas estaban abiertas, regando con una luz cálida la nieve acumulada alrededor. Se veían figuras yendo de aquí para allá y de vez en cuando algún niño pegaba la cara al cristal para admirar la nieve que caía fuera.

Respiré hondo un par de veces.

No había vuelto desde el *Almabtrieb* y, aunque en principio iba a ver a los mismos de entonces, las circunstancias eran completamente distintas.

Entonces nadie sabía que Sepp y yo empezaríamos a salir. Bueno, salir era un decir, porque más que salir, entrábamos en mi habitación y de allí no nos sacaba nadie. Mi Sepp se unió gustoso a aquel amor que le tenía a mis muebles y disfrutaba de aquel dormitorio tanto o más que yo. Por mi parte, era ya alumna aventajada en el difícil arte de abrir dos cremalleras al mismo tiempo con ambas manos. Y mi destreza no hacía más que mejorar. ¡No digo más!

Se quedaba a dormir muchas noches, y todo el tiempo libre que teníamos lo pasábamos juntos. Nos encontrábamos en lo que otros llaman esa luna de miel en la que no parábamos de tocarnos, besarnos e ir arriesgando la nuca sobre las calles heladas por no separarnos cuando el resto de mortales con raciocinio andaban como pingüinos siguiendo el sendero dejado por los señores que apilaban la nieve a cada lado.

Estaba aprendiendo a querer a Sepp de una forma e intensidad que a veces me daba miedo.

El momento de mayor pavor llegó cuando apareció en la puerta con una bolsa llena de ingredientes para hornear pastitas navideñas. Aquellas dos horas llenaron mi vida de sentido porque no hicimos nada fuera de lo común. Hablamos de cómo nos había ido el día, le conté con mucho drama una de las veinte anécdotas que me habían pasado, me hizo sufrir traduciendo la receta en alemán y, después de que lo entendiera todo, decidió cambiarla porque, según él, de aquel sinsentido no podía salir nada comestible. Me quejé de que todo ese idioma era un sinsentido, y él me aclaró con besos y abrazos la lógica teutona.

Esa era, hasta el momento, la mejor explicación que me habían dado.

Mis compañeros de piso habían aparecido en la cocina guiados por el olor a azúcar, mantequilla y almendras. Nos ayudaron a decorar las pastas y casi nos las comemos todas mientras disfrutábamos de un buen chocolate a la taza, apiñados en los sofás viendo la película «El pequeño Lord».

Qué puedo decir. Aquella noche había disfrutado muchísimo cuando Sepp encontró todas las migajas de pastitas que habían aterrizado en los lugares más recónditos de mi cuerpo.

Me atraía todo él. Hasta los detalles más enervantes.

—Emilia, para salir tengo que soltarte la mano. Solo un momento, hasta que abra la puerta.

«¡Aggg!». Como eso, obviamente.

Salió del coche y sacó del maletero toda las cosas que había comprado en cantidades desproporcionadas porque no quería arriesgar a dejar a alguien con las manos vacías. Dos cajas de puros, un montón de abanicos de distintos

tamaños y tres toneladas de turrón. Preferí no comprar mazapán ya que no quería entrar en refriegas.

No pregunten, solo dejaré caer que ya me habían dicho varias veces que el mazapán era invento centroeuropeo.

Con todo aquello auestas, entramos arrastrando nieve dentro de la casa.

Oía... oía... Aspiré con fuerza y sonreí.

Oía a Navidad.

—Ya estáis aquí, gracias a Dios. —suspiró aliviada Rosmarie—. Con este clima, creíamos que os había pasado algo.

Se acercó a darme un abrazo y, ya de paso, pellizcar a su hijo.

—Y tú, ¿para qué tienes un móvil? Te he llamado no sé cuántas veces.

Sepp puso cara de sufrimiento, le dio un beso en la frente y me llevó a una sala al final del pasillo.

—Cierra los ojos —me pidió.

—Solo si me prometes que al otro lado no hay treinta personas esperando a decir «¡Sorpesaaaaa!».

—Es una sorpresa —dijo sonriente—, pero de las que no hablan.

Entonces cerré los ojos y pasito a pasito me metió en aquella habitación.

—Ya puedes mirar.

«Ooooooh».

Quedé sin palabras durante un momento.

Toda la habitación estaba ocupada por un belén que se elevaba a medio metro del suelo. Para verlo, había espacio justo enfrente, a lo largo, donde cabían cinco o seis personas.

—En nochebuena toda la familia viene a hacer los honores. Quemamos incienso y lo llevamos por todas las habitaciones de la casa, el taller y el establo. Creemos que purifica y trae buena fortuna en el nuevo año.

Me fue difícil entender todo lo que dijo. Estaba tan asombrada con lo que tenía delante, que me costaba prestar atención.

Las figuras eran exquisitas. Repartidas en valles y colinas; escenas puramente alpinas. Señores barbudos a la puerta de sus casas fumando en pipas largas. Mujeres en corpiño sacando agua del pozo. Niños corriendo con pantalones de cuero y sombreros de fieltro. Hasta el nacimiento representaba una familia bávara. Solo los tres reyes magos y el ángel recordaban al desierto y el relato bíblico.

—Con mi padre, el belén quedó terminado. Pensábamos que sería un trabajo de restauración para las generaciones venideras. Hasta que llegaste tú.

—¿Yo?

—Si prestas atención, verás a un pobre pastor agachado sudando la gota gorda.

—¡Has esculpido otro *cagner*! ¡Para ponerlo en vuestro belén!

—No podía dejar pasar la oportunidad, ¿verdad?

—Verdad.

—Eso pensé.

Me miraba con ojos de enamorado; la misma expresión que yo veía todos los días reflejada en el espejo.

—¿Dónde lo has puesto?

Encendió el interruptor y todas las luces del belén centellearon.

«Ooooh...».

—Tendrás que buscarlo.

Miré en los lugares habituales: tras los arbustos; debajo de los árboles; detrás de las cajas; en las esquinas menos iluminadas. Pero nada.

Me giré para pedirle ayuda y él contestó encogiendo los hombros. Así que volví a la carga. Quizá estuviera entre aquel rebaño de vacas en lo alto.

—No pensé que fuese a ser tan divertido —admitió—. Ya he pillado a mis sobrinos un par de veces con algún amigo jugando a «dónde está el *cagner*».

—¡Lo encontré! —grité aliviada. No podía consentir que unos renacuajos me superaran en esto.

Habían puesto al pobre diablo dentro de un retrete. De esos cubículos de madera en el patio de detrás de una casa. Al pobre lo tenían haciendo equilibrio sobre el agujero. ¡Y con la puerta medio abierta! Estos bávaros...

—¿Te gusta?

—¿El *cagner*? —Pero sabía a lo que se refería. —Es un belén increíble. No había visto nada igual.

—Algunas figuras tienen casi doscientos años —explicó orgulloso—. Mi padre opina que hay que volver a pintar algunas, aunque a mí me gusta que se vea lo viejas que son.

—Son preciosas. Pintadas o sin pintar.

Una sonora carcajada nos llegó de la habitación contigua.

—Es hora de saludar —dijo.

—No he admirado suficiente el belén.

—Puedes venir a verlo todas las veces que quieras. Pero luego.

—Quiero hacerlo ahora. Además he visto un sitio perfecto para el cag...

—El belén solo lo toca mi padre.

—Pero...

A regañadientes, me empujó hacia el comedor donde me esperaban quince personas vestidas con trajes regionales. Di un paso atrás mientras me acordaba de que debía sonreír. Sepp me detuvo con la mano en la espalda. Sentí su calor justo detrás y todos los nervios desaparecieron.

—Después de las presentaciones, te subiré a que veas mi habitación nueva — me susurró Sepp al oído.

Me abrazó por detrás y yo me apoyé en él. Lo de la habitación era una buena idea. Había arreglado el ático porque dormir puerta con puerta con Thomas le producía pesadillas. No me había contado el porqué.

—¡*Muada*, están haciendo manitas!

—Max es hombre muerto —murmuró Sepp.

En aquella casa era imposible no reírse, así que me desquité a carcajadas. No había nada que temer.

Saludé a los que conocía y el resto se me fue acercando para explicar qué grado de consanguinidad tenían con el miembro correspondiente de la familia Grossental.

Por último, alguien que conocía solo por fotografía se acercó sonriente. Y de repente, todo el mundo dejó de hablar al mismo tiempo. El silencio solo se interrumpía por el sonido de la leña ardiendo en la chimenea.

—Hola —dijo extendiendo la mano izquierda—, me llamo Lisa, me han hablado mucho de ti.

Estreché su mano con energía y respiré aliviada.

No negaré que conocer a Lisa me había infundido respeto..., vale, pavor. Y nada que ver con los celos, no. Hablamos aquí de la única constante en la vida de Sepp aparte de su familia. Su mejor amiga y confidente. Tenía que ser una mujer muy especial y quería ella pensara lo mismo de mí.

Y ella parecía sufrir los mismos miedos que yo, porque me miraba con una expresión abierta pero al mismo tiempo cohibida. Me agarraba con fuerza y bajó la vista durante un instante.

Lisa no estaba allí para hacerme la vida imposible, al menos no lo parecía. La única forma de asegurarme, entonces, era tirándome a la piscina y rezar para salir flotando con todo el aire en los pulmones.

—Hola, Lisa. Por fin nos conocemos. Sepp cree que vamos a tirarnos de los pelos o algo. Lleva mordidiéndose las uñas desde que me dijo que coincidiríamos.

Soltó el aire de golpe. También llevaba, la pobre, un rato buceando.

—No me digas más. —Se acercó y me agarró del brazo—. Una vez tuvo los padrastros infectados durante meses porque falsificó la firma de su padre tras

suspender un examen.

—¿Sabías tú eso, Roserl? —preguntó Joseph escandalizado.

—¡Pues claro! —gritó su mujer desde la cocina—. Fregó los cacharros durante dos meses sin que se lo pidiera. Debieron escocerle los padrastros como unos zorros.

Comenzaron a salir los trapos sucios de todos los hermanos y a comparar el castigo que recibieron. Si es que alguna vez les pillaron, claro.

Max, como siempre, decretó que por ser el pequeño siempre se había llevado la peor parte y que eso le daba derecho a poner firmes a los sobrinos. Gretchen le dio unas palmaditas en la espalda mientras que los aprovechados de sus sobrinos le pedían dulces.

Menuda autoridad...

—Cuéntamelo todo. Con pelos y señales. Necesito metralla, ya me entiendes —dije bajo para que solo Lisa me oyera.

Sin mirar atrás, nos dirigimos hacia la cocina donde Rosmarie y Barbara ponían en fuentes de barro enormes animales asados.

—Pues verás... —dijo toda conspiradora.

—¡¿Y la habitación qué?! —oí detrás.

Dudé un segundo.

—Hay tiempo, Pepe.

Su sonrisa dejó las luces navideñas a la altura del betún.

Se acercó a mí en dos zancadas; me agarró con mucha ternura las mejillas con ambas manos y me besó en medio de todos los allí presentes, los cuales no se cortaron un pelo a la hora de comentar en alto la técnica labial del extranjero.

—Todo el del mundo —susurró después de dejarme otra vez confundida en esos efluvios de pasión que desprendía—. Todo el del mundo.

Receta

Pastitas navideñas Vanillekipfel

(Medialunas de vainilla)

Ingredientes:

200 g. de harina

110 g. de azúcar

210 g. de mantequilla

140 g. de almendras molidas (casi en polvo)

Azúcar glasé mezclada con vainilla en polvo para la decoración

Preparación:

Poner el horno a 150 °C.

Juntar todos los ingredientes y amasar hasta hacer una bola consistente.

Hacer rollos de unos cuatro centímetros de diámetro (como si fuese un rollo de sushi) y cortar en rodajas de un centímetro y medio de espesor.

Modelar cada trozo en forma de luna creciente/menguante y colocar sobre una bandeja de horno. Utilizar papel de horno para evitar que se peguen y separar las lunas para que no se junten unas con otras.

Hornear durante 15 minutos. Si antes de ese tiempo las pastas comienzan a dorarse, sacar y ver si se deshacen al levantarlas con un cuchillo/cuchara. Si esto sucede, meter al horno otra vez y dejarlas cinco minutos más.

Una vez fuera, dejar que se enfríen un poquito antes de esparcir con un colador el azúcar glasé con vainilla por encima.

Agradecimientos

Tanto por corresponder que la palabra «gracias» siempre se queda corta.

Gracias, media naranja, por soportar eternos monólogos, horarios trastocados, mi cabeza en las nubes y el insistente tac, tac, tac que martillea a las horas más extrañas del día.

Gracias a ese par de lectoras empedernidas, pacientes primero y diligentes después; con un empeño infatigable por hacer que mis historias, y la de otros muchos autores, sean conocidas y reconocidas, recordándonos que no estamos tan solos como parece.

Gracias a esa editora todoterreno que ha peinado el manuscrito, dejándolo recién salido de la peluquería.

Y por último, muchísimas gracias a todos y cada uno de ustedes. Por adquirir esta novela y nada menos que leerla.

© 2019, Poppy García

Primera edición en este formato: marzo de 2019

© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral

08003 Barcelona

info@rocaebooks.com

www.rocaebooks.com

ISBN: 978-84-17705-07-7

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.